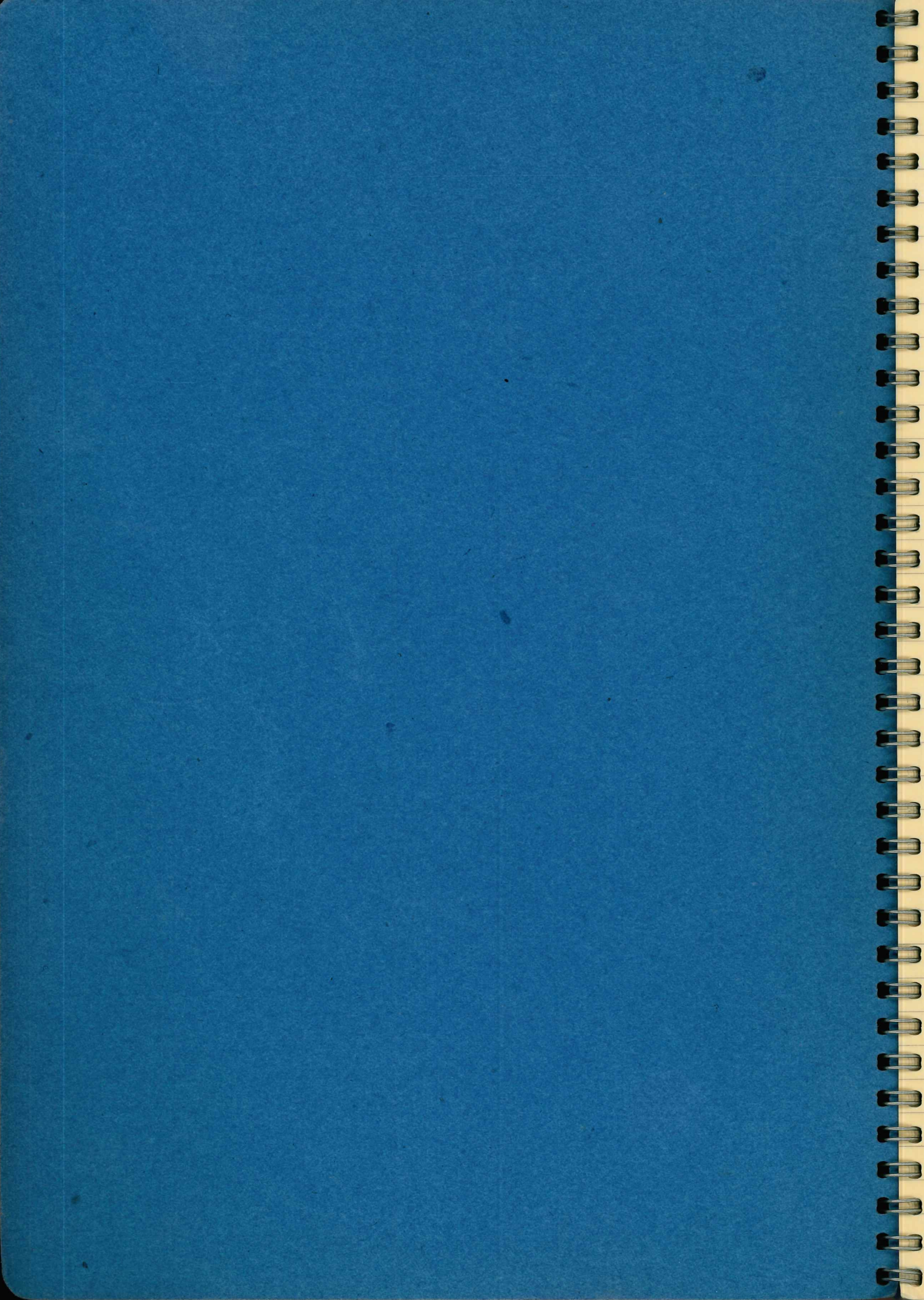


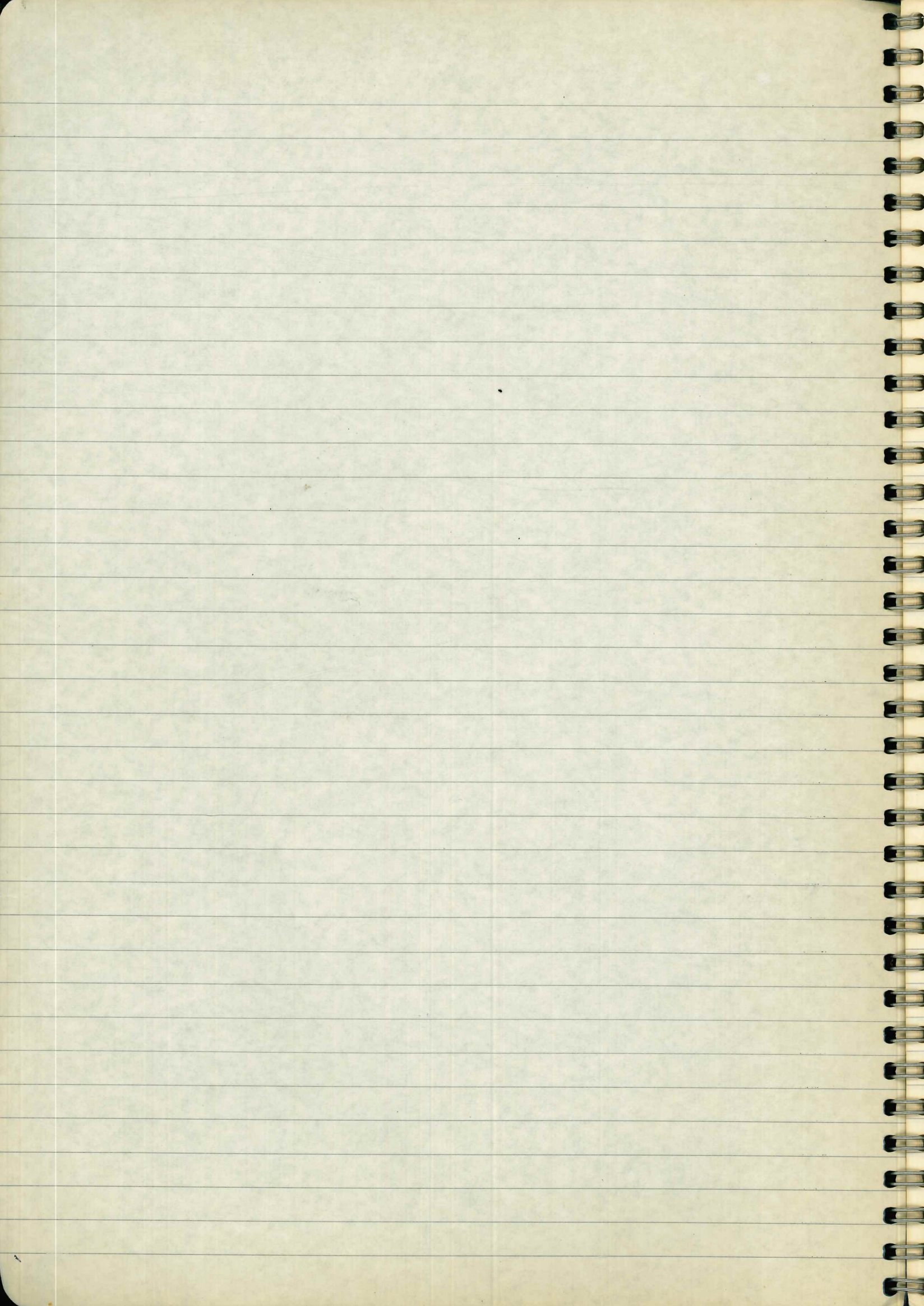


A rectangular box containing three horizontal lines, intended for a title or subject.

33-M

7150





(viene del Cuaderno 1)

La soledad de estas estrellas patentiza nuestra soledad. Y es la soledad del hombre lo que hace posible al crimen. No tenemos testigos diferentes de nosotros, de otro bando, que puedan señalarlos. Y el resto de lo viviente no habla. Entre nosotros sabemos arreglarnos. Para eso hemos inventado el perdón, y también el olvido. Hay un millón de años de mareas olvidadas. Y las estrellas brillan. No necesito recuperar mi memoria personal, saber quién era y qué hacía en Minas Altas. Si perfectamente a qué conjunto viviente pertenezco. Y me ^{da} ~~trae~~ miedo. Cuando llegué aquí, desmemoriado y libre, antes de conocer las historias recuperadas por Fibelo, para mí no había tiempo porque el tiempo era yo mismo. Ahora soy su objeto, mi tiempo pertenece a la memoria del Sietemesino, que conoce todos los tamaños de la vida y de la muerte, el fondo de los mares y seguramente el frío de las estrellas. Los astrónomos deberían volver sus ojos a nosotros, escuchar estas lejanías remotísimas que sonos, como si fueran testigos diferentes de nosotros. A lo mejor el Sietemesino, apuntado por un telescopio, escucha su cuchillo. Telescopios con una luz potente alumbrándonos bien adentro, como los tatuadores, con ^{propósito} ~~fin~~ ^{de} ~~que~~ después se olvidan y perduran, alumbraban en lo profundo del viejo ondulatorio para sacarle unas palabras, y le arrancaron hasta sus recuerdos. El brillo de estas estrellas nos coloca en el centro de un exilio. No somos de ninguna parte. Los animales que nos observan lo saben. Son víctimas y testigos a la vez. Pero no tienen las palabras. Nadie se las trajo todavía desde un lejano convento en la montaña atravesando mares desconocidos. Si se las diéramos, quién sabe qué sería de nosotros y en qué podría terminar este exilio, ^{de este suicidio} de un millón de años.

Acaso tampoco nosotros tengamos palabras y todos los lenguajes de la tierra, que creemos hechos de palabras, sean gritos. Es lo que perciben de mí los ciéndores, tan próximos a mi refugio, cuando les hablo. Son gritos ante una realidad que todavía no hemos podido percibir. Cuando esos telescopios iluminen nuestra naturaleza, y podamos verla, las verdaderas palabras surgirán solas, por simple gravitación de las cosas nuevas que surjan. Primero los nombres. Luego los verbos ^{también} ~~audiendo~~ en su ayuda; ^{que necesitan} ~~los~~ ~~verbos~~ ~~que~~ ~~necesitan~~

solito.

que se crearon solos. Y elegida ^{algunas de} ~~su~~ idiomata para entender a nosotros mismos. Entonces (las antiguas palabras, que por no conocer la realidad profunda eran tan sólo gritos, se pasarán al nuevo bando tratando de adaptarse, modificando ropaje y estidencia. Muchas, las más solemnes, de naturaleza sacrosanta, las que sostenían conveuidas de su eternidad la inmensa estructura de los gritos, pasarán solas al olvido. Otras, las muy hermosas, volocian antiguos sus sentidos y reclinándose en el puro sonido servirán de susurros para hacer el amor, pero también será nuevo con una palabra diferente. Siempre que los hombres y las naciones de rapina, olvidando su locura se dejan aleumbras por esos telescopios y olvidando su locura suicida permitan que la vida continúe. ①

Una sola gota con lo auténtico, reducido.

30-7-86

En la gota ^{auténtica} que titulé "Rayitas" me proponía referir ~~me~~ algo que sucedió, en la tarde de ayer, con un cóndor. Lo cuando anoté aquello de esta noche y hace solo, en el fondo me refería a él; después derivé la situación hacia mí para aliviarlo, y me dejé llevar por las palabras. El suceso (el cóndor) me turbó el ánimo y turbó mis palabras, que ya no estaban en condiciones de contar, como era mi propósito hasta ese momento, ⁽³⁾ cuatro historias muy hermosas sobre unos dibujos que hicieron jotozeta y el mulero.

Es tampoco voy a poder contarlas ^{en esta gota} ^{debido a que,} ahora ^{por} porque, por primera vez en mi vida ^{de aquí arriba,} de ahora al momento, me ha entrado la tristeza. No quería contar lo del cóndor porque no pertenece a las historias de Fábulo. Pero si no lo hayo sus historias correrán el riesgo de salir teñidas. Entonces voy a hacerlo como quien limpia ^{auténtica} las palabras.

Es el cóndor ^{del} ~~del~~ ^{cerro} ladano donde espeja lo Céfira, separado del Arizal por el andro de una nube normal. Su cueva, ^{que} está ^{precisamente} en ^{la} matras más arriba de la falda donde se reflejan los espejos, está en una roca de basalto atrigada ^{al altopo} de casi todos los vientos pero expuesta totalmente al del Sur, que aunque menos frecuente es fuertísimo y casi siempre arrostra polvo de nieve y pájaros sin vida. Un cóndor azulero, que vi arroyado a su cueva por primera vez cuando la Céfira me mandó

① a unos seis mil metros sobre el nivel del mar

las primeras señales ^{de amorosas} de su espejito. Siguió ^(Vóitene) los movimientos de la luz con movimientos bruscos de su cabeza y cuando la vio detenerse en un punto se lanzó; ~~traves~~ descendía y la sombra de sus alas ascendían por las rocas, en vuelo inverso. Voló en círculo muy cerca de las intermitencias luminosas, se acercó hasta rozarlas casi y remontó para pasar muy cerca del ventanal donde yo estaba asomado; ^{luz} la luz ^{de espejo} desviada por el ~~sea~~ temblor del pulso de la Céfira allí abajo relampagueó en su cara, aproximando a mi vista, como si las tuviera junto a los cristales, sus arrugas rosadas de muelero del aire. Regresó a su refugio y cada vez que recibí mensajes de la Céfira repetía su acción. Muchas veces, distraído, me sentí de los señales ^{luminosas} por sus vuelos; él era el primero en leer mis cartas. Seguramente, a partir de la primera experiencia, lo consideró un juego, que es la actividad principal de los cóndores. Dedicar tres años a enseñar a jugar a sus hijos, y cuando éstos se van siguen jugando solos. A veces bajaba con la cóndora. A jugar con las luces, claro. Y siempre, en el vuelo de regreso, pasaba casi rozando mi ventanal dejándose ver de cerca los vellones de su cuello blanco, la parte blanca de sus alas, sus adornos costarios, las plumas terminales como festoneadas como algunas prendas del ajuar de Enebé, el velo ^{o de gasa} de ^{organza} rosada que usan en sus ojos para mirar el sol. Con mi relación con ese cóndor, las palabras ^(estas palabras místicas) eran lo que más me alejaba de él. Yo las usaba lo mismo, y aun sabiendo que él no podía considerarla nada más que un grito, le decía rápidamente, en el tiempo permitido por el breve paro de su vuelo junto al ventanal, cóndor, hermorá; cóndor, te cóndora es pecirra. Pero él tampoco tenía experiencia de los gritos, porque los cóndores son mudos; o callados, no lo sé. Sin embargo parecía entender las palabras de espejo de la Céfira, con las que jugaba enterándose de nuestros secretos. Y en ese lenguaje equidistante nos entendíamos los tres.

Su cueva está a media altura entre los cóndores de abajo y los de más arriba. Los de abajo (que es el ^{muy} ~~arriba~~ de Minas Altas) viven próximos a las nubes, se entiende que vistas desde aquí arriba; ~~los~~ los otros habitan lugares invisibles para mí, en las cumbres más

Introducir a este condor antes, en cualquiera de la gotas de los capítulos anteriores donde el narrador habla del Condor, para que tenga más peso aquí.

altas que invisibilizan el mar próximo. Las últimas cuervas de los condores de abajo están donde empiezan las nubes que separan el abajo de agua del arriba de Arinas Altas; las de los condores de arriba, terminan donde empieza la mirada de los astrónomos.

No he visto a otros condores desde tan cerca como a éste, pero he podido aprender que no sólo no son iguales entre sí sino que ni siquiera se parecen, del mismo modo que una persona no se parece a otra aunque tenga la misma forma y proporciones iguales. Las diferencias más visibles son de actitudes. Puedo reconocer, en todos los condores, dos maneras de volar: la de búsqueda y localización visual del alimento, en grandes círculos, ^{abiertos} y la de aviso a los demás condores invitándolos a compartir lo hallado, de pequeños círculos más ^{cerrados}. El vuelo de invitación de un condor era casi una danza, una forma sólo de él para inclinarse en las curvas, una especie de traspie que daba en cada círculo, ^{siempre} exactamente en el mismo lugar, como si cayera en un pozo de aire. No lo tenían otros condores y él no lo hacía por necesidad o torpeza, parecía más bien una movida chiste de las alas, un regodeo, un paratiempo. En Arinas Altas y en toda la Tierra hay personas con semejanzas de animales. Este condor, sin llegar a tener semejanza humana, poseía el encanto periférico de la hermosa figura de Ene Vega, su belleza acababa en su cresta y no había más allá, de la misma manera que Ene Vega el esplendor de Ene Vega acababa en su sombrero y tampoco había más allá.

Lo he visto jugar con la condora coreteando en las planicies, asustarla y esconderse, fingir corridas para vuelo invitándola a volar ~~a la condora~~ ^(que si corre para el "vuelo") y luego quedarse en tierra mientras ella removía ^{ella sola}. Lo he visto hacer el amor emitiendo unos ruidos que no están en mi quitana, cambiando de color hasta tomarlas las arrugas de su cara desnuda y abrir las enormes alas abrazando a la hembra. Lo he visto haciéndote perrerías al condorcito y no precisamente para enseñarle a volar. Lo he visto ascender atravesando lloviznas y volar luego por encima de ellas bajo el sol. Lo he visto rogando mi

ventana en una complicidad de espejos comunicativos. Lo he visto volar contra el sol que nace y a favor de los soles ponientes. Lo he visto regresar de las cumbres más altas después de ver el mar vedado a mi visión. Lo he visto desnudo, porque su plumaje es desnudo, asomado a su cueva mirando sin miedo las primeras estrellas que para ^{su ojo} él, habituado al sol, apenas tendrían un brillo de tristeza de candiles. Y lo he visto caer, causado de ser cóndor, sobre una saliente de la roca próxima a mi ventana.

30-I-86

No tengo palabras para mirar por dentro al cóndor en su último vuelo. Si las de los espejos tuvieran sonidos, unas rayitas para representarlas, quizás pudiera hablar de sus adentros durante el vuelo final, por ser el único lenguaje posible donde coincidirían, aparte el roce anárquico de sus enormes alas en los cristales de mi ventana, haciendo temblar mis globos cólicos con un viento diferente, tibia de su cuerpo la alta temperatura de ave de los hielos y las nieves. Nunca puse en rayitas los movimientos generados en los globos por su ~~cuerpo~~ cuerpo en vuelo, que seguramente estaba diciendo algo. Las hubiera amontonado como aquellos viejos museos de convento de ultramar, las hubiera ordenado y unido hasta convertirlas en palabras. Las palabras son sonido, el vuelo era sonido; sólo faltaban las rayitas.

Lo vi asomarse a la cueva como siempre, a la hora en que ya brillan las primeras estrellas.

Sin palabras ^{para entrar en él} lo único que puedo hacer es hablar de sus contornos, que es tan pobre como decir que volaba en cielos, o sea de la forma de volar que decir nada del vuelo mismo. Sus contornos, que sólo lo contentaban. Su contenido era impenetrable y así se quedará. Lo vi asomarse a la cueva como siempre, a la hora en que ya brillan las primeras estrellas, donde siempre se quedaba hasta que ^{la noche cerraba,} ~~terminaba totalmente,~~ ^{posible} seguramente entregado a sus sensaciones de habitante de este mundo ^{dentro de un ~~cajón~~ ^{hocera}} bajo sus formas de cóndor. En la penumbra, apenas su forma de hueso hueco ajustado para el vuelo, invisibles las plumas escamosas protegiendo los fuegos de su temperatura mortal para nosotros, invisible su pío cortador de aires, invisible su determinación de vuelo último.

Febrero 1986

La cóndora se fue enseguida dejándolo hace solo y está nudo y fría.

Para olvidar estrellas

1-II-86

Hoy tampoco he podido escribir. La muerte del cóndor ha extendido una niebla que no me deja ver las historias de Fábulo y pone en duda la oportunidad de las palabras. Su muerte no está sólo en él y su contorno, que el viento de anochecer arrostó a las profundidades. (Este viento ser idéntico durante horas, que llevado a las hojas cuadrículadas es una monótona sucesión de rayas idénticas, como un gran silencio). Durante la noche la muerte del cóndor se extendió por los abajos y arribas de su cerro, penetró de cueva en cueva, y no pudiendo traspasar allá abajo el límite de unas nubes cerradas ni las capas de aire que hay por encima de las últimas cumbres allá arriba, presionó hasta formar un gigantesco buco que abarca todos los espacios entre los dos grandes cerros. La forma de su muerte penetró por los resquicios de mi ventana metiendo al Mirador en sus contenidos, de modo que amanecí incluído en el suceso como si tuviera, ahora para siempre y detenido, el roce momentáneo de sus alas contra los cristales.

A media mañana las nubes ascendieron cargadas de electricidad, soltaron su primer relámpago y desde una lejanía llegó el trueno. Llovía en Minas Altas, llovía en las salinas, acaso llovía sobre el mar. Aquí el sol estaba pálido y frío todavía. Pentagramé unas hojas dejando que mientras tanto la muerte de ese cóndor se expandiera hasta donde alcanzase, y en vez de notas puse palabras en sus líneas y espacios, inventando un juego que alterara la rigidez de las palabras, con el propósito de restarle vigor a la ^{muerte del cóndor} palabra muerte y aliviar al cóndor, buscando a la vez, por combinaciones, la posibilidad de otras palabras.

(Vi) la Gramática, junto al candelabro, y recordé el deslumbramiento que me produjo ^{el descubrimiento} igual que el de mi cuerpo junto al fuego, ^{me recuerda} igual que la Céfira ^{al lado del} junto al girasol. Lera que sí laba era lo que sale en una sola herida de la voz y creí estar oyendo la del humilecito que la escribió hace quinientos años. Estaba, ella, sobre una carpetita. Acaso todo esto tenga que ir en la otra gota, si distintas del tema expuesto. Ver.

da, humeante aún por la combustión sufrida. Cuando se encendió la fui
subiendo por los espacios dejándolos descansar sobre las líneas, y a me-
dida que perdía sus forzados atributos de se alcanzando las ya humanas
tensiones de la o, ita ~~en~~ insinuando sus médulas blanquecinas a
través de las capas ^(gruesas) ~~(gruesas)~~ desmenuadas. En la cuesta entre la o y
la a se fue desgranando en fuegos artificiales, liberándose de los
colores que no le pertenecían, arrojándolos lejos, hasta que con el
último velo perdido recuperó su blancura, junto a la altura de la
nieve que había quedado esperándola. Para una nieve dos, tan blan-
ca y esponjosa como la nieve nieve. Hermosas las gemelas, para-
ditas sobre la línea, tan iguales que en una distracción no se pe-
guicó era guicó. De modo que tampoco puedo saber si la ^{que} ~~que~~ ^{que} ~~que~~
me llevó hacia arriba era la que había quedado esperando o la
que me elevó a las profundidades del penta.

Con cuanto la moví de su sitio llevándola al espacio in-
mediato superior amarrilléo pasando muy cerca de la significación
de un girasol, y a medida que la subía hacia la e era increíble
ver la cantidad de cosas que pueden esconderse bajo la palabra nieve.
Así sobre la e llegó a ser nube, sin llegar a formarse (el movimien-
to de traslación era demasiado rápido y no me permitía visibili-
zar todos los cambios), y en el ascenso hacia la i final ya se
iba sola, como gaseificada, sin necesidad de que la empujara.
Al llegar a la última letra de la escala su amarilleo ha-
bía desaparecido y era estaba tan blanco como la semela que es-
peraba más abajo. Forzando sus posibilidades de palabra lo empu-
jé más arriba, sobre unas líneas adicionales muy apedadas. Allí se
cuajó en una gota que no puede retener, cayó verticalmente hasta
las profundidades vílceas de la u, desde la abandoné. Hice
lo mismo con las palabras nube, viento y cóndor, cuyas peripecias
no es ^(necesario) ~~(preciso)~~ contar, sufrieron transformaciones parecidas de acuer-
do con su contenido, y el juego es infinito.

La desgracia del cóndor permanecía en su sitio, invisible a
mi juego, llenando toda la mañana. Para ella el tiempo no
paraba. Escribí palabras al azar y las recorté en papeletes apenas

más grandes que ellas para agruparlas según sus propias afinidades, o ~~las que yo quisiera imponerles proponerles~~. Las muy visibles o las que se esconden o se niegan. Los acordes perfectos ^{¿o consonancias?} son fáciles de hallar, vienen solos, como cóndor-nube-cielo por ejemplo, más divertidas son las disonancias imprevistas, como amor-mariz, términos que al principio parecen antagónicos y luego se van teniendo mutuamente hasta reconocerse ~~mutuamente~~ asombrosos parentescos. Los acordes de tres ofrecen reconfortantes sorpresas, como pingola-idóneo-usucapir (a esta última la robé del Diccionario), y en la doble cuerda me encontré una perla, luna-luna, que son iguales pero diferentes por tener distinta ~~timbre~~ entonación la segunda vez que uno la dice, viniendo de la primera y ligándola con ella. La asociación de cuatro, teniendo en cuenta que deben oírse juntas para que sean más graciosas, resulta un poco más difícil, aunque todo es cuestión de educar un poco el oído, hasta poder captar sin distorsionarse ^(o distorsiones) el racismo de ~~toras~~ trazgo-gasa-selva-leve, donde queda sonando algo así como un traigase-me-le, una palabra especial para gramáticos.

Después está la posibilidad de descubrir las aspiraciones secretas que muchas palabras ocultan por pura falta de coraje o ~~que se ardan~~ ~~para otra oportunidad~~ ~~excesivo~~ sentido de la seriedad, pero las están deseando; y entonces ^{surgen otras palabras,} ~~se forman otros~~ ^{tales} ~~acordes~~ como naipes de espejos, manta en la marea, relain pap con mariposa y alispas de somambulo, con todo lo cual uno puede jugar a ^{ser eterno} ~~la eternidad~~ olvidándose de todo.

La temperatura a que me llevó el juego me hizo sentir que con cada hallazgo ~~que hacía~~ logrado rescataba un día de la eternidad de la muerte ^{o en expansión} ~~de mi cóndor~~ y que al mismo tiempo iba sumando días a mi vida. Y jugaba y jugaba para no morir ~~como el cóndor~~, de la misma manera que los niños juegan para no ser adultos, y los adultos para volverse niños y estar lejos de lo que le paró al cóndor que compartía conmigo las cartas de la leófira.

El juego es divertido, y más todavía si uno edra mano

al diccionario y se encuentra con pictóscos ^{persejos} ~~quesucitos~~ como usucapir, especie de quesucito laborioso según sus alcances sonoros; contiene una valiosa cantidad de palabras en desuso; deseosas de ser utilizadas alguna vez, ~~al caer~~ se desprenden fácilmente y corren a tu encuentro. El Diccionario, con sus museos, es utilísimo en estos casos. ^{Un niño} Permite llevar horas y horas noches y noches olvidando la presencia de las estallas tan eternas que esperan allá afuera helándose en su propio frío, mientras uno se divierte con sotas, reyes y caballitos de palabras ~~que~~ muy envejecidas, pero que pueden servir como juguetes.

3-II-86

Descanso de palabras

Cuando acabé mi juego, en Minas Altas había dejado de llover. Un poco del sol de aquí llegaba abajo atravesando nubes residuales casi transparentes. Las expansiones de lo ~~muerto~~ del cándor habían desaparecido, su persistencia era ^{apenas} como un peso, y ^{este} ~~el peso~~, reduciéndose ^{ante} ~~para poder bajar~~ los umbrales ~~siguientes~~ de la memoria, ~~se reducía~~ se aliviaba ^{empezar a} para convertirse en un recuerdo. Como mi memoria casi no los tiene, sus grandes espacios vacíos permitirían al cándor moverse libremente sin temor a desplazar sus alas.

La Gramática, junto al candelabro, me recuerda el deslumbramiento que me produjo el descubrirla. Fábulo me había instruido sobre su existencia. Debía amarla y respetar su concepción de las palabras. Sin ella, las historias de los muñecos jamás podían salir de Minas Altas y su consecuencia su destino predecible era el olvido. Al olvido de todos nosotros, nuestra desaparición. Cuidado, dijo Fábulo, cada palabra bien ordenada será un poco de aire puro, y todas ellas nuestra respiración. Usted podrá galas como dice el libro que hay que ponerlas, así conseguimos que nos entienda todo, al otro lado de las salinas y también el otro lado del mar.

Un libro pequeño, con tapas de cartón que olían todavía a humedad marina. Estaba sobre una coquetita de encaje, protegido por un pañuelo de mujer. Era el objeto más importante de la mesa, en el centro de ella junto al candelabro. A su lado había unas hojas en

blanco, el tintero y esta pluma. Muy lejos, en la otra punta, las planillas para anotar los vicentes eran objetos secundarios. La Gramática había llegado al continente atravesando el mar. Unos números, anal-fabetos por elección propia, a pedido de Fábulo la cruzaron por la cordillera y sin abrir la dejaron junto al candelabro tal como lo encontró, ~~esperándome~~.

Me lavé las manos antes de tomarlo y miré todo lo de alrededor, para apropiarme del ambiente que la contenía, antes de fijar ~~mis ojos~~ en ella ^{para} una ~~larga mirada contemplativa. contemplación~~ mirada contemplativa.

Debajo del olor manoso de sus tapas estaba ^{en} secreto el olor de la tía, escapando de las hojas ciegas que había que recolectar. Su peso era apenas una distracción para la mano y toda ella estaba como apitada por los presentimientos. Entre ella y las hojas en blanco ~~estaban~~ destinadas a la escritura flotaba la existencia de un aprendizaje que intuyó dulce, ~~como el que había entre el método de guitarra por estudio, como el que hay entre un instrumento musical y el momento de tocarlo. Era el mundo.~~

Hermosa, le dije entreabriendo al azar sus hojas unidas por arriba, y vi arrojarse como respuesta, entre unos caracteres con formas de bichitos agrupándose, las palabras debajo, léxos, acafiar y atamuzes, que como voces vivas pasaron directamente a mis oídos vírgenes de ellas.

Ella se dejaba leer ofreciendo gozosa la totalidad de sus palabras, tenían para los dos un largo tiempo por delante, pero yo prefería tener palabras ~~separadas~~ sueltas que me palpitaran, ~~como~~ aiguenas, trends, llares, abas-tanza, guadafianes, tal como las recogieron de la gente a aquellos monjes del convento en la montaña y las ordenó ^{hace quinientos años} un hombrecito llamado Antonio de Melija, adecuándolas para ~~este~~ ^{el} largo viaje ultramarino, ~~forjándoles rayitas fijando sus sonidos con rayitas que me las trajo que las trajo al continente, ~~de~~ de allí ^{para que} unos números las cruzaron por la cordillera ^{y las dejaron} ~~para dejarlas~~ ^{perde de cuyo orilla} sobre esta mesa junto al candelabro. ~~Como~~ ^{El} las dibujó, ~~como yo a mis rayitas~~, fijando sus sonidos y orientación, y por ellas puedo enterarme de las voces de hambres ausentes hace siglos, de la misma manera que los que leen las rayitas de mis planillas pueden ^{oír} leer vicentes ~~que desaparecieron~~ desaparecidos.~~

Dilecto señor mío: sus palabras siguen titilando en el candel que

Antes de entregar el capítulo VIII, volver un poco
a Fábulo, a los muñecos, a Enro Vega y la Copina.

me alejaba en Misas Altas. A su vez quisiera decirle que en cuanto
disponga de un rápido vuelo capaz de llegar al roquedal de su convento,
le enviaré algunas palabras que entre heladas y lágrimas ayudan
desahaciéndose, ^{apuntadas de su gramática} por cinco siglos de olvidada, necesitan descansar para
poder seguir fijando en ellas la historia de este pueblo y salvado del olvido,
seguras de que a su orificio cuidadoso recuperarían el aura de su origen,
así para su memoria, como para hablar con los ausentes y los
que están por venir.

lo que habla de palabras
Para el capítulo VIII

16-2-86

Agregar aquí lo de la verdadera historia de los pueblos
con pequeños hechos.

A veces tengo estas traicionando a Fábulo con palabras. Rele-
yendo lo escrito, veo que muchas veces ^{→ ellos} me dejo llevar las palabras
me llevan y que a mí me gusta dejarme llevar. Sé que Fábulo
en el fondo las desprecia; quisiera decir, a las escritas; para él
tienen el mismo valor que las rayitas cuando represento la dirección
de los vientos. Deben ser serviciales y ajustarse solamente a lo que
hacen o dicen los muñecos; y uno tiene que permanecer sordo ante
sus ruidos, que pueden ser engañosos. El que quiere que las palabras
sean los muñecos, no ellas mismas. Sin embargo, parece que lo
único que él aprecia de las palabras es su sonido, es decir, la voz, des-
de que menosprecio a las escritas, cuya función sería solamente
fijar unos recuerdos para que haya memoria, para que ^{→ los por venir} otros puedan
reconstruir lo vivido cuando nosotros seamos ausentes. Pero las
palabras, que están en el silencio, donde flotan solas, cuando uno
las toca o las recuerda generan un movimiento que les pertenece.
pertenece. Es como si uno notara la mano en un baile lle-
no de pequeñas campanas o cencerros. Suenan. Y lo hacen por
ellas mismas. Como si esos ruidos fuesen la alegría que vien-
ten al saber que van a ser sacadas del silencio, donde están como
prisioneras. En la perturbación que produce mi mano en
el interior de ese baile, todas quieren salir, todas quieren vi-
vir, y se atropellan a la salida, como queriendo volar todas

juntas, mientras la capacidad de mi mano sólo alcanza para sacar una por vez. Entonces ellas mismas van ~~ya~~ provocando un ritmo, ~~tan jóvenes y vivas~~ al cual no pueden extraerse mis historias (quiero decir, las de Fábulo), y es como si ellas, por sí solas, quisieran contarla. Lo que yo hago entonces es cederles una parte del asunto, dejar que ellas mismas, llevándolo (me) lo inserten en su ritmo, porque siento que de otra manera estaría forzándolas o ignorando su derecho a la libertad, que es lo mismo que decir a su existencia. Entonces puede ocurrir, y ocurre, que a fotogeta se le escape un dedo o que ¡ pierda su sombrero. Cuando meto la mano en el baúl y se produce ^{el} tintineo de campanas, siento que no puedo interrumpirlo sin traicionar a las palabras, y que si lo hago estoy traicionando a Fábulo, o a sus muñecos.

Entonces traiciono un poquito a cada uno para que así lo sientan menos, de modo que la historia pueda reconocerse en las palabras y éstas no se sientan forzadas por la historia. Porque, si por mí fuera, lo dejaría todo a las palabras, seguro de que ellas llevarían la historia por un camino más próximo a nosotros, por una verdad compuesta de presentimiento y alegría.

Hoy más palabras que muñecos, y éstas también son memoria a rescatar. ¿Cuánto tiempo estuvo esperando para vivir de nuevo la palabra Lumbreras? Todas necesitan vivir para que haya más vida. Si tuviéramos las palabras antes que los ~~cosas~~ ^{hechos} modelaríamos el mundo y la vida a nuestros antajo, lo haríamos con las palabras, que son nuestras. Las estrellas indiferentes y silenciosas (vinculadas al crimen) sólo podían existir por mediación de la palabra. Yo las haría parlantes (es decir, cantantes) y participativas. Cuando las palabras nos invitan a su tintineo están queriendo modificar la tiranía de los hechos que las preceden en el tiempo. Por una cuestión de minutos no somos dueños de la historia. Lo lamento que ellas no pueden modificar nada. ¿Pero por qué evitar el juego a que nos invitan? Las palabras nacen después de los hechos de la misma manera que tenemos cinco dedos en cada mano. Están deramparadas,

seguramente para siempre. Su naturaleza es llegar tarde. Pasemos, entonces juguemos. Juguemos a que sea diferente. Por eso en el fondo no creo estar traicionando a Fábulo. ^{Procuró} Enato de hacer más verdadera la memoria.

Los muñecos de Fábulo han copiado vida, y a su modo son palabras. Los muñecos son perecederos, como la vida, por eso ha parecido pararlos a palabras, que pueden vivir más. Convertidos en recuerdo, en memoria. Entonces las palabras son más que los hechos, porque pueden sobrevivirlos. Son ellas los hechos muertos, están otra vez en condiciones de volver a la voz viva, y este mecanismo se convierte en memoria o recuerdo. La palabra, sacada del silencio donde flota, brilla unos instantes recordándonos que está viva, y ese es su tintineo, su propia voz autónoma; en seguida se apaga, en cuanto la pronunciamos o escribimos, para dejar paso a lo que nombra y permitirle, alumbrado por ella, entrar en nuestro entendimiento. Luego quedará flotando ^{en silencio} en el silencio del aire o apagada en el papel, hasta que alguien vuelva a encenderla con contacto humano. Ese brillo-tintineo que es sólo de ellas cuando saben es la invitación al juego, un guiño cómplice que nos hacen antes de apagarse en el objeto rescatado. Brillan que querrían ser objetos por sí mismos, crear su propia significación independiente del objeto al que sirven. Cuando uno se distrae en estos brillos brevísimos ~~es~~ cuando se está dejando llevar por las palabras, y sólo en esto consisten mis pequeñas traiciones. Los hechos, nunca nos pertenecen

Hay más palabras que muñecos, y éstas también, si vamos al caso, son memoria a rescatar.

enteramente; las palabras, en cambio, son pedimento de nosotros.
(un mes y quince días suspendida por el viaje a México)

4-4-86

La manse

Ag, hijitas, que cuando tan tristísimo elegid^{sólo} ocho entre más de veinte mulas para llevarlas a ver el mar, dijo ¡riendo y sintiendo la excitación mular producida por el viaje inminente. Encerradas tras la cerca de bugambillas, en cuanto lo vieron ~~aparecer~~ se dejaron poseer por el deseo de ir al mar que emanaba del hombre, ^{visible en el} ritmo de su acercarse, corporizado casi en los botones de su largo chaleco con pericuetos y en el obo de mirada ~~gosa~~ gozosa que se arremolinaba bajo el ala de su sombrero. La máxima aspiración de aquellas mulas era el mar, tan próximo que su presencia era ineludible, y a la vez tan ^{lejana} alejado por la verticalidad de la cordillera. De este encuentro violento entre cercanía proximidad y lejanía procedía la excitación de las mulas, avivada por el andar de ¡ hacia ^{el Cerco VIVO!} la cerca, en trances claramente marítimos; el ruido de sus zapatos sobre el pedregullo del sendero anticipaba caracoles secos aplastados en la playa, de tal modo que, pese a la verticalidad de ¡, era la horizontalidad del mar lo que veían aparecer las mulas, onduladas por el deseo.

Las dos ^{bolso} ~~sacas~~ ^{de cuero} que el hombre colgó en un poste del ^{cerco} ~~cerco~~, ^{con unas cuajadas} con unos postes fusteros, muy dulces, que crecían solamente en los bordes de una arroyo, y unos pequeños concuros ^(mezclados) con la huerba para que no tintineasen durante el trayecto ascensional de ¡, no consigieron distraer a las mulas. Tal como ¡ se lo proponía, de su ansiedad de mar. La huerba dulce y los concuros significaban fiesta, alegrías muy precisas que ¡ varias veces por año desparanaba entre sus mulas; pero éstas, en contoneos de rápida decisión, incorporaron la fiesta ^{¡ poseble} a la alegría del mar y se excitaban doblemente. ¡ festejaba cuidadosamente, sin olvidarse de ninguna, el cumpleaños de cada una de sus mulas. Las adornaba ~~o~~ a todas con flores y les colgaba concuros de distinta afinación que las incitaban a ~~movimiento~~ la danza produciendo en ellas movimientos diferentes a la carga y a la marcha, que las aliviaban de ser mulas. Sólo ¡ sabía cuál cumplía año. Ellas, adornadas ^{todas} del mismo modo, creían que eran todas las que cumplían años. Y como, según la libreta que guardaba en el bolsillo grande del chaleco, casi todos los meses tocaba festejar

algún aniversario, las mulitas, de fiesta en fiesta, cumplían meses en vez de años y con esto, pensaba ^{se} i, les alargaba la vida.
5-7-86 Los viajes de i tenían solamente dos ^{orientaciones} ~~secretos~~, una terrestre y otra marítima. Como las mulas sólo sabían pensar en un sentido, para ellas todo viaje significaba ver el mar; y en cuanto veían aparecer al hombre se ponían a ondular como olas, porque toda mula cordillerana en el centro de sus deseos tiene al mar. Habitadas a un mundo vertical, la horizontalidad del mar es el verdadero descanso y la única alegría de una mula. Cinco minutos de contemplación de la horizontalidad marítima les permiten, según cálculos muy precisos de i, considerar durante cinco meses que cualquier altura o descanso cordillerano, por más pesada que sea la carga que se lleva, es una simple distracción ^{marítima} del mar, y en esta situación permanente quinica consiste el secreto de su resistencia y su pacividad. Los sueños de las mulas, pensaba i, son puramente ^{oleánicos} ~~marítimos~~, y aún a cuatro mil metros de altura, por encima de las nubes, las mulas, cuando ^{sueñan} ~~duermen~~, habitan un oleaje. De la misma manera que el agua en esas altitudes hierve a menores grados, los sueños pierden consistencia y se resumben siempre en movilidad de olas espumosas.

i no había podido desarrollar un sistema capaz de comunicar a sus mulas, desde el momento de su aparición ante ellas, si se trataba de un viaje terrestre o marítimo, para evitar la expectación o tensión mular durante las horas preparativas, ensillaje y carga de las alforjas, verificación de la salud de cada una. Ellas solamente podían salir de la duda al iniciar el viaje, según el rumbo que tomaran. Durante esas horas dudosas, i repetía, según el caso, la palabra mar abriendo exapradamente la boca y haciendo vibrar la eragfial, a ver si visual o auditivamente sus mulitas aprendían anticipadamente el rumbo y evitaban así falsas expectativas; o la palabra tierra, con dos aberturas muy visibles de la boca, uno por cada sílaba. Pero las mulitas nunca pudieron comprender ese extraño silalco, y para ellas cualquier palabra que saliese de la boca de i

La manana

mientras las empujaba significaba mal, u horizontalida, o desca-
ro, o alegría, que venian a ser lo mismo.

Lo más doloroso para i era el tramo ^{entre el} ~~de sendero que había~~
~~desde el~~ ^{cerco} ~~hasta~~ ^{la} ~~la~~ bifurcación del camino, de máxima
tensión ^{parece la,} ~~tanto para las que se marchaban como para las~~
~~que se quedaban. Las que viajaban~~ Sabian que si tomaban
el camino de la izquierda el destino era el mar; de lo contra-
rio, ^{entre ganian} ~~por lo menos~~ desaparecía el deseo, y esto ya era un alivio
para poder aceptar un trayecto de pura pena pedregosa. Y lo que
i quería evitar en sus mulitas era la amargura de los deseos in-
cumplidos. Mar, mar, O tierra, tierra, iba gritando i ~~por el~~
~~sendero recto~~ y desde la ^{mula} ~~esquina~~ madrina por el sendero recto que
conducía a la bifurcación, para sacarles de encima la palabra
mar a sus mulas o reforzarsela según el caso; pero los anima-
litos, pensando en el único sentido que eran capaces de percibir,
bajaban las orejas captando imaginarios caracoles secos que
se rompían bajo sus patas, mientras las no elegidas, desde
el corral, las observaban inmóviles esperando el momento en
que la ~~esquina~~ mula que llevaba a i tomara el rumbo que
solamente el hombre conocía. I pensó muchas veces ~~expresión~~
ese tramo recto que imaginaba camino de repulcias; borrado a pala
y pico, traer tierra negra del arroyo y sembrado de bugambillas;
y poner otra puerta en el corral, de modo que una ^{diere a} ~~salida~~ ^{para}
los rumbos permanentemente terrestres y otra ~~para el~~ mar, cuya presen-
tencia llegaba hasta el cerebro de sus mulas obligándolas a vivir
en su inquietud. Pero esto, aunque acortara el suplicio, lo volvía
más intenso; servaba a decapitación. O en todo caso, pensó otras
veces, criar mulas sólo para la tierra en ese corral, y en otras
de modo que nunca pudieran verse entre ellas, las destinadas
al mar. Y cada vez que lo pensaba la injusticia implícita
crecía. Entonces no quedaba otra posibilidad que el juego libre
del deseo, con sus ~~dos~~ polos de realidad cumplida y de sueño
que se esfuma, porque así es la vida, hijitas, decía i abriendo la
boca ante sus mulas en sílabas confusas que ellas sólo

podían entender como horizontalidad marina.

En general toda palabra salida del hombre en situación de viaje era, ^{al ser de mulas,} para las mulas para referencia al mar la horizontalidad oceánica. Porque el hombre mismo era para ellas, en vísperas de viaje, una entera implicación marítima. A fuerza de percibir en él la posibilidad de mar, lo identificaron con un mar sustitutivo, sobre todo para los casos en que el mar fallaba; un mar con suelo. En la ~~su~~ percepción ~~existente~~ ^{de aquellas mulas sanadoras,} había un mar-mar, mar puro, ^{y esto las lleva a pensar en} y un mar-I, o mar-hombre, cuya oceanidad brotaba de sus zapatos sobre el pedregullo como si aplastase esqueletos de caracoles, y ascendido por los botones de su chaleco tormentoso acababa arremolinado bajo el ala de su sombrero rampador de vientos. Por eso cuando Mar-I colgó las dos ^{bolsas} ~~cajas~~ en el poste con aquellas mazorcaz infantiles y las hierbas dulces recogidas en los bordes del arroyo, para distraerlas de la ansiedad marítima, con una celebración de aniversario, lo único que consiguió fue que las mulas incorporasen, ^{al mar-mar,} con un simple golpe de deseo, al propio Mar-I, para empezar, y enseguida ^{los} cumpleaños con sus mazorcaz apenas formadas, apenas salpicadas de pequeños granos puro jugo, las hierbas-caramelo y ~~los~~ aquellos cenicientos desiguales disimulados entre un olor a hierbas aplastadas y a mazorcaz en trances de fermento. Y onduladas por el deseo, ~~convirtiéndose~~ ^{convirtiéndose} oían sin comprender las palabras de I apoyado ~~en~~ en la cerca, convirtiéndose cada uno de sus sentidos en ^{gratificante} ~~horizontalidad~~ ^{y fresco} horizontalidad ^{conocida} marina. ¡Sabía muy bien, por haberlo meditado largamente en sus travesías de arriero, la natural-
6-4-86 leza de los vuelos. Pensaba que habitadas, por somatización, a los ascensos y descensos cordilleranos, la contemplación de la horizontalidad del mar era para ellas no sólo el descanso necesario sino el desahucamiento gozoso de que su verdadera naturaleza era marina, ellas también pertenecían al mar, como los barcos y las gaviotas; como las mujeres, que específicamente y ~~en~~ ^{en} todo cuando amaran su marinas, amadas era lo mismo que poder arazar el mar. Anulitas, pensaba I, enormes peces cálidos desde el flequillo hasta los carcos, parando por la casi acua-

portanteaba una, la Chiquita.

tica vena del espolón. Por eso gozabo llevándolas al mar; para que descausado de la montaña impuesta pudieran verse reflejadas en ^{una} la bolita, sentirse nuevamente acuáticas, descubrirse bermosas, ^{en} como la circunstancia feliz de un pez que puede contemplar el mar desde la orilla.

Le repartió ~~cancias~~ palabras inótiles y caricias por carrillos y huesecitos y bolitas esparcidas; dedicó un pellizco disimulado a la que verdaderamente cumplía aires, dio a cada una su ración de limbo dulce y de magreos de maíz recién nacido, cortó bugambillas en la cerca y las entrelazó con crines y flequillos; de cada uno colgó un concero de distinta afinación. Y bien, ~~hij~~ mulitas, esto es una fiesta, dijo cuando vio que las mulas, en abanico, lo observaban. Una fiesta para bailar. dijo entre paso de danza, y se detuvo sin tiempo claramente que aquella fiesta no existía porque sus veinte y tantas mulas, mirándolo fijamente, tenían sus pensamientos concentrados en el mar.

Está bien, dijo i, y dando por concluida la fiesta no comenzada alzó las manos ocultando los fulgares. Ocho, solamente ocho; es el viaje más peligroso que yo y la carga más espantosa que jamás he visto. Las mulas, de creyendo que todo aquello significaba mar, entornaron, languideciéndolos, unos grandes ojos en espera femenina destinados a comover el corazón de i. En juegos de ojos, la Maura los dejaba disforitear aporreado de unos rayos rojos desviados por una mata de breva; la Camella, de 6 ^{cuarenta} cuartos ~~de~~ de alzada, ~~parpadeo~~ arrebolaba los cejos en transparencias femeninas; Capuli miraba distraída el suelo esperando ser sorprendida por ^{el} ~~el~~ toque selectivo de un índice de i; Dorada, la adolescente, ostentaba bajo el flequillo una mirada de tustez fugida; Marcela, la libertina, parpadeaba entre titilaciones. Y cada par de ojos, en actitudes diferentes, decía lo mismo que los otros: por favor, llévame al mar.

Ante la indecisión de i, las mulas empezaron a moverse para que sonaran los conceros carcables y, como casi siempre, las di-

giese por sonidos afines, los que más le apadasesen, procurando cada una que el sonido del suyo fuese lo más límpido posible. Comencian el juego: en cuanto empezaban a sonar, ¡ se ~~acercaba~~ ^{acercaba} recorra el abanico acercando su oído a cada cascabel, y separaba ^{de las mulas} ~~no las oía.~~ de a dos, guiándose por concordancias. Pero el hombre no se movía. Ni siquiera las miraba. Los fríos ojos verdes del mulero, encandilándose a sí mismos, habían cortado toda relación con ^{ellos} ~~las mulas~~ y el mundo, sus ansias marítimas.

¡ pensaba en la caída del botín y en un inmenso piano cepe que, desbaranquándose, arrojaba en su caída a ocho mullitas vírgenes. ^{de mar?} Jamás dejaría librada al azar de unos acordes de cencerros la vida de sus criaturas. La forma y el peso del instrumento abarcaban todos sus viajes y sus cargas; para ese piano, a cuatro mil metros de altura, ^{12 400} desde donde hasta el mar se lozaba, aquellas mulas eran apenas unas sombras. Con vez de sonidos y deseos, combinaria, para la elección, inteligencia con destreza, fortaleza con experiencia.

Las fue separando sin nombrarlas, evitando cualquier duda en un asunto tan tristísimo. De las ocho elegidas, solamente dos, la Caracola y la Rubia, no conocían el mar. Las demás se quedaron quietas en sus sitios del abanico raleado. Las vírgenes de mar elegidas se adelantaron a las otras para salir del corral. Viendo que ^{el hombre} también iba a salir, la Mauro ~~se~~ adelantó unos pasos en el extremo del abanico, ^{su dirección a i.} ~~guita~~, Mauro, dijo O. el mulero; la mula se detuvo avergonzada, fijó en el suelo miraba el suelo, ^{se barabala} ~~el olvido~~ ^{no se olvida} ~~la del mar.~~ ^{el olvido} ~~que a partir~~ ^{de ahora mismo deberías empezar a desmemoriarlo hasta olvidarlo para siempre.} ^{no se olvida} ~~de~~ ^{de} hasta olvidarlo para siempre. El mar es para los fuertes, y ese no es tu caso, Mauro. Nunca podrías superar el miedo que lo tienes y no podrías reportarlo en tu vejez. Dos veces te ve que portegar a la Pajiza, que por su edad acaso ~~ya~~ no pueda conocerlo nunca, para llevarte, Mauro. Y antes habías ido muchas veces. Te llevé cuando eras apenas una niña y aquí llevándote hasta tu ma-

Vicuña con cajita de música

Vicuña salvada con voz verbal

acero negro, no tarta

Durante estos días, ^{acero negro, no tarta} han soplado unos vientos biológicos. Dos vientos encontrados, del norte y del este, que se juntan en la enorme garganta que separa la roca donde está este refugio, del cerro del cóndor muerto. Allí ^{ordenan} juntan sus bramidos, en un punto donde cada cual pierde su voz, y en acuerdos de vientos forman un nuevo zumbido que es a la vez un filo que se expande. Es el viento que penetra en los animales y ocupando su mente les borra la memoria. Los convierte en autómatas sin objeto de vida. Los lleva mimicamente de tristeza. ^{los} El animal ^{reventado} ^{piden} ^{se} ^{llega} ^{en} ^{el} ^{mundo}; por más que se desplaza, ya no estaría nunca más en ninguna parte. Ya no hay más distancias para él, ni siquiera en el propio sitio de su cuerpo, donde giran desesperados buscando un centro cuya noción han perdido. Si no se despeñan, se aproximan al hondo sin temerle porque no lo ven ni lo oyen, atentos solo al zumbido que llevan por dentro; sin saber que se desplazan, porque ya no están en ninguna parte. Entonces como los toca y es como si estuvieran vacíos. ^{Después} ^{del} ^{mismo} ^{centro} ^{hasta} ^{sus} ^{contornos} ^{están} ^{llenos} ^{de} ^{tristeza}, en la que permanecen hasta que mueren ^{de} ^{tristeza}. ^{lo} ^{sustancia} ^{impalpable} ^{de} ^{la} ^{tristeza}.

Después de la vida

Alajo, ¹² solo conoce ^{los} sus efectos, no al viento mismo. Se lo imaginan remoto, en horizontalidad, más allá de las Salinas, ignoran que, en proyección hacia arriba, es una prolongación de sus propias estaturas. Aunque se sabe de gente reventada que se fue quedando quieta y secándose hasta desmenuarse, no le temen. Ni lo ven ni lo oyen, solo pueden visibilizarlo cuando los animales reventados bajan a morir.

Cuando vi acercarse los dos vientos, visibles en las orientaciones contrarias que daban a los pastos, deduje el rumbo que tomarían al convertirse en una sola y tense las cuerdas que sostienen a los globos, para registrar con precisión la naturaleza desconocida de un viento nuevo para mí. Pero los globos no supieron responder; perdida su conducta, giraban como animales traídos por el viento buscando un centro que ya no existía.

30-4-86

Al menos con estas planillas y con estos globos, no ^{hay} ~~había~~ riza o signo que ^{pueda} ~~podría~~ representado. Sus movimientos son grandes manadas de tinta; oscuridades.

En eso vi ascender una vicuña ~~ventada~~, iba al encuentro con su muerte por un defiladero que, estropeándose, acaba en la liseria de una roca y de alguna ~~de~~ manera se prolonga luego en el aire, dos mil metros abajo. La noticia de su caída apenas me dio tiempo para manotear un bozal y salir corriendo, sin pensar en el riesgo de que aquel viento me penetrase ligando mi destino al de la vicuña. En el mundo de palabras en que vivo, la acción que realizaba era una sucesión de desgarramientos exaltantes. Leada pisada que dejaba o podía que saltaba, cada distancia suprimida, era un hecho cierto contra la muerte. Pero ¹⁻⁵⁻⁸⁶ acompañaba cada acción con la palabra correspondiente para no desferirme de lo mío y para que la acción no estoviese sola. Saltar y deslizarse y caer volar, acción y palabra, me permitieron llegar casi al final del defiladero antes que la vicuña. ~~Gen~~

Quinta, le dije, y por el movimiento de las orejas sepe que todavía ^{oía} ~~podía~~ oír, aunque no creo que pudiese ~~oír~~ verme: tenía los ojos encandilados, hasta allí había llegado el viento destructor. Su forma, todavía inalterada, se ~~suaviza~~ modificaba hacia una condición espumosa, y seguía avanzando. quinta, vicuña, quinta por favor, dije viento que en el lugar donde yo estaba, a pocos pasos del término del camino, no calzaban los dos. Hacia arriba yo no podía volver, había saltado desde una altura inevitable desde abajo. La idea de caer junto con la vicuña, si no se detenía, se me preguntó como término de la acción o de la suma de acciones que me habían llevado hasta allí, y me quedaba volamente, para poder salvarme, unas palabras que la vicuña no entendía, aunque forzaba los oídos en erecciones inútiles y orientaciones diversas tratando de aliviar pero entre las sombras ~~por~~ ~~por~~ donde encandilada por el viento, trancitaba. No sé cuántas veces ^{por un momento} ~~había~~ dicho los sonidos de quinta, a distintas alturas de entonación, ordenando, implorando, rogando, y cada vez que lo decía ella movía los oídos de una manera diferente, y avanzaba.

En un día de avanzar hacia...
y hacia la muerte, como - su destrucción

12-5-86

En el fondo, con trastornos de Psíquicos
la altura, noroeste, puma, afacua.

La distancia en que me sentía envuelto me mostraba la propia caída como una nueva acción. Mientras caí, iba despidiéndome. Unos dos mil metros de despedidas. No sé si razonamientos de ese tipo son normales en esas situaciones ^{de muerte} límite, o si era el viento quien los producía. Entonces desentrué, llevado por mi mecánica de acciones, que no tenía de quien despedirme. Me faltaban ligeramente con seres seguramente existibles que cuando atravesé la franja fueran borrados de mi anterior memoria, con ella. Había un hueco allí, donde acaso remolineaba un sonido, tan paralelo con el silencio que se confundía con él, y era ^{50%} silencio ~~que~~ que había. En mi memoria actual, hecha de palabras puras, de verdades de sonidos, los seres vivientes conectados a mí, Fábulo, la Céfira y Ene Vega me parecían alcanzar una existencia plena, y aparecían como ^{dadores de} ~~los que me entregaron~~ las palabras, lejans maestros silenciosos; enigmas. Mi caída sería una acción vacía, me elevaría una mecánica ciega, algo ciego llevado a un ciego de la memoria. Mis únicos recuerdos eran de palabras. Leería mi nombre, arrastrándome. La palabra Lumbieras caería y moriría conmigo. Leería el abecedario. Una terrible destrucción de sílabas y huesos. Los cóndores, que son mudos, bajarían en vuelos circulares a comer entrañas y palabras. Fábulo y demis, asomados allá muy alto después de la caída, mirando hacia abajo los rectos del delante, ellos, excepcionalmente seres vivos en un mundo de fantasmáticas oscilantes, por un mediano día Ene Vega sacándose el sombrero, un Horiqueo de la Céfira, mirada relampagueante ^{pero oscuro} de Fábulo bajo el ala de su sombrero, una mala muy lenta bajando en caracoles peligrosos mis popeles con palabras, Fábulo Vega, pocos días después, modelando mi muñeco. Y era como si a todo esto lo pensara, por mí, el viento.

La víctima, extraviada en su tristeza de morir, estaba ya muy cerca, y yo a lo sumo podía retroceder unos pocos pasos más, luego ni ella ni yo tendríamos donde pisar. A mis espaldas quedaba el piano sin poder cruzar la cortinera, caería con nosotros; el ruido del cantor, el vestido de Embé, los dedos mudos de

30-4-86 28-2-51
fotazeta, la canción del gallo blanco mudo para siempre dentro del in-
jo ondulatorio. No teniendo de quién despedirme, apremiaba la
caída para acabar las historias inventándolas por mi cuenta, por lo
menos para llevarme algo congruente allí abajo, donde la vicu-
ña y yo, entrecerrados, parecíamos a formar parte de la memoria
de los cóndores, un haz de palabras para ellos, que no las
tienen. Eché un último vistazo a un lugar interno donde su-
ponía la existencia de un espacio habitado antes por mi me-
moría perdida, buscando una palabra para llenarlo y reser-
varlo. "Algo, algo", dije buscando con este dudoso término alguna liga-
ción humana y entrañable en la otra mitad de mí que es puro obvi-
do, pero nada aparecía. Lo único que me ligaba a este mundo eran
las palabras. Y el mundo, totalmente, era apariciones en la oscu-
ridad.

La vicuña encandilada, en su tramo final, me encandilaba a
mí con su belleza. Nunca los había visto desde tan cerca. Esa mane-
ra de ocupar el aire con el dibujo de su ser perfecto, esa rotundidad
de sol poniente tras las nieves más lejanas. Yo no dejaba de
pronunciar la palabra quieta, sintiendo que sus dos sílabas eran
mi último refugio, y ella no dejaba de mover sus ojos tratando
de captar en su interior el sentido salvador de una palabra misterio-
sa, su ecolalia absurda. Lo que para, alcancé a pensar, es que esta
palabra es polvillo de sonido; una pura timidez; apenas alcanza
para nombrarse, no para convencer; se nombra para quedar
en ella, apenas con lo justo, sin alcances, de la misma manera
que su palabra madre, quietud, pertenece a las montañas, a
lo inanimado, sin cercanías válidas para nada que esté
en movimiento. Anula en su levedad melódica, dije, y esta ^{repetición} me
hizo recordar la técnica de los pájaros, que con un par de sílabas,
repetiéndolas y variándolas, dicen lo quisimos decirnos, dándole a los
dos ^{o tres} ~~cuatro~~ sonidos que pueden producirnos que, a través de la condición
de un canto inteligible capaz de comunicación.

Quieta ^{un quieta} _{el} ^{repetición} _{repetición} quietud, dije con técnica de pájaro, y advertí
que aunque ^{repetición} _{repetición} seguía avanzando su velocidad mermaba. Tan
→, vicuñera quieta,

reducir al mínimo:

quietecita tan quietona la quietita; ~~quietónica~~ ^{quietona} quietosa la vicuña en su quiete; ~~quietifera~~ quietosida la quietica ^{quietona} ~~vicuña~~, quietística quietada quietando quietitudes la ^{quietecita} ~~vicuña~~ quietulante; quietofila y quietofánica se va quedando quietita quietacita la ~~vicuña~~ quieta, quietámbula quietqueda quietónica quietosa; quietánmica ~~vicuña~~ quietofila; quietoclita quietifera; ~~quietosida~~ quietánmica; quietónica quietura se aquieta la ~~vicuña~~ quietánmica.

Enzangada por la diádhara entró en el ritmo propuesto, que fui mermando como las cajitas de música cuando se acaba la cuerda. Dejándose llevar por el ralenti, esperaba los tiempos cada vez más demorados del compás antes de apoyar ^{las} ~~cada~~ patas; y cuando le quité el último tiempo del último compás, lo esperé imitilmente con una pata en alto; y no teniendo tiempo ni sonido para ponerla, la dejó perder en la quietud y se detuvo rozando mi frente, sudada por el miedo y la música, con su cabeza redonda, apoyada en el silencio que reservé para el final; convertido mi cuerpo en unas ^{discotas} ~~endones~~ barras de conclusión.

13-5-86

Tras los dulces ojos (ambisi título)
Hermona, ~~quieta~~, alta, viva. Antes de ponerle el bozal lo acaricié y le besé las ^{pequeñas} ~~babilla~~. Respiraba agitada, tratando de expulsar el viento maldito. Su cuerpo, al tacto, respondía aún a las tramas de la vida, el viento no la habría convertido todavía en una pura espuma, sus adentros vibraban, su contorno y los designios encerrados en él todavía le pertenecían.

Volvimos al refugio esquivando vientos. Cuando arreciaban nos refugiábamos tras las rocas, los veíamos chocar contra los filon y salir resgantes sus alientos enfermos, sus ^{noñitos} ~~babillas~~ suicidas, los que posiblemente llevaron al ~~condor~~ que compartía conmigo las cartas de la Céfiro a una muerte elegida. El recuerdo del ~~condor~~ y la presencia viva de la vicuña, mezclados, me hicieron sentir vivamente la ~~noticia~~ ^{planetaria} de una ~~hermandad~~ ^{hermandad} animalística, ~~maraca~~ ^{planetaria}. Vanos, le dije, el peligro ha pasado y estás viva.

Los pocos objetos que hay en este refugio, la mesa, el arco,

la gramática, las ~~las~~ velas, se modificaron en cuanto la vicuña,
apareció por la puerta, y yo mismo tuve otra visión de mi cuerpo. Vi-
cuña, le dije mirándola a los ojos, dándole a cada letra de
la palabra una absoluta claridad, abriendo los labios más de
lo necesario para que cada sonido tuviese un ámbito mayor,
acorde con los espacios que sentía crecer por ~~la~~ efectos de la
figura que acababa de entrar. Las flamas del hogar, crecidas,
temblaban en sus ojos, ^{ya desecada de la ~~205~~} donde yo mismo estaba reflejado, cre-
cido, formando parte de su profundo contenido ~~causado~~ zoo-
lógico. Siempre hemos estado en la misma vida, le dije, y apenas
lo sabíamos. La vicuña dio unos pasos observando los objetos, miró
su sombra en la pared, entusó unos segundos de su mirada a la
guitarra, acaso no miró el baúl, casi en sombras, que ante la
presencia andina modificaba sus líneas orientándolas hacia la
forma de un enorme promontorio, al mismo tiempo que las velas
encendidas extendían sus ^{temblores} ~~luminaradas~~ ^{en} la busca de alturas
~~orbiculares~~. ~~yo~~ yo mismo crecía, parecía que mi cabeza ya rozar-
ba el techo, todo se convertía en altura por la presencia del hermoso
animal, por transferencia necesaria de sus hábitos ^{climático} milenarios, por
pura sumisión ante lo bello y verdadero.

Se acercó al ventanal, ~~donde yo estaba apoyado~~ y desde el ángulo
de mi visión, casi rozándose, miró el censo de superficie, la cueva aban-
donada del condor muerto, unos tramos de nieve en trances de des-
teñirse, los globos eólicos como enloquecidos en el filo de los vientos
encuadrados, y tiritó ~~entramente~~ en un saudimiento, seguramente
por su inmersión en una visión ~~humana~~ del paisaje, condicionada
por el ángulo visual que ^{se frecuentaba} ~~habita~~ mi vista. El calor que dependía
en cuerpo rozaba mis oídos; su presencia en ese lugar que ~~muere~~ ~~la~~
~~habría~~ presentito introducía en el ventanal una verdad solamente iguara-
da pero normal a pesar de su interrupción violenta; la vicuña estaba
allí de la misma manera que hubiera podido estar Fa'bulo o
Bue Vega, y la única duda que pudiera haber era exclusivamente
mía; ella ocupaba el ventanal de la misma manera que lo
haría sobre cualquier roca o sendas de la cordillera, y yo mismo,

aquel girasol solitario donde empezaba mi memoria, y luego las historias fijadas en mí por Fábulo, arrojándome alto adentro Émbé y al niño sudulatorio, su caballito saltarín, la ausencia del cauter, el puente - puente de fotogeto, acaso pudiera ver mejor que yo la oscuridad del sueño traicionado por el Sictumerino. Su poderoso centro de vicuña, a medida que me atraía, me llevaba hacia un tiempo anterior a toda memoria, donde flotaban, como sueltas en miradas oscuras de Fábulo, formas de cuerpos que me antecidieron para darme vida, docientos mil padres enlazados desde ^{la oscuridad} las sombras. La vicuña, inteligentemente, apenas me permitió ^{como afaq, audob,} avanzar a esas profundidades. Derrió los ojos para que no avanzara ~~más~~ o no cayera más, dejándome en la ~~movida~~ ^{movida} de que la que percibimos fuera esta ~~lucha~~ ^{lucha} de apariciones, nosotros mismos ~~son~~ ^{son} apariciones, y en su centro aminor el se oculta una verdad muy grande, hermosa o terrible, hermióticamente reparado ~~de~~ del mundo por la dulzura de unos ojos. ^{después de ellos se esconden todas las muélls que anteceden a las nuestras, y se felicitan afortunadamente} Los cuerpos de hombres y mujeres descubiertos por la memoria que se fueron uniendo durante una eternidad para dar forma a otros cuerpos que luego combinándose iban buscando el niño para darle forma, borrándose del tiempo y del espacio a través de la muerte para darnos vida, ilusión de humanidad en permanencia, ~~ejemplos~~ ^{ejemplos} avanzando hasta la consumación, juntándose a través del amor ^{o juego de los cuerpos,} para morir luego solitarios y desaparecer para siempre en una memoria animal que es nuestro olvido, que no tiene palabra para que nunca ^{o nunca} ~~jamás~~ pueda ser contada.

Entre padres y cuerpos muertos me fui quedando dormido y al despertar vi que una vicuña observaba el ventanal desde el censo de enfrente. Posiblemente, dije, me pareja, ^{que} El viento había cesado, y venía a buscarla. El viento había cesado, sin dejar una sola nube. Los cenos estaban como apilados. Y el terrible silencio dejado por los vientos al retirarse era casi insupportable, todo parecía haber quedado vacío. Su pareja, dije, seguramente lo vio entre apuro. Pero no era su pareja. Se trataba de la misma vicuña, que había abandonado el refugio durante mis sueños y ahora me observaba desde lejos, desde su memoria. ~~Esta~~ La puerta, en-

treabierta, disminuía en sus goznes con un resto de vida. Los objetos del cuarto habían recuperado sus dimensiones, ahora todo era tan pequeño como yo. Alta, enorme, la vecina a lo lejos parecía su estatua. Su inmovilidad y la vista fija en el ventanal y en mí eran una clara actitud de despedida. Tan quieta la vecina vecina quieta, le dije como en broma para quitarle solemnidad a un adiós que me entristecía. La vecina se movió, la vi pasar de perfil, y fue ascendiendo sin mirarme más hasta perderse entre nubes.

La tristeza, rápidamente borrada por mi broma verbal, más que por el adiós era por quedarme otra vez solo entre palabras, mientras una verdad viviente se me iba. Rápida y violenta, la ausencia de la vecina crecía como una oscuridad. Con el pulgar hice pasar rápidamente, una y otra vez, las doradas y tantas hojas de mi manuscrito. Millares de signos en movimiento aparente; sombras y apariciones. Palabras que con sus ruidos producen ilusión de vida, hasta parecerse exactamente, cuando se calientan, a una verdad viviente, sombra también, y apariencia, que a su vez también es sombra y apariencia en la trama de pados y de urdidos tejidos y destejidos vida, una gigantesca arquitectura vacía o aparente de la que sólo existe la fachada.

Recuperación de la oreja

19-5-86

Yo también sufrí los efectos del viento. Cuando desapareció la vecina sentí que estaba a solas con las palabras y que éstas eran a la vez pura soledad. En seguida anudó y el miedo a las estrellas apareció antes que las estrellas mismas. Cuando empezaron a colgar yo ya las estaba esperando con mi miedo, y más tarde, cuando en alta noche eran como un grave incendio, el miedo era casi mi naturaleza. Acercado junto al ventanal, mirándolas, no podía apartarles pensamientos,

ni palabras. Sin resistencias niás, su modo de brillar - colgar crecía, amenazaba. Si alguien tenía que caer no serían las estrellas, sino yo; hacia arriba; y me dejaba estar, acurrucado junto a los vidrios fríos, con las manos entre las piernas para ser más pequeño; y que me absorbieran de una vez, que borrasen lo que había escrito, que me convirtieran en un signo insignificante, en un recodo geométrico, en un punto aparte, ^{en una parte insignificante} de cualquier constelación. A lo mejor, pienso, cuando crucé la franja de la desmemoria entré en una atmósfera alucinante y todo lo demás ha sido pura visión imaginaria. ¿La crucé realmente? ¿No ha sido también esto una ilusión? Seguramente nació en este mundo y jamás salió de aquí. Fábulo no existe, su existencia es ilusoria, y sus historias ilusiones de una ilusión. Las palabras me usan y me hacen creer lo que cuento, que es ^{ello} solamente lo que ^{combinación} las palabras, liberadas ^{liberados} por su propio juego, se fijan en su fíbel de vida; las palabras hacen camino lo que el viento cualquiere con los animales que lo respiran. Yo respiro palabras; ~~acero~~ ^{acero} ~~nací~~ ^{nací} de ellas ~~yo~~ no nació de padre y madre; nació de estas palabras, y las uso por puro miedo a las estrellas, para no morir. E ignoro hasta dónde se puede llegar con ellas y qué sería de mí si me quedara sin palabras.

Avinas Altas, dije, tampoco existe ni ha existido nunca. Es que inventar una ciudad allá abajo, desde aquí arriba, ^{ese} era una hermosa tentación. No me arrepiento, claro. Una ciudad entera para mí, con gente toda para mí. Una razonable manera de no sentirse solo. Entonces, ¿estoy solo en el mundo? ~~yo~~ Cuando tuve la ciudad me inventé a Fábulo, inventa de historias, para llevarla de fantasmas. Si bajara ahora mismo al lugar donde se supone que está Avinas Altas, comprobaría que es un simple pliegue de las rocas, sin vida, donde el viento silba su propia soledad planetaria. Me mirarían asombradas las vicuñas, ^{las vacas} sentiré junto a mis pies el millonario deambulador mecánico de las hormigas que vienen de otra eternidad, pararé junto a ríos de deshielo, oíré sus

micromundos geológicos y hallaré que al no existir Minas Altas ni Fábulo ni nadie mi mente enajenada padece una ilusión de sentidos significativos.

La inexistencia de Minas Altas, manipulada ^{los efectos de} por aquel viento endémico, creció hasta el borde de la certiga. Del juego inocente de las palabras pasó al movimiento giratorio de una duda seria, hasta convertirse en una potencia amenazante. El paraje hacia el acto, favorecido por mi miedo, no se producía porque en mi memoria todavía estaba aquel girar oponiéndose a la nada. Pero vacilaba, como si se encendiera y apagara. Minas Altas, pese a todo, persistía cuando el girar de mi memoria era visible. Luminoso, en sus alcances amarillos podía ver el sombrero de Fábulo, el bolsillo profundo del chaleco de I, el paraguas de la Céfira, y Enebí por fin se ponía su fantástico vestido. Apagado, Minas Altas era una construcción ilusoria de palabras desquiciadas para sostener un sueño que sustituye a una realidad inexistente que no incluía. Ambos momentos se alternaban, isócronos, como el tiempo débil y el tiempo fuerte de un compás de música, donde el girar se prendía y apagaba, dentro de mi memoria.

Desde esta, ^{donde está,} ~~el girar~~, me oí gritar sin poder nombrarlo cuando lo sentí borrarse en la memoria, ceder su lugar al tiempo oscuro, borrándose y llevándose incluso la palabra. Era amarillo, retare todavía, con una forma que no recuerdo. Y detrás de él se fue borrando Fábulo (Fábulo ha muerto, dije), Ene Vega desaparecía, Enebí y Jotzeta no habrían existido nunca. Está bien, dije, todo ha sido una ilusión, y no existiendo Minas Altas mi vida ya no tiene sentido, ya no hay espacio para mí, no podré desplazarme, giraré solo mi misero, tomaré el desfiladero ^{que acaba en el filo de una roca} de la vicuña, buscaré la roca donde se estrechó aquel viento, me dejaré almerar por las estrellas carcióvoras, me perderé ~~en la~~ ~~misma~~ ~~debe~~ en lo que ^{había} ~~hay~~ detrás de la vicuña que rescaté del viento.

Abandonando mi posición acurrucada allí el ventanal para entregarme, con mi miedo, al incendio de estrellas. El cielo se abaja, barrido de nubes por el mismo viento que me ame-

si está deshabitada,
esto no concuerda.

rozaba, permitiéndome, con su transparencia, que pudiese divisar ~~ella~~
~~abajo~~ el débil titilar de una especie de procesión de velas, algo como
un ~~pequeño~~ gusano de luz ~~que se pasea~~, ~~pequeñísimo~~ allá abajo. Era
Minas Altas, vista de noche por primera vez. En el juego de las
débiles luces de sus velas arrojadas a las ventanillas, ~~trufaba~~.
^{el gusano} El gusano se movía, viva. Una noche de lajura, rala, paraba
rozando su calle sinica y con sus claros y sus leucidades
multiplicaba el titilar del pueblo. El girasol, precediendo
en unos segundos a la palabra que lo nombraba, se reinsta-
ló en la memoria, fulgurante, bellissimo con su enorme coraje
oscuro de semillas entrecruzadas, y con el todo lo que contenían
sus alcances amarillos. Fábula Vega ^{no existía}, y se reiniciaba, oscura
a pesar de sus ojos claros, bajo el ala de su sombrero, parecía
más clara, como teñida por el girasol la flor.

28-5-86 Cuando late el girasol

~~Esta mañana~~, tras el cese de esos vientos vivos, el Mirador
amaneció como quedan los caras cuando ~~haya~~ muerto alguien y ya
se lo han llevado, y algo fundamental ha empezado a faltar y
se siente su peso de no ser. El terrible silencio que ~~haya~~ dejado
no hace más que recordar, duplicándolo en sentido inverso, el
aliento del soplo. He abierto puertas y ventanillas para que se vaya
el tupo y entre una luz pura. Lo que estos vientos dejan en
el aire cuando se retiran es lo contrario de lo que sucede con el
aire después de una lluvia; queda cargado con algo que está a
punto de ser color pero no alcanza, una luz que no vibra.
Dejan vaciedad y la certeza, en esa luz, de que tenemos que mo-
rir y en consecuencia todo lo demás es ilusión o mentira; de que
a partir de ese momento, cuando se ha regresado del cementerio y la
casa está vacía y como oscura (en plena luz del día, hay que empe-
zar a construir otra vez una larguísima mentira que empera-
rá por baltuses hasta llegar, por imposición de su propia dinámica,

F. me ha dado la palabra pero yo también crea en su secreto.

a convertirse en una costumbre parecida a la verdad, una verdad muy fuerte, prestada, que desaparecerá otra vez cuando vuelvan a soplar borrándolo todo para dejarnos otra vez entre apariencias fingidas por las sombras.

Después de esos vientos no he vuelto a ser el mismo, y acaso esas reflexiones sean el resultado de la parte de viento que seguramente entró en mí cuando salí para auxiliar a la vicuña. Ahora escribo y siento que las palabras flotan sin asentarse totalmente en el papel. Ellas también están venteadas, como si por dentro fueran una pura espuma. Las palabras, que eran mi segura ligazón con el mundo. Todo podía nombrarlo, pero no hubo palabras para nombrar mi posible caída y desaparición junto con la vicuña, en el término del desfiladero. La palabra posible para esa caída era como las mandras de tuitas que proponían los globos testigo al ser agitados por esos vientos inmanejables. Un borrón total en las planillas, sin ángulos posibles para trazos, sin posibles sonidos. A punto de caer con la vicuña, me di cuenta de que la muerte no tiene nombre; la palabra que la designa es un sucedáneo, una mandra o sombra gradual que negando la luz llega a la oscuridad total que es ~~la~~ la verdadera naturaleza de las estrellas, el camino de los cometas, que transitará la muerte, acaso para darle un nombre que siempre se resiste. Entonces lo que uno escribe es como el paso de una cometa, uno va alumbrando puntos infinitos y en cuanto ha parado en cada uno de ellos la oscuridad vuelve a cerrarse, hasta que uno vuelve a parar, en tiempos que se escapan de la vida.

De todo esto me salva el girasol original que tengo en la memoria; su presencia me asegura la existencia de Minas Altas y con ella mi salvación, y es más fuerte que la comprobación que tuve al acercarme a la ventana y ver, en un espacio libre de nubes, ese susano luminoso que trepaba. Ahora las nubes han vuelto y Minas Altas es otra vez invisible, pero su existencia material se sostiene

por el girasol que tengo en la memoria, gracias al cual ~~si~~ pue-
 den existir Fábulo y la Céfira, que Vesa y yo misma. ~~El~~ Es alto
 y rebelde; le da sentido al espacio; puedo verlo latir igual que un
 corazón. Detrás del girasol no hay nada, como si todo acabara
 allí. Detrás de él empiza la oscuridad alumbrada brevemente
 por los conejos, que vuelven a cerrarse tras su paso. Acaso pululera
 allí, ciegos, los docientos mil padres y madres contenidos
 por la finísima válvula viviente de los ojos de la vicuña. Puedo
 adivinarlos, pero no los siento. Sus figuras se pierden, borradas
 para siempre, en el enorme resplandor amarillo de la flor. Aca-
 so él las ve, como repentinamente pueda verlas la vicuña. (y por eso
 callan, por eso no tienen palabras). Él tiene su propia memoria,
 todo está acumulado en la trayectoria de sus semillas. Tiempo
 acumulado para despanamando luego en la época de las siem-
 bras y e ir construyendo la eternidad, como decía el aquel mu-
 nido ~~de~~ Fábulo llama el Astrónomo joven, al que le fue robada
 la palabra ~~girasol~~ que nombra a la flor. Todos estamos en
 esa trama de semillas, pero sólo el girasol posee el conjunto. Y
 para distraernos del entramado oscuro, ^{de donde caen hombres y vicuñas,} despliega ante nosotros
 su oropel fulgurante, y generándonos ^{alegría, el deseo de los cuerpos}
~~por~~, el gozo de las palabras, ^{como si fueran latidos,} el olvido de la ignorancia de la muerte,
 la maravilla del cuerpo de la Céfira ^{moviéndose entre} bajo la ~~lluvia~~ lluvia,
 en

Ni en las palabras ni en la Céfira (no me gusta el aire)

[29-5-86] Cuando me creí libre del corpo desarrollo de los sentidos
 producido por esos aires de ultravida y me disponía a poner en pa-
 labras las últimas historias representadas por los números, me entió una
 duda terrible sobre Fábulo: sus ~~tristes~~ relatos no serían verdaderos
 ni correspondían a Miness Altas, y habrían sido arrojados por
 el mismo para dar a la acción de sus números una apariencia
 de realidad y conseguir, con ella, más credibilidad en los
 pueblos que se lanzaba a recorrer con un trío glado cada

En los 10^{os} capítulos, no poner gente física, salvo los 4 perso-
najes principales.

vez que la necesidad lo obligaba a salir de Minas Altas. Y me había utilizado a mí, mediante engaños, para que pusiera en palabras sus invenciones, ~~para utilizarlas~~ simplemente para usarlas como ayuda-memoria cuando fuera necesario.

Porque quién vive en Minas Altas. Aparte de él, Ene Vega y la Céfira, ¿he visto algún otro habitante realmente? Me parece haber sido un músico, un pequeño golpeado en alguna parte, pero no recuerdo ni al herrero ni al músico, ^{y el dueño de algún negocio, pero} ~~y~~ ^{había sido Ene Vega} ni medio negro enlazadores o astrónomos. Minas Altas está vacia. Todo lo que hay allí son fantasmas de Fábulo, creados con la simplicidad de Ene Vega y de la Céfira, y también la mía, claro. Seguramente está loco y en su locura ha inventado todo lo que llevo escrito para reprobar ^{el lugar} ~~el lugar~~ ^{el pueblo} ~~el pueblo, víctima de alguna matanza de la que ellos serían los sobrevivientes. Está claro que Minas Altas está al borde de la desaparición y el titiritero la ha llenado de ^{muñecos} ~~distintos~~ para darle una ilusión de vida.~~

Ene Vega sabe cosas y las oculta; también la Céfira, con la que tengo un contacto solamente corporal. Ella se rie cuando pregunto algo. Ya lo sabrías después, dice, y me atrae con su cuerpo para mantenerme en el olvido necesario a la urdimbre. ~~que han traído~~ ¿Adónde está la demás gente de Minas Altas? A su mirada de Ene Vega he creído descubrir algunas veces una profunda preocupación por Fábulo. ¿Quién es finalmente ese titiritero? La Céfira también me oculta cosas. Mi memoria guarda ~~varias~~ muchas miradas esquivas de ella ante palabras mías. Quién es ella tras el placer de su cuerpo. Y quién es Ene Vega, que casi nunca habla, que cada vez que bajo ya me está esperando para conducirme sin distracciones a la casa de Fábulo y luego a la de la Céfira, y sólo puedo volver a mi refugio en la mula que él elige, entregado como siempre a una mecánica animal que piensa por mí. Él siempre está esperándome cuando salgo de la casa de la Céfira, me acompaña hasta la salida del pueblo,

que ya siento
ensartar

me entrega una mula y me devuelve a mis palabras. Desde
abajo me ve subir un largo trecho y sólo cuando para sus
ojos he desaparecido entre las nubes abandona me puerto de
misia, actúa como el custodio de un gran secreto o de una
realidad a la que no pertenezco. Mi mundo se compone de
unos viejos, unas mulas, unas palabras y el olvido al
que me entrego cada vez que me mundo gozoso en el cuerpo
de la Céfira. Cada vez que he preguntado quién habla

Fábulo tampoco habla demasiado conmigo. En cuanto llego
enfunda las manos en sus muñecos y empieza la función.

algun casa la respuesta ha sido el silencio o una mueca
postergativa. Porque Minas Altas está vacía. Alguna vez
he sido chirrias puertas o ventanas. Pero no por presencia
humana. Las cerraduras han sido violadas por el tiempo y se
abren o cierran al azar cuando las roza el viento convirtién-
dolas en inútiles veletas. Ellos tres viven en un pueblo
de fantasmas; yo, en una fantasmagoría de palabras.

Fábulo tampoco habla demasiado conmigo. Apenas estoy lle-
gando (me ve venir desde la galería) él ya ha enfundado
las manos en sus muñecos y ensucida empieza la función.
Y yo me entrego ciego al movimiento y al sonido. Hipnotizado.
No conviene por la verdad o necesidad de lo que cuenta; todo se
debe a la pura fascinación de los muñecos, donde un bordado en el
vestido de bodas de Enebe y el puente que fotogeta nunca
acaba de tejer (ni siquiera lo ha empezado) son más importantes
que la boda misma y el repeso del canteo, del cual hace mucho
tiempo que no dice una palabra. Y la historia de Minas Altas,
la que debo poner en palabras para salvarla del olvido, no se
concreta nunca, no acaba de arrancar; seguramente porque no
existe. Cuando crea que ya tiene lo suficiente acabará de con-
tar sin unir los hilos de sus historias, cerrará el telón, se ar dará
sus muñecos y todo habrá acabado en una representación; apagará
las luces, cerrará el baúl, desdoblará los muñecos de la pared,
montará en la mula que lo trajo al pueblo y seguirá por

Cuando Fábulo advierte las dudas, explica lo que dice. Busca
solu la poesía maldita: búsqueda, la estética, de una
palabra verdadera que oponer al mundo de simulacros y apariencias.

ahí, por otras Miradas Altas contando sus historias sin sentido a
cambio de unas monedas o un plato de comida, valiéndose de
un manuscrito cada vez que, por neñez o por olvido, siente que
vuelve su memoria. Y me dejará flotando entre palabras sin
objetos; sin saber adónde está la realidad. Fábulo anda buscando
un mundo que se conecte con sus deseos. No le interesa la
realidad. Y busca la totalidad en lo insignificante.

Miradas Altas no tiene realidad. Miradas Altas es Fábulo, y
los que creyendo en él hacen posible su sueño. Que Vega, la
Céfira y yo. Aparte de nosotros, no hay otros seres vivientes
en esas ruinas, ^{deudas} nadie se guarda tras esas puertas desquicia-
das, en esas ^{deudas} casas de piedra en trance de derrumbe para ~~con-~~
~~intepase~~ ser un simple pliegue de montaña en la intermi-
nable geología. jamás he visto un niño asomado a una puerta.
jamás oí ladrar un perro. Para poblarla, Fábulo está contando
una metáfora. Todo es un sueño suyo; y procura que, por el
hecho de estar escrito, ese sueño se convierta en historia verdadera.
Inventó a Jotazeta y a Enebé, al Canto y a todos los
demás para contraponer presencias a esas ruinas del tiempo.
Miradas Altas es ~~el~~ ~~siempre~~ solamente un escenario para sus
titeres, un tinglado armado en plena cordillera, que desa-
parecerá cuando el titerero apague las luces y cuelgue sus
muñecos. ^{Los} He visto a los muñecos quietos colgando de una
silla. Son horribles. La ausencia de movimientos pone en
evidencia la ~~ilusión~~ ~~trampa~~ trampa del ilusionista.

Pero Fábulo seduce. Sin sus muñecos, sería un simple
arriero silencioso. Cuando decata el movimiento, se apropia
de todo lo que lo rodea y uno se entrega sin resistencias a la
ilusión que crea. En este sentido se parece al cuerpo de la
Céfira bajo la lluvia, y uno se entrega a la belleza. Inicie-
do el movimiento, el toro es que lo envuelve a uno, a veces ni
siquiera necesita del trampolín de los muñecos y los abandona;
entonces se vale de los brazos levemente, de silbidos, entona-
ciones y gestos. Especialmente de su voz, que dura mucho

tiempo en los oídos. Los sacidos de su voz me acompañan
en el camino de regreso. En la noche ^{y toda el} ^{que solo cesarían cuando se convierten en pala-}
de sonidos ^{que solo cesarían cuando se convierten en pala-}
bradas. ^{yo soy el instrumento que él usa para escribir su voz.}
Con este mecanismo, los movimientos de sus miembros saltan
de la ilusión a la realidad de la palabra. Palabras que, debo
reconocerlo, me fueron entregadas por él.

El juego de reducción (y de procreación) de Fábulo es
tremendo. Lo he visto moverse dentro del tinglado para dar
vida a sus miembros. Descomponiendo en desarticulaciones.
Forzando su anatomía. Desde los talones a la cabeza,
todo me pareció que brantamiento, todo él un temblor
nacido del deseo que para, en verticilaciones, por la
angustia de la búsqueda hasta llegar al jorje salvaje del
hallazgo que allí arriba, en lo alto del muñeco, suele
ser apenas un giro perfecto de cabeza, acompañado por el
movimiento perfectamente vivo de una mano; una
actitud muy dulce de Emble, ^{de Emble, sostenida} ^{por violencias óseas}
y un nudo convulsivo de nervios violentados. Tanto de-
vrodre para generar una ilusión.

Acabado su rito, la filitrafa mudada de Fábulo abandona
el tinglado. Con un resto débil de energía, ~~se mira~~ mira
en mí los efectos de su acción y enroscada sus ojos se
evaden hacia el goal. Se edra a descansar y luego me
despide sus palabras, alzando un brazo apenas. Se dor-
mirá feliz sabiendo que ha generado algo, pensando en
que cada palabra que yo escriba, traduciendo sus gestos,
habitará, cada una, un espacio hasta entonces vacío en
Ninos Altos. Y en sus sueños, cada vez que abriré una
puerta o ventana desquiciada no será por el agar del viento,
una mano viviente la habrá abierto para asomarse
apoyada al aire puro.

5-6-86

Me sacó de estas reflexiones un mirriño espejo de
la Céfira recordándome que tenía que bajar. Llevaba ^{tres días}
^{de un tiempo}
^{ignorado}

de retraso, alterado todavía por los efectos de aquel viento. Me
dolió la ausencia de espejos amorosos. Su mensaje era escueto
y repetitivo. ^(seguiramente) Sabían de ese viento y estaban preocupados por
mi salud mental. Esperé inútilmente las palabras finales
con que acababa siempre sus mensajes, incitaciones amorosas con es-
pejos titilantes. En cuanto recibí mi respuesta cortó la
comunicación, y la ausencia de lucas de espejo en la ladera
el cuaderno - ladera se convirtió también en un mensaje,
en una información que me decía que la Céfira había deja-
do de amarme. Vi claramente cómo la borraba la lluvia,
se me iba la Céfira y sólo quedaba el estriado fácil ~~de la~~
~~agua~~ de las vaillas del agua cayendo ~~en~~ ~~en~~ sin sentido mo-
tivos; se me iba el cuerpo de la Céfira llevándose también
el río, y todo eso era tristísimo; monótono como cuando
lluvia en espacios sin formas que lo habitan. ^{y junto con la Céfira también}
^{me abandonaban las palabras.}

^{se me iba y sólo me quedaba el estriado de silencio que hacía posible sus acciones.}
Mientras la escuchaba, sorprendida la muela observándome.
Desconciada, bajó los ojos para colocarlo otra vez en su apa-
rente indiferencia, ~~creando~~ poniendo otra vez en su lugar la
distancia aparente que ~~se~~ separa de ~~la~~ ~~animales~~ nuestras ani-
malidades. Su mirada me recordó que siempre hemos estado
en la misma vida.

Estos trastornos propios, pensé iniciando el descenso, desapa-
recerán a medida que vaya atravesando hacia abajo las
diversas actitudes de la altura, y cuando me encuentre con
Don Vega a la entrada del pueblo ^{rescatado} ~~recuperado~~ la
normalidad de mis sentidos.

~~Se~~ Seguir hablando, sentía por recuperar un equili-
brio, casi todo volvió a acomodarse lentamente en la
realidad. Pero estaba claro que la inocencia que hasta
entonces me ~~la~~ conectaba ^{con} a las palabras había desapare-
cido. Y bajaba sintiendo que salía de las palabras
que me ~~trataba~~ en ~~trejo~~ Fábulo; ^{Flores} ^{sin} ^{palabras} ^{flotando} Yo no estaba ni en las
palabras ni en la Céfira. ^{una} ^{trama} ^{de} ^{plumas} ^y ^{de} ^{dudas}
tes de un animal ^{un} ^{hilo} ^{hecho} ^{de} ^{anillados} ^{caracoleando} en medio de la pena.

^{una trama de plumas y de dudas.}
^{un hilo hecho de anillados.}

como exiliándome de ellas. Las palabras permanecían en su sitio, en su verdad irredudable. Era yo el que me iba. Baido de las palabras, hacia una todavía incierta Minas Altas. ¿Cómo explicarle a Fábulo era perdida? ¿qué ha hecho con las palabras que le di, me decía. No sé, no lo recuerdo, se las había llevado el viento.

Y ya no estaba ni en las palabras ni en la Céfira. Flotaba en el puro traquetco de un animal que caracolaba atravesando los sueños de la puma, sus laderas de dudas, sus desfilaros de simulaciones, en una ausencia de palabras, de las que sólo me quedaba el entramado de silencio que hace posibles sus sonidos.

Por fin, tras una curva, maravillosamente visible bajo el sol, vi que estaba Minas Altas, revoloteada ^{por sus} de palomas ^{pequeñas y otras} como insectos y otras ^{pequeñísimas} aves de la ^{mayoría} máxima altitud de la bajura. Intenté detener a la mula para gozar de esa visión, pero el animal no respondió a mis señales, enfilaba hacia el diminuto contorno de Ene Vega, visible en lo alto de una roca a la entrada del pueblo, su sombrero de juguete. ^{atrayendo a la mula y a que ella transportara.} El descenso por fin, a pesar de mis recordamientos y mis sueños. Hablaría francamente con Fábulo. Me he perdido de las palabras, le decía, y ando arredado entre los sueños y las dudas. No sé qué me pasó. Me distraje y me perdí. Y todo ha sido por culpa de ese viento. Por favor, le decía, devuélvame a ellas. Dígame adónde están. Necesito volver a las palabras, aunque por un momento me hayan parecido falsas o engañosas.

Y Ene Vega se aparraba, ahora ya era curvado su sombrero, y me latía fuerte el corazón, y la mulita aceleraba el paso atraída ^{en} por aquel sombrero donde acababa la hermosa figura del hombre, ^{al mismo tiempo} empujada por su propio resquejo.

6-VI-86

Caballos deslizantes

En Mirmas Altas habían vuelto a florecer los girasoles, y en mi última bajada ni siquiera estaban sembrados. Este encuentro con Ene Vega a la entrada del pueblo ^{tuvo} la misma fuerza que la primera vez. La gravitación de Fábulo, ~~casi~~ imperceptible en las bajadas anteriores, ahora era casi intolerable. Mirmas Altas, casi desconocida bajo ese sol espléndido. Todo mostraba la apariencia percibida en el primer encuentro. Se me distraeron los oídos (yo ignoraba ^{tenía} que los terreros tapados) y oí salir ~~de~~ ^{de} una de mis ^{elumbidos} ~~chifletes~~ ^{perdidos} largamente encerrados, que se perdían en la luz. El dibujo de la sonrisa mansa de Ene Vega, el contorno impecable de él y de su cabalito, las alturas limpias que habitaba su sombrero eran tan nítidas que parecían trazadas con carbonilla en un blanquísimo papel.

No ~~estoy~~ estoy muy bien, no sé cuánto tiempo me retrasó allá arriba, le dije cuando una mirada maliciosa solo las primeras casas, a ver si estaban habitadas o fecó, en busca de signos de vida. Apenas podía oír mi voz, por los chorros de aire que salían de mis oídos.

Fábulo está un poco nervioso, habló Ene Vega mientras nos metíamos en la gravitación del titiritero o astrónomo muñeco, que empezó a atraernos como si nuestras cabalgaduras no necesitaran moverse de su sitio para llegar a la casa del astrónomo - muñeco, ~~condición~~ ^{condición} bajo la cual ~~lo~~ ^{yo} ~~perdía~~ ^{perdía} ~~la~~ ^{de} ~~primera~~ ^{ahora, como} vez. Nervioso porque ha pasado mucho tiempo, dijo; y ahora hallarás ^{que} ~~mantenidas~~ las historias que tendrías que pasar a las palabras son montones, he visto a Fábulo hacer nuevos muñecos.

Apenas puedo oírte; me zumban demasiado los oídos. Los puedo oír perfectamente, dijo Ene Vega adelgazando la voz, como si cantara; son dos chifletes que se venan igualitos. Si pudieras oírlos, te encantaría cómo se venan. Se parecen al chiflido que entra por la chapa de cinc flaje que hay en el techo de mi casa. Igual es tu casa. Esa que ves allí, la

última. O sea la de fotogeta, ¿no? Exactamente, dijo Ene Vega despidiendo una palabra certera desde la perfección de su dibujo. Me sentía ridículo cabalgando al lado de su hedera armoniosa, con esos chorros de aire saliéndome por las orejas, seguramente visibles en esa atmósfera tan limpia. ^{Si una viera la Céfira, pensó} llevándome las manos a las orejas. ^{aparecían los chorros.} En ^{los} ^{sus} concavidades de las manos acaracoladas los diáframas se acaracolaron. Tenía razón Ene Vega: sonaban igualitas; la misma nota partiéndose en dos. Movi los dedos inflando y desinflando los cuernos, amplificando y disminuyendo a su arbitrio, ^{a mi arbitrio} modulando ^{la} intensidad de los zumbidos. Cuaioro, dijo Ene Vega, nunca había visto ordeñar aires.

La sonrisa que le brotó tras esas palabras, manosa como siempre dentro de sus propios contornos, se infló hasta rebosarse, y transpiciendo sus límites invadió las zonas frontizas de la cara de Ene Vega, se desbordó en una risa enorme que arrasó su frente y sólo pudo ^{ser contenida por} contenerla el ala insensible de su sombrero, donde se perdió. La nitidez con que la oí me reveló que los chorros de aire habían terminado de salir. Se ^{en mi} sonó por fin, le dije, bajé las manos y sentí entrar los ruidos de ruinas altas, limpias y como agujes, un recatillo que golpeaba, los cuernos de los caballos sobre el pedestal del río seco, voces humanas a la distancia, el canto mínimo de los pajanitos. Has vuelto a casa, dijo Ene Vega. Los caballos ^{ellos} trepaban como deslizándose, ^{↑ guesados} guasados por la [↑] atracción de Fábulo. [↑] llevados casi en el aire

9-II-86

La fiesta

Fábulo sabe, dijo Ene Vega cuando empezamos a subir, que tu ausencia se debe a unos tractores que ya tenían dentro y que esos viejos no han hecho más que sacar afuera. Sabe que has perdido tu relación con las palabras y de tus dudas sobre la veracidad de sus historias. Esto es normal, a todos nos ha pasado alguna vez, y especialmente al propio Fábulo, y cuando

A algunos, hijos de esclavos, revolaban a nuestro paso unos cordones de tres colores; otros ^{que se acordaban} observaban con unos tubos de cartón; eran hijos de astrónomos que ^{se fijaban} miraban, sumidos en las tramas de sus caleidoscopios, ^{de} estoellers.

do la influencia de esos vientos hay desaparecido más que todas las cosas vuelven a ocupar ~~el~~ sitio que tenían.

En cuanto salimos de la curva tras la cual ~~de~~ la única calle-río de Minas Altas es plenamente visible Ene Vega estiró su brazo hacia la izquierda. Una larga fila de niños, asomados a los bordes para vernos pasar. Vestidos como para una fiesta, zapatos recién lustrados, ~~pantalones~~ medias de tres cuartos y pantalones cortos adornados con botones ucarados, camisas blancas y volanderas infladas por la brisa, recién lavados y con unos enormes ^{bucles} rulos artificiales de pretensiones arcángelicas, laboriosamente trezados a golpe de cucharas calientes y saliva de madre. Hermano, ¿no? un tanto niños vivos, dijo Ene Vega.

Apenas la franja de niños quedó atrás vimos aparecer a la derecha en lo alto de los bordes un naciço de mudra dices entrecerradas con girasoles; y bramaban los percales de sus vestidos florados, blancos y paspadados sus mejillas por el sol y el aire, cada una al lado de su girasol y como alumbradas por las floraciones amarillas, imposible ubicar en el enjambre el rostro de la Céfira. ¿No la ves?, dijo Ene Vega; es ~~la~~ ^{aquella} ~~que~~ ~~está~~ de vestido blanco, al lado de ese girasol. Imposible divisarla desde la doble velocidad que llevábamos, la nuestra y la de la franja invisible de la paritación de Fábulo, por donde nuestros caballitos parecían volar, deslizándose en vairine de calesita. Pronto el naciço de Céfiras quedó atrás; sin verlas ya, podíamos ver el zumbido de los percales, en el día de la fiesta de mi regreso. Todo lo han hecho por ti, dijo Ene Vega desplegando desde sus quiebras un brazo ~~en~~ ~~brazo~~ que se arrojaba desplegándose hasta acabar en cuatro dedos escondidos y un ~~el~~ índice solitario y filoso señalando hacia ~~nos~~ arriba.

^{flu mancha 20}
~~Las cincuenta~~ viejecitas, muy limpias y empolvadas, coloreaban los bordes de las piedras, cada una con su cofre lleno de reliquias y otros rastros del tiempo. Cofres y reliquias de maderas paraguayas talladas por artistas enterrados, o místicas cajitas con incrustaciones de conchas marinas traídas del

por venir. Son todos jotazeta, pensé mirando las orejas del caballo que
10-VI-86 En una vega me cambió al llegar por la mula que traía de arriba; son
todos jotazeta a punto de enlazar una puma blanco. Un caballito joven
puro nervio que parecía hacer su primer viaje y concentrada toda su
atención en su experiencia fascinante, (^{visible} concentrada en sus orejas puro
nervio; maravillado de una velocidad que creía sólo suya sin sa-
ber que por lo menos la mitad correspondía a la atracción del astionismo
muelero; sin saber que su viaje inicial, más que a un lugar pre-
ciso, me llevaba a la recuperación de las palabras perdidos, atrave-
sando brillos de enlazaros, ^{relicarios empotrados} y macizos de Céfiras.

Imposiblemente, altísimo, como un gran juego artificial el que le
hubiesen quitado el apagarse, apareció de golpe el incalculable
puente de jotazeta, especie de palacio trenzado con hilos de cristal
donde miles de formas se encontraban. Entonces ya regresó el cañón,
pensé dije, y divisé una saucisa inoñeudo en una vega. Sobre
el puente-palacio ^{o también que es} había un arroyo, simulando un salto de
puma. Pero ^{o el puente legendario} no había sido trenzado por jotazeta ni por sus descen-
dientes. Dos burritos cuyas crines enrolladas artificialmente le
daban un efecto aire fiestero transportaban tambes de agua desde
la vertiente, que era volcada en los grandes tinas, una en
cada margen allí arriba, de donde salían las cañerías que llevaban
el agua a cada casa. La gente había desviado sus cañerías de
agua hacia las márgenes y ^{con mangueras} orientando los chorros a su voluntad,
trenzaban con esos hilos de agua un gigantesco puente cuyas
formas podían variar a cada instante a simple golpe de pulso,
aparecer y desaparecer a voluntad sólo con cerrar y abrir las
válvulas. Con aquellos chorros de presión altísima el puente
de jotazeta no era solamente un puente-puma. Según los
orientarían, los cordones de agua se trenzaban encapriciado también
llamas y alpacas, guanacos y cándores en vuelo. Es un puente
dominado control, dijo una vega; los burritos se cansan de tanto
acarrear agua y ahora mismo van a interrumpido porque tienen que
bajar para comer y hacer su siesta.

Sobre la margen izquierda, al lado mismo del puente, surgidos
uno por uno

... una memoria de matanzas, por eso quiero resucitar la vida. y el 7 no es más que la reunión de los asesinados.

de atrás de ~~grandes~~ piedras que los ocultaban, fueron apareciendo unos hombres que traían grandes caracoles marinos. En cada caracol había un tubo perforado que los hombres, cuando acabaron de salir, llevaron a sus bocas, todos al mismo tiempo. El caracol solista miró a sus diecisiete compañeros, sacudió la cabeza y ~~expulsó~~ ^{expulsó} hacia el exterior del caracol su melodía. Los demás fueron entonando según acuerdos imperados hasta llegar los diecisiete caracoles a un acuerdo melódico. La canción del gallo blanco, dijo Ene Vega; dentro de diez minutos encontrarán su diosa y seguramente habrá una versión hermosa, hoy amanecieron ~~preparados~~ ^{preparados} a poner de acuerdo sus capridos.

No pertenecían estrictamente a la orquesta de Minas Altas, explicó Ene Vega, y más que músicos eran chasquis, es decir, mensajeros o correos. Nuestro pueblo, dijo, está perfectamente comunicado con otros pueblos rebeldes de la cordillera mediante el viejo sistema de los incas. Aportados cada mil metros, ^{o pueden} podían transportar en pocas horas, a lo largo y a lo ancho de la cordillera, pescado fresco del Pacífico o, por su condición de músicos, el tema de una nueva canción. ^(verdaderas) Transportándolas casi con la misma velocidad que lo hacían las ondas de radio. Al principio conocían una sola nota, la ~~que~~ ^{que} que produce un caracol sólo con reflejos, necesaria para ~~divulgar~~ ^{divulgar} alertar al otro chasqui anunciándole la llegada para que este entrase pronto a recibir sin demora los pescados a un chomreantes o la nueva canción rápidamente memorizada, y temando todo y partió hacia dando esperada el otro chasqui. Con el tiempo perfeccionaron sus caracoles agrandando el tubo que les permitió el acceso a las demás notas, con lo cual fueron aceptados eventualmente como músicos, como en este caso, dijo Ene, con lo que hoy Minas Altas y los pueblos de más arriba y más abajo y los que se encuentran junto al mar, se han quedado sin correos sólo para celebrar tu regreso. Porque ellos, como todos, esperan

Este da pie a palabras de Fábulo. y todo eso pasado, están contenidos en sus memorias y esperan para los folioles.

introducir levemente una exploración, que luego será desarrollada
en la qta solo el sorriso.

artículos - titiriteros

que los pongas en palabras, que es como decir en caudales. Por
no se han vestido como para una fiesta, por eso las viejas han sa-
cado a la luz sus relicarios y se han pintado y empolvado para
ser hermosas, por eso los enlazadores han lechado con reinas
y limón sus arvejas de alumbre y de salitre, por eso todas las
mudrachas se han convertido en Céfiras y, ni que me lo ad-
vertiste, los mozos procuran hacerse a Ene Calderón. Ellos
quieren entrar en las palabras porque creen que así no morirán
del todo. Porque saben que tarde o temprano llegarán los ases-
mos, como han llegado llegaron a Lumberras y a otras Minas
Altas que ya desaparecieron pero que Fábulo guarda en su
memoria.

La altura a la ^{que} nos habíamos llevado nuestros caballitos
atraídos nos permitía ver que los burros aguateros no eran dos.
Desde los depósitos que llevaban para hasta las vertientes
había un largo trecho lleno de burros-chasquis que iban
y venían, de modo que el volcado de agua en las tinajas
era ^{ca}si permanente manteniendo una presión que, en caso de
alterarse por torpeza o pereza de algún burro ^{de} resagado, era inme-
diatamente delatada por un temblor visible en todo el frente
y sobre todo en el arcoiris, que marcaba con fugas de colo-
res los tropiezos de los burros en el terreno pedregoso.

En segundos vimos desaparecer puente y arroyos. En su
lugar apareció una fuente. Qué maravilla, dijo Ene; creí
que no les iba a salir. Es una fuente de formas compli-
cadas que vimos en una revista traída ^{que está sobre de donde} del otro lado del
~~mar~~. Y es una lástima no poder quedarnos, porque ^{conviene} ~~debe~~
aprovechando las líneas principales de la fuente, armarían un
enorme palacio iluminado, después del cual ya no es posible
regresar al puente; lo tienen como muros iélticos de la
fiesta, y en realidad no lo llaman palacio sino fueso arti-
ficial. [Entrábamos en la parte más bananosa del ca-
ñon. He visto que faltan los músicos, dije, salvo esos
caracoleros, los músicos, dijo Ene Vega, pidieron disculpas por

no hacerse presentes; han descubierto la existencia de la ma-
riniela y llevan más de dos meses construyéndola.

En las ^{zhrup^{to}} últimas alturas del río ascensional el terreno
era tan escarpado que hasta la misma atracción de Fábulo
tenía dificultades y los caballos trepaban ahora solo por su
propio esfuerzo. Seguramente allí abajo, oculto a nuestra vi-
sión, resplandecía el palacio iluminado, mientras nosotros vaci-
lábamos en los pedregales que conducían a la casa de Fábulo
junto al peñón de los astionanos.

Allí están, dijo Ene Vega. Lebecitas pequeñas a lo lejos y
muy altas, barbas negras y blancas. Entreverando ^{los ojos}
habituados a la noche, para evitar el sol. Así doblando en
número a los enlazadores y a los músicos juntos, los astiono-
nos nuleros. Enormes ahora sus cabezas allí arriba, sobre
las montañas, mirándonos como escuadrones o pequeños trozos
de aerolitos. Aromados apenas sus abandonas por eso sus cálcu-
los mentales ni sus instrumentos caseros de perfecta precisión.
Eran hábiles para llevar mulas por la cordillera como para saber
al instante en qué lugar del espacio se encontraba su cometa toda-
vía invisible. Y en casi todos ellos, las arugas de i; de vientos
o constelaciones, no de años. Miraban todos hacia un mismo
punto, muy abajo, por encima de Minas Altas, ~~a través de~~
~~sus tubos ópticos~~ volviendo hacia la tierra sus instrumentos
ópticos. Uno de ellos alzó una mano y nuestros caballos se
detuvieron.

11-6-86 Había sonado una explosión, casi inaudible, hacia el punto del
horizonte donde apuntaban seis catalejos, en dirección a las Salinas.
Así la primera vez que nos llega el sonido, dijo un astionano de
ligatito negro. Porque ellos venían detectando esas explosiones desde
hacia mucho tiempo, ^(en los límites de sus movimientos astionanos rescatados por los) en el sistema de papeles instalados al pie del peñón.
Una nube de polvo calizo se elevó en la lejanía como una fuente de
ceniza. Para nosotros era polvo; para los a través de ~~los~~ sus instrumentos
ópticos los astionanos podían ver fragmentos de rocas, piedras y tron-
cos secos elevándose. Una segunda explosión, más violenta, se visibilizó

primero en las orejas de los caballos, enarcados para la captación, luego en la nube levantada.

Ahora están más cerca, dijo Ene Vega. ¿quiénes, le pregunté, los asesinos, dijo él. La visibilidad de la explosión pasó de las orejas de los caballos a la nube de polvo y se tumbó en los ojos de los astrónomos, que cruzaron entre ellos miradas temerosas. Me saludaron rápidamente y volvieron a sus casas y trones haciendo raras enormes puertas. Vanos, dijo Ene Vega; no hay tiempo que perder. Las explosiones ^{continuaban, ver} proseguían; en sus cuevas chirriaban los sismógrafos.

Lluvia

En la galería de la casa de Fábulo entró una mariposa. Llegó transparente, atravesada de sol, entró a contraluz volando como ciega, se posó en la pared, tiritó un poco y cayó muerta. La muerte y la caída le quitaron toda esencia a sus alas convirtiéndola en un gusano carnoso y repugnante sobre el suelo de ladrillos. Nunca en la vida, dijo Ene Vega, había visto este tipo de mariposas llegar a Minas Altas. No pueden soportar los vientos continuos que hay entre el pueblo y la bajura. Esta logró pasarlos pero el esfuerzo le costó la vida.

12-VI-86

Un gorrión, en candio, tiritaba todavía con vida en un rincón casi pegado al techo, escondido y como procurando no ser ni ser visto, en deformantes actitudes de marciélagos. Sobre las rocas y en los aleros de las casas de los astrónomos había una multitud de pájaros quietos y mudos. Algunos movían las cabezas de vez en cuando, otros estaban muertos o como disecados. Seran aves del llano mirando asustadas por primera vez un paisaje desconocido. Huidas de sus sitios habituales, veían que por encima de las nubes casi duradas desde siempre al término de su mundo llanista, el espacio, inhóspito y tremendo, continuaba todavía.

Por encima, casi rozando el penón de los astioneros, tan alto que seguramente desde allí ya era visible el mar, pasaban bandadas de pájaros más fuertes que escipaban en busca de lugares más seguros. Los cóndores ^{exiliados} ~~empujados~~ desde siempre, que conocieron aquellas explosiones antes de que pudieran resistir los los sismógrafos; observaban sin moverse de sus cuevas el viaje ascensional de las especies aterrizadas, corzuelas ateridas, tortugas en crispación y bucnules hambrientos. Bostecando las últimas caras de Misas Altas ascendía lentamente una pareja de iguanas que apenas podían respirar, las escamas reseca reflejando el sol incisivo de las grandes cataratas, y más atrás unas boas aterradas, sin sitio para esconderse. Un conjunto de animalitas que necesitan enterrarse para sobrevivir escarbaban sobre el granito hasta quedarse quietos; y unos escarabajos que habían logrado traspasar el tramo de piedras para hasta llegar a un terreno de areniscas, rodaban cuesta abajo en forma de bola mezclando sus colores en un movimiento giratorio que ya no les pertenecía.

Abandonando la galería nos situamos sobre una roca para ver el éxodo. Solo ambos lados de la calle-río, y también sobre el lecho reseco, atendían penosamente las especies zoológicas de abajo, podíamos ver sus ojos miles de ojos en largas filas de luces vacilantes.

Entre Vega miró hacia atrás. Más allá de la casa de Fábulo la montaña caía a pique, cientos de metros de granito puro, hacia arriba. Era el límite del éxodo de esos animales. Y de nosotros, claro. Aquellas rocas que nos separaban del Pacífico eran tan altas y fuertes ~~como para sostenerlas~~ porque sostenían el peso y la presión del mar.

Lean ritmos de lluvia cuando empieza cayeron unos pájaros aislados. Sin truenos ni relámpagos, poco a poco se armó la más silenciosa de las lluvias. Llovía por lo menos hasta más allá del puente líquido. Se acalaba la fiesta y los niños recién peinados, los endormigados trezadores de cuero, el macizo de Cápiros y las vil-

jecitas con sus ralcaseros y altos peinetones corrían desbandados para protegerse del aguacero. Nos refugiábamos en la galería, donde también pusimos a los caballos a salvo de aquellas enormes gotas llenas por dentro de una sangre muerta. Las oíamos caer sobre el techo de zinc como un granizo espeso, mientras veíamos flotar afuera una mezcla de calandrias, tordos azulesos y cotovitas verdes, chingolos escardados y pequeños colibríes.

Ninguna especie era de Minas Altas. Huyendo del estruendo habían reventado vidrios y alturas equivalentes al cruce de un océano. Y en forma de lluvia vinieron a morir en este poidero.

Discurso del astrónomo melero

Discurso

Fábulo enfocó hacia mí sus ojos claros en forma de miraseras de un río muy profundo. Sentí bajar su mirada dentro de mí como si la tragara, mientras lo miraba aturdido como a una mezcla de padre y hechicero. Descabando bajaba en mí su mirar bifido, y entre el mirar y lo mirado estábamos él y yo solos; allí donde caíamos no existían apoyos ni gentes ni palabras; ni Minas Altas existía; había apenas un poco de mundo vacilante. Los docecientos mil padres atibados en los ojos de la vicuña eran allí una noticia primera de la que nosotros mismos formábamos parte. La mirada avanzó entre mis dudas y mis miedos hasta llegar al girar primero, que estaba hecho de inocencia pura. Mi mirada se enlazó con el arco de la suya y lo miré por dentro, y era como adentrarme en la vicuña y en el cóndor muerto, Fábulo y yo éramos el mismo río comunicando orillas lejanas, una misma persona.

13-VI-86

Lo era como el primer día, cuando me entrepí las palabras que luego perdí con esos vientos, y que ahora sentía restituidas. Lo en su mirada oscura, formando un solo arco con la mía volvían las palabras, remozadas, que yo había pasado invisible a don Antuero de Melija cuando quisiera una manera capaz de atravesar el mar. Por lo que es el propio Melija ^{que me me desvela} ~~mirándose~~ a través de los ojos

de Fábulo.

Este hombre está caconido por las dudas, ^{→ y el miedo,} dijo Fábulo cortando el mirar ^{→ dirigiéndose} a Eve Vega; como salido de las palabras; lo han tratado muy mal aquellos vientos. Usted, me dijo, ha dudado de mis historias, de mí y, lo que es más grave, de las palabras. Entonces, aparte de lo que ya ha visto al venir para aquí, le diré ^{algo} unas cositas que le ayudarán a poner las cosas en su sitio.

Sus dudas y sus miedos se explican fácilmente: su ausencia de palabras. Acaso no ha estudiado usted a fondo los libros que le he dado para que aprenda a medir la importancia que tiene en este mundo la voz de los hombres. Las palabras que le he dado han sido para afirmar la vida, no para distraer del miedo a lo muerto. La muerte ~~no tiene voz que la llame, es muda y silenciosa,~~ es no-palabra, por lo que la palabra es lo único que podemos oponerle. ¿Acaso ha llegado a pensar que eso es un juego? Sí que lo es, y muy serio, como todos los juegos.

Hay un juego en el cielo, del que formamos parte (y Misas Altas, fijese en lo que le dijo, vale tanto como cualquier estrella), que se conecta con los juegos de la tierra: nacer, morir, sembrar, crecer y desenterrarse. Los animales y las plantas participan en ese juego armonioso, con lo cual tocamos la mecánica universal, los mundos desconocidos son prolongaciones nuestras y hasta la más pequeña lombriz es brillo de sol o paso de cometa. Es un todo para la vida, y la vida, por su propia naturaleza, es de todos. No hay dioses en ninguna parte ni jamás los hubo; apenas fueren criaturas del miedo, y esto es lo más hermoso; estamos solos en el mundo, y somos libres por naturaleza. Lo único que puede perturbar la certidumbre de esa libertad es el miedo. Pero el miedo no es; no tiene naturaleza; es como esos vientos malignos de los que usted acaba de salir; el miedo no existe aunque también pueda matar. Y dejarse matar por el miedo es una forma de suicidio. Pero el miedo, que no existe en el conjunto de la naturaleza, ha generado una ilusión monstruosa que se llama poder, mediante el cual los que tienen miedo se imponen a los otros para transferirles su propio miedo y así creerse libres, con lo cual atentamos contra la naturaleza arrebatándole su

parte viviente, la vida, que es de todos.

El miedo, el poder, interrumpe las relaciones, el juego que hay entre ~~esos~~ las estrellas que venimos observando en nuestros ratos de astronomía, y los animales y las plantas con los que convivimos en nuestros largos días de muertos. Son como un ruido que interrumpe una música. Ellos imponen su ilusión matando, de otra manera no podrían. Atentan contra su propia especie y ellos mismos se suicidan, creyendo hacer una Historia que ha llenado el mundo de estatuas cadavéricas, en la ilusión de detener la vida para siempre y para ellos. Hay más salidería en la mente de un puma que en las mentes sumadas de esos hombres miserables que usted ha podido ver representados en el Sietevenisno. En sus matanzas sin sentido van perdiendo un tiempo de descubrimiento y de alegría. Acumulan riquezas despojando a los decaídos, perfeccionan el oficio de la muerte hasta llegar a desollar un niño vivo para probar el filo del cuchillo, o apropiarse de las palabras para escribir una historia mentirosa, que es el discurso del miedo y la siembra que asegurará la continuidad de su oficio repugnante. Con ese proyecto, que no lleva a ninguna parte y no mantiene exiliados de todo, han ^{distrajido} ~~desistido~~ ^{el} ~~el~~ resultado lo real con una apariencia mentirosa. A esa apariencia le oponemos la palabra, la palabra verdadera, sus juegos y posibilidades incalculables, para mantenernos en el tiempo hasta que podamos reconectarnos con esos juegos de que le hablabamos, de los que formamos parte pero estamos exiliados por no querer mirarlos ni usarlos.

No es ésta la primera vez que Minas Altas está amenazada. Hubo muchas en el tiempo, como Lumbrales por ejemplo. Cada vez que la destruyeron fue recibiendo en la cordillera y cambiando de rumbo. Es el precio que pagamos por nuestra rebeldía. Mil veces han matado a Minas Altas, y mil veces ha resucitado. De aquellas destruidas no ha quedado nada valioso, apenas unas rayas en la memoria, que es dudoso y temeroso por olvidar. Y si ahora vuelven a destruirla (cuando acaben el camino que están construyendo

con esas explosiones que usted ha visto ~~sucesos~~ tendremos que huir o morir como esas animalitas que también acaba de ver), con lo que usted ha escrito y escribirá podremos reconstruirla como ha sido hasta ahora. Las otras, por eso estas en palabras, desaparecieron para siempre; yo sólo retengo sus contenidos, como si fueran padres y madres que sabemos que existieron pero que no recordamos cómo eran ni conservamos sus fotografías. ¿Qué son entonces? Sombra. Oponer las palabras a las sombras, de eso se trata ahora. Vamos a hacer nuestra propia historia, la pequeña y verdadera, donde un vestido de novia, la voz de un hombre o la elección de unas mulas para que vayan a conocer el mar valen más que todas las estatuas, ~~etcétera~~. O una simple canción, que es el lenguaje incorrupto que utilizamos en en estos pueblos sobrevivientes para comunicarnos sus peligros.

Le digo esto porque resuramante ha dudado también de la verdad de mis historias. De los hechos tomamos sólo lo que pertenece al hombre en sus relaciones con la realidad que la historia ^{de él} ~~de ellos~~ disimula. Mientras más pequeña sea la minucia, más fácil será penetrar en el todo e incorporarnos a él. La montaña de ~~la~~ ~~Montañas~~ ~~Altas~~ que se llamó ~~las~~ ~~Montañas~~ ~~Altas~~ nos reveló que éramos algo. La canción del gallo blanco, y todo lo que con ella ~~se~~ ~~relaciona~~, es tan importante para nosotros como las leyes de Kepler. Nos ubica en el tiempo y nos incorpora a la voluntad de vivir, y vivir no es otra cosa que buscar la alegría. La canción del gallo blanco es nuestra verdadera ^{realidad} ~~identidad~~; por eso la persiguen, y tenga por seguro que jamás podrán matarla.

Mire, nuestro mundo ^{termina} ~~está~~ en un riesgo terrible. El hombre ha ido a la luna, hay armas y hombres que pueden destruirlo todo, mientras nosotros aquí tratamos de reconstruir con palabras un pueblo olvidado que no está en los mapas porque vive saltando de un lugar a otro para sobrevivir. Sí, Montañas Altas es un terrón, una pequeña arroyo

de este planeta lleno de luces y de estatuas; no cuenta ni contará para nada, Pero es un poro de su piel. Pero hay que salvar ese poro del olvido, rescatar una risa, una nota musical, una pequeña alegría que nos pertenezca, un cabello, un puma blanco, para contraponerlo al caída tropieza y a la caída.

Nuestras historias pueden no parecer absolutamente reales porque la realidad está mirada desde otro costado para evitar sus apariciones. Y también porque intentamos introducir el deseo en ella: porque el deseo también debe ser considerado realidad. Cambiamos para acelerar la historia y para que las palabras no sean una copia del mundo, porque entonces tendríamos una doble aparición, la del mundo y la de las palabras. Por eso le decía que hay que buscar la palabra verdadera. Los ínicos hechos verdaderos surgen de la transformación que hacemos de lo real para ponerlos al alcance de nuestra condición. Esto surge también de los alcances de nuestros recuerdos, de ~~los~~ que están hechos a nuestra medida. Miles de criminales están contenidos en un solo recuerdo, el del Sietemesino, para poder dominarlos en uno solo. Y no lo sacaré del fondo del mar, adonde yo mismo lo arrojé, hasta que no sea absolutamente necesario para armar la historia verdadera que necesitamos, con palabras verdaderas.

Lo que usted escribe debe poder cantarse y también bailarse, para el goce de los cuerpos, pensados para el placer pero que su destino es la destrucción y desaparición. Contaríamos a nosotros mismos de modo que lo gente de todos los pueblos-refugio puedan verse en su totalidad de personas en el tiempo, de modo que vivamos en esa vida representada con palabras surtidas de nosotros mismos quienes somos y, más allá todavía, por qui nacemos y morimos. Contender la vida para poseerla, para amoldar un cincuenta, una piedra donde poner los pies con certeza en medio de las apariciones. Buscamos una palabra verdad, una sustancia que surja de una mezcla entre la realidad y el deseo que nos permita ir más allá de nosotros o de

Lumbieras, dice ^{Fat. en 113} es el mundo del pueblo
J. 2

donde usualmente el cauto hubiera nacido.

Ente se va para evitar que los Oidores lleguen a Minas Altas, para distraer
nuestras propias apariencias. Que nosotros mismos seamos
lenguaje, palabras verdaderas que nos aseguren nuestra permanen-
cia en el tiempo; nosotros ~~misos~~ las estrellas que usted dice temer.

Las gentes que hoy han salido a recibirlo, ^{si se pudiese} ignorantes de sus orí-
genes y su destino, con un presente amanzado, lo han hecho para
pedirle que las ponga en palabras. Por ellas quisieren sentir en
una mensura colectiva. No tienen otro lugar donde estar. Y
esto las ayudaría a no morir del todo cuando muraran. Una
duda como la que ha tenido, una vacilación suya, haría desapa-
recer a Minas Altas, lo que es y lo que será, y usted mismo y
yo desapareceríamos. Y es para evitar todo eso por lo que le
hevos entregado las palabras. Cuando esos aserios acaben

Otra cosa. Hay ^{otra} ~~otra~~ duda, en el orden de los sentimien-
tos, que es necesario aclarar. Sé que alguna vez ha pensado
que yo podría ser su padre.

de abrirse paso con sus explosiones para llegar a Minas Altas,
es posible que estén contados los días de muchos de nosotros. No
sabemos muy bien a qué ni por qué vienen; la poca riqueza
que pueda haber en ~~Minas~~ este pueblo no creo que les inte-
rese; si ya tienen el mundo. La esperanza nos dice que su
Objeto es otro, que Minas Altas es simplemente un lugar de
paso ^{para} apropiarse de unas grandes riquezas desconocidas, o quizás
del mar. Pero esa esperanza no tiene fundamentos. El mar
también les pertenece. Entonces no queda otra cosa que
la canción del gallo blanco. Es eso lo que quisieren extraer.
Sabemos que allí están nuestras palabras, las primeras, y quisieren
despojarnos de ellas. Ellos también han comprendido su im-
portancia. Les tienen miedo. Y la única manera de destruirlos
es destruyéndonos a nosotros. Recuerde lo que hicieron con el
viejo orduladoro. Quieren borrar la matanza de Lumbieras,
que está muy clara en mi memoria, con otra matanza. La
de Lumbieras, a su vez, fue para borrar una anterior, ~~donde~~
~~mi memoria no alcanza~~ y ésta para borrar a otra, con
lo que van dejando siempre limpio el camino de la

historia, la de ellos. Nosotros mientras tanto seguimos contando la nuestra. El tiempo que ellos han tardado en apropiarse del mundo nos ha permitido una demora que ha hecho posible hallazgos más vitales. Por no buscar otra cosa hemos hallado la alegría que nos permitirá subsistir como especie. Sin el final de la ilusión del poder a ellos les espera la tristeza, en ella desaparecerán. La finalidad de la vida es la alegría, la mecánica del mundo es para la vida, y ellos nunca podrían modificar esa mecánica, ni con las manos ni con el pensamiento.

Pero bueno, he hablado mucho y, lo que es peor, sin poder evitar que mis palabras sonaran a sermones. Y me puse más solemne que un místico presentador que precisamente por eso nunca uso. Si le han servido para aclarar las dudas que le metieron esos visuales, olvídalas. Le pediría que retenga lo de la alegría, es necesario que vuelva con alegría a sus palabras para poder decirle con ella, la verdad y la belleza, que siempre andan juntas.

Quedaría otra duda, y a en el orden de los sentimientos, que es necesario aclarar. Sé que alguna vez ha pensado que yo podría ser su padre. Usted sabe que no tener padre en las más altas no es una desgracia. No, no lo soy. Pero lo deseo intensamente.

Y ahora volvamos al trabajo. Vayamos a contar el resto de la historia. Vayamos a buscar al caudal, hagamos que las multitudes de illeques por fin al mar.

1-7-86

Giracéfiras

A mí también, dijo la Céfira asegurándose de que la traba de la puerta estaba puesta, claro que a mí también me gustaría que lo hiciéramos entre los girasoles; pero está un poco frío y además podrían vernos. Abriendo esa ventana los tondreiros casi adentro, hay un macizo casi junto a los vidrios, y además entrará el sol. Me encantó verlo pasar, ~~Thaí~~ ^{que ella} ~~tan hermoso~~ sobre ^{ellos} ~~tu~~ caballo. Es una lástima, dije sintiendo por el perfil de la Céfira, atravesando la habitación en penumbra, me miraba; es una lástima, dije dejándome mirar por su perfil, que los mejores girasoles estén sobre la pared del sur, y allí no hay ventana. Ella ^{se despidió en los} ~~se despidió~~ privándose del placer de su perfil, que se desparanó hacia la puerta y hacia la ventana del este, también cerrada, y abarcándose con el ^{mi desnudez} ~~frente~~ ^{desnudo} ~~concentrado~~ ^{solido de su ropa} ~~de su~~ ^{dentro del centro de la habitación media} ~~cuerpo~~ ^{recién} ~~aparecido~~ me dijo, ^{como} ~~bueno~~, entonces vamos a traer los girasoles adentro.

Esquivó los paraguas abiertos que ~~ceaba~~ ^{con el movimiento} para contener las goteras del techo, amalgamando ^{uno de sus perfiles, ligeramente} ~~de~~ ^{distinto del otro,} con otras franjas o estaciones de su cuerpo que mi vista era incapaz de retener más de lo que duraba el movimiento, mezclando todo en una blancura ^{giratoria} ~~en~~ ^{medio de} ~~un~~ ^{espacio} ~~de~~ ^{de} penumbra. El espacio entre los dos paraguas invertidos, de cuyos mangos colgaba nuestra ropa, volvió a quedar en ^{rápido} ~~sombra~~ tras el ^{rápido} ~~pasar~~ ^{del} ~~cuerpo~~ ^{de} ~~la~~ ^{Céfira}.

No quería que lo hiciéramos entre ^{los} ~~los~~ girasoles, es un capricho, dije desde el rincón donde me quedaba para escamotearle a ella, por vergüenza tanta, el crecimiento violento de mi cuerpo; y no vamos a ^{sacrificarlos} ~~contar~~ ^{los} ~~ellos~~ para eso, ni me voy a vestir para salir a cortarlos. Miré que tanto, dije estirándose para alcanzar una repisa absurdamente altísima, miré que tanto si piensa que vamos a cortar los girasoles antes de que maduren, ^{por} ~~de~~ ^{diversas} ~~de~~ ^{zonas} ~~de~~ su cuerpo, ~~como si creciera~~ ^{en} ~~erección~~, endurecido por la dis-

tañicia entre el suelo y la repisa, mezclando ^{en} (con su prodigio viviente) la arquitectura del puente de Jotageta con la desnudez ^{descorrida} (nunca vista de Eneid). Necesito tu ayuda, dijo entera y des-
plegada, en su máxima extensión ^{acortable} (el contorno de la Céfira. Por favor, dijo alargándose unos espejos que sacó de la repisa.

Con una mano ^{en alto} apoyada en la repisa y la otra ofreciéndome un abanico de pequeños espejos, igualando tensiones entre el frente y el perfil, el cuerpo de la Céfira, independientemente de los ojos, veía acercarse el río por el espacio entre los dos paraguas, la torpeza de mi pie rozando sus ^{extremos} (tensiones y haciendo girar ^{los} (el armatres, mis manos en velamen tratando de ocultar la arboladura. A mí también, dijo entregándome una pila de espejos, me gusta que lo hagamos entre los girasoles.

Pusimos sobre la cama los espejos, de diversos tamaños y forrados de latón. Al abecedario, dijo mezclándolos con un par de manotadas, y abrió la ventana del norte, por donde entraron, apuradísimos, la luz y el aire fresco. El aire le llenó el cuerpo de puntitos fríos; la luz, previa inundación del espacio antes oscuro ~~entre~~ entre los paraguas, le dio a cada color su nombre y reveló que los ojos de la Céfira estaban tan desnudos como ella, que apenas era la Céfira, desbordada por su cuerpo de mujer. A mí la luz me elevó otra vez las manos hacia abajo, rápidamente desviadas por la Céfira antes de que llegaran a su destino, entregándome una cajita con clavos y un martillo. Mirando mi desnudez con la de sus ojos me reinstaló en mi cuerpo, me devolvió al cuerpo que ^{yo} sentía ante el fuego deseando ser ella cuando la deseaba, me puso en mí de la misma manera ^{en} (como que Fábulo me había devuelto a las palabras. Un clavito en cada hoja, dijo señalando lugares precisos.

Le cogí un espejo en cada hoja de la ventana. Un material de girasoles de fácil viajar se instaló en el primero, y cuando hicimos girar la otra se reveló que también estaba en el segundo. Nada más fácil para nosotros, que

habíamos hecho todo nuestro viaje con ese lenguaje, que trasladar de luz los girasoles con espejos.

Ahora necesitamos un clavito allí, dijo señalando la para mi lejana pared que daba al sur, obligándome a recorrer esa distancia sin tener en cuenta mi situación ^{de} ^{modo,} difícil, las manos ocupadas por el martillo y la caja, ^{tu} la boca llena de clavitos agrios, y el fruto que empezaba a dolerme, dejándome llevar como un caballito atado por Fábulo. Si tanto te gusta hacerlo entre los girasoles, entonces no te queda otro remedio que poner clavitos, se burló la Céfira apoyada en la ventana del norte.

Meses había tardado atravesando esa equivalencia de cruce de la cordillera con mi pesada carga, seguido de cerca por la demencia falsamente ^{y del auto} maligna de los ojos de la Céfira, aparte la mirada ^{repose} ^{tranquila} de su cuerpo en espera femenina, donde los pezones eran ojos ^{tranquilo} ^{sereno} esperando sereno mi regreso. Poner un clavo en esa pared del sur era perderse en una serie de ^{acciones} ~~golpes~~ ^{pretergativas} que me alejaban del encuentro con ella el cuerpo que deseaba ser, y me arrepentía, ^{pa} ~~pero~~ cada golpe del martillo, de mi capricho de amar a la Céfira ^{con un momento de} ~~entre sus miserables~~ girasoles.

Cuando el clavo ^{hubiera} ~~existiera~~ atravesó la distancia como si no ^{existiera}, arrinconándome con sus aproximaciones, y colgó otro espejito por el sistema incaico recibió ^{el} ~~el~~ ^{los} ~~los~~ girasoles que contenía el espejo anterior. Ahora, dijo, ya tenemos por la parte de adentro ^{un} ~~los~~ girasoles ^{como los} que ~~te~~ ^{están} ~~están~~ al otro lado de la pared del sur. ¿Te gusta? Por las cosmogonías del astionismo número, esas plantas se comportaban como relojes, generaban tiempo, es decir, eran una parte importante del tiempo ^{cosmico}. Por lo que ~~apuntar~~, con aquellos 4 o 5 girasoles que entraron resbalando en los espejos, tenemos al menos una parte de la mecánica entrevistada por Fábulo reflejada en la pared del sur. Viajando por espejos desde el interior del norte hasta el ~~interior~~ interior de la pared del

3-7-86

sur, los girasoles describían una enorme ^{Z.} gata.

Claro que 4 o 5 girasoles eran poca cosa comparados con el hecho de hacerlo en medio de un matraz, y más bien cumplían la función de un modesto florito al lado de la cama, ~~sobre~~ si se tiene en cuenta que en nuestros deseos estaban todos los girasoles que había en los patios de la casa de la Céfira.

No seas impaciente, dijo ella abriendo una de las ventanitas gemelas que daban al patio creo que del ^(este) ~~suro~~, en este momento se me perdieron los puntos cardinales, confundidos por ^{(el) zigzag} los espejos zigzagueantes. La luz que ~~entraba~~ entraba por esa abertura, que daba al mundo un rizo de girasoles, tornó a la Céfira, la amañó en un contraluz, todo el cuerpo se le volvió sombra amañilla salvo los puntos acusados de los ojos capaces de permitir el acceso al interior misterioso de ella; Si algo había en mi memoria anterior, tras el girasol original, era el cuerpo de la Céfira. Y el espacio entre los paracaos y los paracaos mismos, los techos de la casa y la pared del sur, todo se hizo mujer. Y ella misma al revés, ^{salta} saltando de un espejo a otro, como bañándose en la luz que venía de afuera. ^{Para ir adelante.}

La mujer amañilla apoyó un dedo en mi mentón y no puso en la boca un nuevo puñado de clavitos. Según los clavaban y colgaban espejos, los girasoles del ¿este? iban de pared a pared recorriendo el camino sinuoso permitido por los ángulos, y pronto la pared ^{del sur} quedó inundada de aquellos girasoles, entre los que el florito del coningo pasó a ser un mínimo detalle. La habitación se saturaba de líneas de viejos de girasol entrecruzadas, laberinto, pero no conseguían llevarlos a la cama, casi todos caían a sus pies, en el suelo. A los girasoles verticales se cruzaban y confundían, rebotaban en las paredes y el techo y algunos, por defectuosa colocación de los espejos, recorrían un camino inverso y volvían a la flor original, es de erg

como estar tirando girasoles por la ventana, cuidado, en una de esas se escapaba también el cuerpo de la Céfira, que se espejo en espejo iba brillando como especie de danza municipal. A todo esto el movimiento astronómico de Minus Altas alrededor del sol hacía lo propio modificando los espejos, de modo que los viajes de los girasoles entre los espejos se desplazaban en sentidos no previstos, y los peces que habíamos conseguido recién cerca de la cama se nos iban hacia la traba de la puerta, y entonces ^{hubo} ~~había~~ que poner más clavitos y espejos, e inclinar los ya clavados reparándolos de la pared con trozos de papel y prendas menores de la Céfira.

La ubicación externa de los girasoles reales y el movimiento de Minus Altas alrededor de su propio eje desplazando al sol iban a contratiempo de nosotros; ^{cada} girasol que conseguimos poner sobre la cama tendía a desplazarse hacia los pies y caer al suelo. Entonces hubo que correr hacia el centro del cuarto, ~~quien~~ adelantándose a los espacios que ocuparía el movimiento estelar, con lo cual, calculábamos, también por lo menos un par de horas, ^{de girasol} treinta grados de desplazamiento de espejos, con un cutti de flores amañadas en la cama, que en el tiempo restante para que el sol se pusiera tras los cerros, con lo que los ~~se~~ espejos dejarían de reflejar girasoles y daban paso a las estrellas que intepolaban la mecánica del astionismo titiritero, momentáneamente robada por nosotros, con técnica de espejos, para convertirla en un adorno del placer.

Estoy harto de clavitos, dije ocupando los que me quedaban; ~~que~~ además se han acabado los espejos, y además me duele agredir. La Céfira, sin puntitos de frío en el cuerpo, había recuperado su temperatura. Abrimos la estúpida ventana, donde los girasoles ^{reales} estaban casi pegados a los vidrios, y con unos hilitos los ~~poner~~ arrastramos a la habitación, con cuidado de no desviarlos, porque se romperían, de su mano de mirar al sol. No había tanta diferencia entre ^{ellos} ~~los~~ que teníamos en las paredes y ya casi cubriendo la cama enteramente.

Además los girasoles de espejo se movían como navegando, mientras los reales se quedaban quietos como en un florero, aunque asociados a la ventana como pájaros. Los virtuales se irían con la noche, y al otro día cuando despertáramos estarían puntuales esperándonos otra vez en los espejos. Y todo eso formaba parte de la fiesta prolongando el puente de agua, el macizo de Céfiroa bruciantes de percales.

Echó su cuerpo sobre la cama aplastando girasoles virtuales, se echó como una pieza o inserto viviente destinado a retener, en su fusión conmigo, ^{por} un relampago brevísimo, la otra cara del universo que mentaba Fábulo. Estos ^{de los} espejos, ^{espejos} solas, dijo, son mucho más suaves que los otros; seguramente no me dejarán marcas en el cuerpo. Los girasoles que aplastó estaban ahora en los brides de ella, la recorrían con la misma lentitud con que gira Minus Altas, el movimiento lento permitía una minuciosa visión de ella, poco por poco.

Eché el martillo, que cayó sobre uno de los parapuos haciendo girar su resplandor y con ella la ropa que colgaba de su mango de bastón. Antes de que cesara su movimiento giratorio ya había atravesado todo el laberinto de girasoles reflejados y había caído sobre el inserto viviente para robarle a Fábulo una pieza de sus mundos desconocidos.

Ay, dijo en un gritito la mujer ancilla cuando sintió en sus labios una lastimadura; ay, dijo otra vez, qué pasa. Nada, le contesté; un clavito que ^{se} ^{quede} ~~había~~ quedado dentro de la boca.

Lo escupí con violencia, lo hice llegar afuera, fue a caer justo entre los grandes girasoles reales.

Notas para el capítulo IX (el VIII queda pendiente)
 (Este capítulo será el más modular, por ser el
 penúltimo, y quizás el más largo)

4-7-86

(1)

El cantor incorpora un sonido
 al trote de su caballo

Entonces, el caballo de tres hierbas que Jotazeta le regaló al
 cantor cuando se fue, salió dormido de Minas Altas; ^{tenía idea de} ~~saber~~
 lo que eran los viajes, por ser el primero que hacía, ^{mi} ~~era~~ ~~tan~~
 la menor posibilidad de saber que él, por el hecho de ser ca-
 ballo, era un objeto ^{portentoso} ~~de~~ la distancia.

Como Calderón procuraba apurarlo para salir cuanto antes
 de su irse, especie de cinta fastidiosa que nacía, ~~audaz~~ ~~irre-~~
 a la altura de las casas de los astionomos, ~~atravesaba todo~~
 el pueblo y quien sabe adónde se perdía, ^{dejando pero por} ~~dejando~~ ~~dejando~~ ~~dejando~~
 fin paso a la partida. Pero el caballito, no sabiendo
 adónde iba y ni siquiera que viajaba, no respondía a sus
 señales; movía las patas con lo justo, más bien llevado por
 lo pendiente, evitando ^{con} ~~el~~ ~~esfuerzo~~ ~~muscular~~ ~~que~~ ~~podría~~ ~~des-~~
 pertarlo. Además era muy temprano, la hora del alba en
 que cualquier caballo que se precie entra en sueños profun-
 dos, mientras él recabalaba sonámbulo con ese bulto despierto
 encima de su lomo.

Como quería llegar cuanto antes a la partida para li-
 berarse de la ambigüedad del irse, donde le parecía que
 ni iba ni volvía, empujado por un lado por la gente de
 Minas Altas, que con sus propias ausencias lo ayudaban
 a salir, y retenido por otro con el no te vayas por
 favor que la gente repetía ~~desde la casa escondida~~
 detrás de las puertas para no llorar, desde la casa de
 Jotazeta en lo último del trajo hasta el peñón de
 los astionomos en lo último del alto.

También lo demoraba ^{que empujaba al mismo tiempo} el hecho de que el había prepara-
 do ese viaje para ir en busca de un lugar de donde ser,
 y ahora que se iba descubría que podía ser de allí. Estas
 fuerzas encontradas, el caballo dormido y el no te vayas

reitera. mejor

por favor, mezclado al empuje de las cenizas de su frente, eran la parte dolorosa de su irse, del cual solo podía aliviado la partida. No puede estar muy lejos, se dijo echando una ojeada hacia atrás para comprobar que Miriam Altas ya había desaparecido; seguramente el irse ^{me} me acompañará hasta la frontera.

Llamaba frontera a la función de murallo de dos grandes cerros apenas separados por una abertura que solo permitía el paso de un jinete por vez, guardada desde siempre por dos calzadores ^{latigueros} de dientes castañeteantes por el frío, encargados de desviar a los invasores, mediante a puro golpe de látigo, hacia un insalvable abismo colindante. Los latigueros, que tiraban mientras cubrían la abertura con sus cuerpos, se abrieron dándole paso ~~en secreto~~ y amagaron sacarse los sombreros a modo de saludo, sin llegar a tocarlos. Al cantar, al cruzar, emitió un sonido de boca cerrada, y con esto tanto él como ellos saltaron sobre la ^{molesta del adiós} despedida equivocándolo rápidamente. Allí el irse ~~con~~ se juntaba con la ^{2da + 1da} despedida. Los latigueros, del lado del irse, y por lo tanto sometidos a una incómoda circunstancia ambigua, se escondieron detrás de unas piedras diciendo por favor no te vayas, en la medida dentro de lo que les permitían sus bocas congeladas. Euse, ya en ^{terreno seguro} un seguro terreno de partida, se alborozó viendo que en un sendero muy próximo acababa la partida y empezaba el viaje, sus desconocidas maravillas, donde se entre las que seguramente estaban el verso y las notas que le faltaban para acabar por fin la canción del gallo blanco.

El caballito, por ser elemento de la distancia o por estar dormido, no tuvo ni irse ni partida. Cuando despertó estaba en pleno viaje, había pasado del presentimiento a la realidad cumplida sin transitar ningún camino, por lo que, sin que se lo pidieran, se puso a trotar alegremente, abriendo caminos para que pasara el viaje. Olvidado del ^{dejándose llevar por el viaje}

Recordar que mientras hablé del cantor, el manador,
sin saberlo, está hablando de sí mismo.

pero del cantor, a quien consideraba parte de su juego, era como si viajara solo explorando mundos nuevos. Los reflejos que debían responder a las vicitudes estaban interrumpidos, superados por la alegría de trasladarse libremente, mientras su sangre exaltada lo impulsaba por esos enormes espacios montañosos recién aminorados. Sin meta ni búsqueda, era él quien viajaba en realidad. En cambio Euse Calderón, con Lumbreras presente en su pensamiento, estaba limitado por el fínal del viaje. La meta del caballo, si la había, era la alegría de viajar; y como ya la tenía, no la necesitaba y viajaba simplemente.

Al cantor, observando la conducta del vehículo destinado a llevarlo a Lumbreras, esto comió dudó de que fuese capaz de hacerlo; y considerándolo más un regalo que un caballo le dio unas palmaditas. Las montañas se suavizaban en grandes ondulaciones que prefiguraban el verde y los arroyos, la nieve iba quedando atrás, ^{se abrían horizontes} y el día, nuevo, era un gigantesco espacio capaz de contener el mar. A Lumbreras en este caballito, dijo como si se tratara de una letra de canción, dudando [5-7-86] si que se dejase conducir a ^{parte} afección.

Pero él era tan ignorante como el caballo, del rumbo que debía tomar. Fue punto elegir entre esos horizontes que se abrían después de cada ondulación trepada por el caballito Justino. Detenido por sus pensamientos en instancias de tiempo pero, mientras el caballo reconocía solo momentáneamente del espacio apropiándose del viaje, Euse Calderón sonrió por dentro sin alterar los rasgos farsativos de su cara, pensando que no sabiendo claramente adónde ir solo había conseguido sacar a pasear al caballito, volvería en noche a Minas Altas, que parece más lindo, desearía a Nutreño, lo haría, lo oíría marcar maíz en el moral, y el caballo tan contento.

Si no sabiendo, transitaba por la memoria de la fábula de Fábulas, donde Lumbreras era uno de los tantos nombres y lugares que habría tomado Minas Altas, para subsistir, saltando por la cordillera, en cinco siglos de exterminios

de pueblos y de lenguas. Sin saberlo iba en busca de una palabra que lo fijara en la memoria de un litiritero, para saltar de allí hasta las palabras de mi manuscrito, a lo espera de ser memoria verdadera. Minas Altas zigzagueando en el tiempo por la cordillera, trasladándose como girasoles resbalando en los espejos. Sucesivamente borrada del espacio y la memoria. Desandando el camino hecho por el pueblo en cinco siglos. Reconocer sus huellas en la tierra o en la memoria de los viejos ^{que le} ^{Trans-} ^{traído-dan} ^{portando} en el tiempo por un sistema de charquis memorados. De todas las Minas Altas que fueron, solamente Lumbrales subsistió como recuerdo gracias a la canción del gallo blanco, que iniciaron los sobrevivientes y sin terminarla ^{la puramente brevedad de} ^{se la truncaron} ^{a los charquis mineros} ^{Algunos} ^{en un} ¹⁹¹⁷ las demás fueron borradas de la memoria colectiva por distracción o por olvido, por no tener las palabras adecuadas, por mutanzas nuevas. Un yéjito de aïdres exagerado recorría la extensión desde el Pacífico hasta las selvas vírgenes buscando esa canción en crecimiento a la que todavía le faltaban unas notas y un verso. Sin celo Minas Altas, desconectada de su itinerario en el tiempo, moriría por olvido. Y los datos que faltaban estaban ocultos, en calidad de alto secreto, en la memoria del Sietemesino, verdadero sobreviviente de lo que fue Lumbrales. Como Calderín tenía solamente el delantal que usó su madre para amamantarlo, cabellos del hermano desollado, areniscas, un botín de canchales (¿de su padre o del Sietemesino?), un papelito sucio que se llevó la lluvia.

Recordó los dudosos retratos que fotogeta tenía por sus propios progenitores sin poder despañarlos de la sospecha de que no fueran ellos sino sus asesinos. El tiempo había mezclado las calidades y ya eran las dos cosas a la vez. Se borraban juntas en lo amovible de las fotografías. Y sentía que la memoria del hermano muerto, germen de la canción del gallo blanco, pertenecía menos a los orígenes que buscaba que a la memoria del Sietemesino, y que él mismo no nada más que un eco de la violencia. Pero era mismo

debía cumplir esa canción; para no mezclarse con las
otras sangres, ^{para} tener su propio amarrillo en los retratos,
apartado del espanto. Jotazeta le había revelado, como al
desnudo porque sostenía que el tiempo empezaba en Miras
Altas y que por eso el pasado debía ser borrado para siempre,
que el día de la matanza de sembreras murió también su padre,
presunto dueño del potrero, mientras descansaba, todavía agitado,
de unos juegos de cuerpos de los que él rescató en cuadrado.
Al campo a salir el lecho. Afuera, un filo de cuchillo se le
mezcló a los restos del placer. Según la madre que vino
a parirlo a Miras Altas, dijo la memoria suggerida de
Jotazeta, su padre permaneció vivo durante el tiempo que
el gallo blanco portó su canto a la espera de un momento
de quietud en la matanza y el saqueo, y que todavía ¹⁰ estaba
~~vivo~~ cuando el gallo cantó ^{mencionando} el nuevo día, seguramente
oyó ~~sonar~~ la cajita de música que sonó en las ropas del Siste-
mero envuelta en las plumas de los almorzadores desfan-
zurrados; la oyó desde la acequia hasta donde lo pisó arras-
trarse mientras unos pollos irraciables picoteaban por detrás,
lo que a él se le derramaba; desde la acequia donde lo recogió
la mujer apartándole primero una mano caída que el
agua quería llevarse.

Debía ser una muerte dulce, pensaba Euse Caldeón, porque
~~al sorprenderlo~~ cuando lo sorprendió el cuchillo él tenía el cuerpo todavía
lleno de placer, tan fuerte que las cuchilladas se perdieron
en una sangre de delirios, en un momento insensible
al dolor. Y mientras el gallo blanco descendía su canto
y él se arrastraba hacia la acequia, el placer fue cediendo
para derramarse en sueños. Y cuando el dolor de los
cuchillos encontró la vía de los nervios abrumados por
el placer, su padre ya dormía. ^{al lado de la acequia} la mano abandonada
a la corriente dormitaba sueños muy profundos. 6-7-86

Por los primeros versos de la canción, que los chasquis hi-
cieron llegar a Miras Altas antes que su madre llegara

Este manuscrito es la verdadera canción del Gallo Blanco, que a su vez es sólo una palabra de la canción mayor que escriben estos pueblos andinos en secreto para poder comunicarse y permanecer en el tiempo de la destrucción.

El puede ser el tema central de la canción que luego suena en la tumba cuando llega a Lembreras.

allí para parirlo, se sabía que ella cavó una tumba de tiro donde guardó al hombre y al hombrecito con sus ropas y sus cosas, incluso una cajita de música que en el fondo de un baúl escapó a lo rapiña de los cuchilleros; recortó sus cabellos, disimuló la tumba y, ya con el sol alto, atravesó el pueblo esquivando los acepos nuevos, llevándose solamente, dentro de ella, los juegos de su padre.

Cuando acabó su tarea, nada vivo quedaba allí, salvo ^{unos} los pollos que por haber comido sangre, los saqueadores despreciaron. La polvareda que en el llano próximo levantaron sus caballos al marcharse, se había depositado otra vez sola la tierra o se la habían llevado los visitantes solitarios. Ya salía del pueblo cuando se sintió observada, y volviendo la cabeza vio que el Gallo Blanco, con el bulto ^{lleno de sangre,} hinchado por la sangre, la miraba; a través de él sintió la mirada de los asesinos, las iniciales del silencio definitivo que empezaba en ^{el pueblo} Lembreras. Después contó a unos chasquis lo que había sucedido, sin saber que estaba haciendo los primeros versos de la canción que él ahora iba a completar, si encontraba los restos de Lembreras.

Después de parirlo en Minas Altas, se perdió en otros pueblos, probablemente en otros hijos, en la muerte. Nunca regresó a Minas Altas para convertirse, como tantas otras, en una viejecita empolvada, con relicario y alto peineta.

Jotageta consideraba a todo esto ^{sólo} una canción como versos componentes de una canción, sin saber que la canción era la historia, llevado por su deseo de borrar el pasado y hacer avanzar ^{el tiempo} la historia en Minas Altas, seguramente en aquel penura que dejó escapar su largo por tropezos de vejez y tristezas de astrónomo frustrado. Y simplemente consideraba bella a la canción, ignorando que justamente por eso era verdadera.

Mientras Euse Calderón se volvía parado para poder tocarlo, mezclándose con acedidas olvidadas y estridencias de gallos y

cuchillos, asomándose a ^{unos huecos} las tumbas con blancuras de huesos y una cajita de música, protegidos por la sombra fresca de las tumbas de tiro, en busca de los versos iniciales de la canción cuando seguramente su madre lo acurrió, el caballito alcanzaba una meseta deliciosa con árboles primeros y animales nunca vistos.

Advirtiendo que intruso viajaba solo y que eran mesetas solitarias, tan lejos ya de Minas Altas, era demasiado para un caballito de tres hierbas, resolvió prestarle un poco de atención y le dijo algo, un sonido grave sin palabras, que intruso apareció moviendo las orejas, ^(a través de los cuernos) que las recibió y las incorporó a su trote.

Se dijo entonces que no conociendo el rumbo que lo llevaría a tembleras, y mucho menos su caballo, intruso era el animal más indicado para esa travesía. Seguía considerándolo un regalo, pero útil. Y lo apretó con las piernas como pidiéndole permiso para seguir viajando juntos.

7-7-86

2) Sobre la mueria de un reptil

Según refiere la minuciosa metáfora de Fábulo, el Sictemesino, que descendió a la muerte para eternizarse y con ello inmortalizar su función, recorrió todas las etapas zoológicas en busca de su fundamento. Y su fundamento decía que él quería llegar a ser dios, ^{es decir} la forma infinita del poder. De muerte en muerte perfeccionó ~~todo~~ recorrió todos los instintos, que procuró perfeccionar con la idea de dotar a cada especie introduciendo en cada especie la idea de un filo de cuchillo. Y se descubría descubriendo que allí no había inteligencia criminal, que esos seres miserables y casi infinitos eran movidos por una mecánica que él no alcanzaba a comprender, y se enfurecía viendo cómo sus diferentes congéneres, según avanzaba o descendía en las escalas de la vida, se apartaban de él aunque tuvieran su misma forma.

Según esta metáfora, siempre presente en esta parte de la historia en forma de animales merodeando el ~~viage del cauto~~, Ene Calderón, el Sictemesino no se transformaba para perseguir al cauto y exterminarlo como a su hermano y a su padre sino para matar su conciencia, que veía opuesta a su voluntad y a su naturaleza. El hombre habría sido creado para ser dueño de la muerte y llegar a ser dios, terrible por supuesto, cuando en Minas Altas, comentaba Fábulo, la noción más completa alcanzada en ese sentido podía ser en todo caso la de un dios de la lluvia, y no por necesario sino por bello. A esa idea del Sictemesino, que podía ser la de la humanidad, se oponía la naturaleza, en salvaguardia, precisamente, del destino del hombre, cuya finalidad, insistía el astrónomo, era la alegría, lo único que podemos oponer a la muerte.

Se trata una lucha entre el cauto (libertad, identidad, alegría) en la interpretación de Fábulo, y la irracionalidad del poder, que es la ceguera de la historia, según las proliferas palabras de Fábulo mientras en el pequeño escenario y a la luz de las velas veíamos

en un hermoso despliegue de formas y colores a un reptil persiguiendo una caución. En el cuadro siguiente, el canto, ~~era~~ ~~perrota~~ ~~muñeca~~ que parecía de porcelana, era la respuesta de la precariedad del hombre ante la historia, y a la vez el refugio de sus desgracias, que no pertenecen a la naturaleza, son consecuencias de la irracionalidad de querer ser dios. Mientras el cantor - ^{sostenía} - conducía la metáfora - hacia un viaje a leumbras en busca de una palabra o un sonido que le permitiera nombrar el mundo, el asesino se metía dentro del mundo introduciendo un ruido en el silencio de lo viviente, con lo que impedía que el mundo se nombrara. El también iba en busca de 8-7-86 su pasado. Con ese propósito se introdujo en el mar, donde miles de veces repitió la matanza de leumbras.

Allí repitió miles de veces la matanza de leumbras, tratando de sostener con los de abajo las matanzas de arriba, manteniéndolas en la seriedad, proseguiéndolas en el tiempo, justificándolas para adempelar. El mundo era violencia y destrucción, y en el fondo de esta constante, como una belleza terrible, estaba la idea de ser dios, reservada a los más fuertes y violentos. El mar, al que veía como una brevedad permanente de muertes progresivas, era el lugar ideal para esos propósitos. Habiendo conseguido la condición del más sapiente de los tiburones, límite de la ferocidad, habiéndola forzado hasta casi hacerla estallar, fuera de ^{su} los alcances, de tiburón, en busca de la belleza de la muerte; habiendo agotado su ferocidad perfecta, aspiraba a trasladar intacta esa experiencia al poderoso cuerpo de ^{una de ellas} las serenas, de las que una interminable ballenas. Pero las ballenas, resperadas al ^{agua} ~~mar~~ tras una larga experiencia de la tierra, de la que sólo trajeron la leche materna introduciéndola en el mar como alimento, despreciaban a los tiburones. Para ellas, desde sus ^{tranquillas} ~~lejanías~~ ^{cetáceas} ~~de la~~ ~~llena~~, eran unos pequeños reyes globales, y su ridícula ferocidad una forma arrogante de caner. Es una lástima, el dijo el joven asesino acuático, la ignorancia de la muerte

las llevara al ^{exterminio} suicidio. Habitadas por ^{su} sus mismas inmortales.

Observando a las especies superadas, el ^{soberbio} maravilloso tiburón, capaz de ^{superar} sus propios alcances, se complacía en el sentimiento de que ^{en} esa aburrida grey de pequeños seres vivientes él había introducido la belleza de matar. Le laro que nadie se lo reconocía, primero por el temor de acercarse a él, y luego porque esas inimitables formas vivas, alimentos unas de las otras en una eternidad sin sentido, no tenían capacidad para comprender su hazaña maravillosa. En sus soledades de ~~mar~~ tiburón aislado por sus propios consueños, a quienes llegó a terrorizar, intentó ^{sin embargo} que ese encuentro interminable ^{de vida y muerte} estaba en otra ^{de} ~~lingüística~~ ^{lingüística}. El mar no era entonces una ^{afirmación} ~~lingüística~~ de muertes que culminarían en una ^{con} ~~guerra~~ ^{guerra} inmortalidad, y se orientaba ^{en} ~~hacia~~ ^{hacia} la vida, frágil y temerosa. Tras millones de años y labores pacientes, las formas ^{que los seres del mar} ~~que~~ arrojaron hacia instancias superiores de vida habían culminado en un ser ^{tormentoso} tímido y cobarde que con su instinto criminal era el eslabón escapado de la infinita cadena, vuelto contra ellos y contra sí mismo, y concientes del fracaso, desde las algas hasta las poderosas ballenas, buscaban una nueva forma destinada a completar el sentido de la vida, entregándose a una infinita mecánica de ~~saques generados~~ ^{generosos}.

Para evitar estos atisbos, el Sistemático-Tiburón se entregaba al goce solitario de su poder, que era, sin que él lo supiera, una forma de melancolía ante la incompreensión del ~~miserable~~ mundo al que por desgracia pertenecía. Y la melancolía rozaba los bordes peligrosos de la tristeza de vivir cuando veía pasar a lo lejos, radiantes de choeros espumosos, las inaccesibles ballenas como grandes crispaciones del mar, ya claramente inhóspito para él. Entonces borbaba esas fronteras negativas matando y devorando, más allá de la sociedad, a los tiburones más sanguinarios y feroces, con lo que, multiplicando sus ~~instintos~~ ^{instintos}, llegó a ser, él solo, todos los tiburones, que le tenían hasta hacer que él mismo se tuviera en un isla privilegiada, sospechando que en cualquier momento, dejándose avanzar

por la belleza de la muerte y su placer irresistible, se devorara a sí mismo. Conocía esa tentación. Sus dientes, muchas veces, se habían fijado en su cuerpo y él había sentido sentido apetito por su propia sangre.

Contristado y solo, un día, fabuloso en los anales de su raza, convocó a los demás tiburones alrededor de ~~la~~ esta gran esfera de agua que era su isla despoblada de vida. Los depredadores del mar se acercaron temerosos, solo lo suficiente para poder oír las razones del venerable tiburón que los contenía.

Tiburones del mar inmenso, gritó; maravillosos aparatos de matar que sin embargo carecen de un sentido, y con todo el poder que tienen ^{sin embargo} forman parte, sin saberlo, de la estúpida grey de los seres del mar muertos. Es posible que mis días estén contados, por una debilidad que sufro, y que en un momento de eso ustedes me devoren y ocupando mi lugar me entreguen a la absurda mecánica de sauges ascendentes de este mundo perdido. Mis desiquios son más altos, tiburones; pertenecen a la gloria; yo no me perderé en brüñquedades inútiles. Les ruego un instante de atención: voy a comerme a mí mismo.

Dominado por una tristeza letal que se le presentaba como término de su poderío, contempló su contorno y se concentró en sus contenidos. Mirándose hasta el fondo de su sauge, donde guardaba todas las muertes recogidas en su largo viaje como rojos cristales deslumbrantes, vio que su inconvertible palacio de terror estaba a punto de derribarse. El mar parecía vacío. Las familias acuáticas al oír su voz, habían huido hacia lo oscuro de las profundidades. Solo los terroristas del mar, aunque aterrados, se mantenían en sus puestos para ver la puesta de sol del carnicero venerable.

Tiburones, gritó poseído por las muertes que contenía; mis desiquios son más altos; yo no me perderé en brüñquedades inútiles; perteneces a la gloria. Voy a comerme a mí mismo. Gritó furioso sobre sí mismo buscando los extremos de su

cuerpo y cuando pudo darse su primera delectada la enorme esfera acuática que abarcaba con su giro se convirtió en un ^{ovillo} ovillo de sangre que él iba devorando sin dejar de darse delectadas cada vez más feroces, vacilando entre cortarse ^o devorar su sangre, los dos extremos de su placer terrible, buscando el centro deleitoso que le permitiera por fin caer en propia boca y cerrarse para siempre en su poder y en su placer, ~~o~~ acabar su vida en sí mismo, heroicamente, antes de que los otros tiburones, a la vista de la sangre, enyesasen su formidable cabeza de tigre del océano. Pero los propios tiburones, sin poder soportar el espectáculo, habían desaparecido dejándolo a solas con su muerte.

Saciado su placer, y viendo que no podía ir más allá de sí mismo aunque la imposibilidad de devorarse hasta el final desapareciera, se abandonó a una corriente tibia que lo llevó hasta la desembocadura de esos ríos dulces que bajan de la tierra, donde descansó, ~~del mar ingrato~~, sintiendo que su estirpe de tiburón lo abandonaba, ~~ya~~ y también el mar ingrato. (5) Luego se verá si conviene pasar o otro gota lo que sigue.

9-7-86 A ras del agua el Sietemeñino remontó ^{el} río durante una larga primavera, observando las ~~riberas~~ ribe-
ras por donde los ~~tranquitos~~ mariposeros se acercaban a beber. Segregando una baba que atraía a los insectos aprendió a alimentarse de cuerpos ajenos al agua y a descubrir, según se le permitiera su naturaleza en contacto con la atmósfera pura, las apetecidas formas de la vida terrestre, que se le aparecían como creaturas de un insomnio. Podía percibir que antes había estado allí, que estaba entrando en otras formas de su pasado, pero no encontraba en su memoria el objeto necesario que lo conectase con el tiempo.

No despediciaba un solo instante de luz, acechando esas figuras que lo atraían, sus armoniosos movimientos en el espacio vacío, perfectos a pesar de no tener puntos de contacto con el ambiente. Guardó cuidadosamente en su

memoria aquella corzuela amamantando, se lo llevaba de recuerdo como una de esas piedras de colores que había en el fondo del río; también la lengua roja y ^{21 de 052}caliente de una llama que bebía, tan al alcance de sus dientes, que se le escapó por distraerse con el brillo de los ojos de la llama reflejados en el agua. Y aquel pájaro aturdido que fue a posarse en su cabeza a ras de agua, solo tuvo que hacer un movimiento para tragárselo incorporando a su naturaleza semi acuática una noción de vuelo que fue a perderse en sus arrugas escamosas. Si lograba ser ave descubriría desde arriba aquella forma olvidada que conectándolo con el tiempo lo reinstalaría en su pasado.

Su capacidad para permanecer cada vez más tiempo fuera del agua le permitió descubrir una nueva maravilla en aquellos seres que podían moverse sin tener mar: emitían unas señales que sonaban, de la misma manera que las ~~rocas~~ olas al romper contra las rocas. Cada forma viviente lo hacía de una manera distinta. Las señales sonoras se trasladaban en el vacío de mar y era posible percibir las antes que a la figura de donde procedían. La tierra era claramente un lugar para esas voces, a cada voz le correspondía una forma y a la vez cada forma era una voz. Y bebían el agua de los ríos para limpiar ~~la voz~~ ^{la voz}. Algunos podían sacar un pez del agua, comérselo en tierra y luego remontarse en aquel inmenso espacio hecho para la expansión de las rocas, gracias a él era posible su existencia. La tierra además era hermosa con esas formas nuevas que sin tener voz como las otras ni sus movimientos, eran cambiantes, se cubrían de algas que luego desdichaban para volver a tenerlas bajo un contorno diferente. También pudo ver formas cambiantes allá muy arriba, como grandes pájaros blancos en transformación permanente, que a veces se deshacían en un agua pulverizada. Y aquella inmensa bola luminosa de vuelos precisos en lo ^{más} alto de lo alto. Cuando no había luz y cesaban las voces y los vivientes se recogían, la parte

manteniendo sus formas laboralmente por lo
la del hombre fracasaba o desaparecía.

18-7-01

más alto del espacio se convertía en un mar profundo repleto de peces luminosos.

Por fin abandonó ^{de las 25000} la vida acuática y arastándose por una tierra dorada por el sol y regumando lluvias recién caídas contempló el espectáculo maravilloso de la vida. Desde el paso de los astros hasta el fondo de los mares, hermanando peces y cometas. La vida gigantesca desplegaba sus sentidos como recién empulgada. Aquí también como en el mar las formas buscaban una forma que completase su sentido. El tímido deheyo de las corce-las, la mirada de las llamas en el agua, la agilidad de los pumas y la lejanía de los cándores, entregaban sus formas al vacío ^{guardándose los que ni eran útiles para de forma buscada} en un intercambio de saupres generosas como si el hombre, la forma que en millones de vida de labores lograron extraer del mar para entregarle la tierra, no existiera.

La súbita noticia de hombre le reveló al ensueño la existencia del objeto que conectándolo con su tiempo lo devolvía a su realidad. El reptil, cansino de volar, ascendía por la cordillera hacia el peñón de los astrónomos, remontaba su pasado - concluye la metáfora ^{de Fábulo} - llevado en su memoria una madrugada con ruido de agua en las acequias, las casitas de adobe de un pueblo muy pequeño y un filo de cuchillo. (Tiene que resaca tanto poder volar).

A partir de aquí es el 7, con una memoria de hombre, su aptitud es como una ciferneidad. El niño desollado y el otro; su función. Adá a quello de que el crimen es social, no está en la naturaleza. El 7 fue a buscar refugio en ella, pero no lo encontró.

unos sonidos musicales saliendo de un abuelo de las plumas. Ver si se puede introducir el concepto de niño - canción; mejor en otra gata, porque "canción" no está en sus nociones todavía. Matar a ese niño - canción, cuya saupre probó cuando era insecto.

En la resaca, cambiará para mejor el 7, una vez que quede delineado en su totalidad será más fácil empugarse. No lo mata el padre de que, obviamente.

10-7-86

3) Caballo atado por ^{Azul} niño vestido de azul

Y intruso seguía una sola línea recta, como si no hubiera otras dereceras, desde hacía un par de horas por lo menos. Seguramente, pensó Eme, no tiene idea de que también se pueden hacer curvas. Dio un tirón en la rienda derecha, la mantuvo tensa ~~en tredo~~ sin conseguir que cambiara de dirección; intruso seguía recto a paso largo con la cabeza ^{doblada} inclinada hacia un costado; y sin esperar que el hombre ^{de él} la soltara ^{de las riendas} dio sacudió la cabeza hacia la izquierda dejando otra vez las riendas flojas en las manos del cauter, como si fueren un adorno y no un timón. A lo mejor sólo supiere doblar para un costado, como otros caballos de niñas Altas que nacían así, con una sola orientación de riendas y sólo servían para ^{ir} visitar parientes, siempre que viviesen para el lado de las riendas que esos caballos conocían. Entonces ^{Eme} dio un tirón con la rienda de la izquierda, pero el caballito tampoco ahora respondió; anduvo un tredo con la cabeza torcida manteniendo como podía la vista hacia adelante, y luego, ante la terquedad del hombre, sacudió otra vez la cabeza y las riendas ^{se} corrieron en las manos del cauter.

Eme ^{era capaz de} podía detectar desde muy lejos ^{seguro} las voces que se escapaban de los pueblos. Aunque entrecortadas por la fuga y los accidentes de las distancias, desviadas por los vientos y curvadas hasta no tener nada que ver con el timbre de su origen, él podía ~~distin~~ ^{distin}guir saber si se trataba de un balido, una campana o una risa. Las voces perdidas seguían una línea ^{rigida que} (como intruso) y paraban rozando lo alto de las colinas. Lo que procuraba tirando de esas riendas era saber si el caballo le respondería en caso de cruzarse ^{en} lo alto de una loma con una de esas voces que los orientara hacia algún lugar habitado que tanto él como intruso estaban ya necesitando; de ningún modo lo hacía para arrastrarle el primer viaje ~~perdido~~ ^{perdido} con alegría caballuna con tirones de rienda ^{transportados}.

(ii discretos)

Antes de llegar a una cima, el oído del músico captó unas vibraciones que una vez desprovistas de accidentes y deformaciones de distancia resultaron sencillos. Venían de la derecha, al encuentro de la línea elegida por el caballo. Lo sintió, dejó Euse dispuesto a dar un tirón fuerte, justo cuando intuso, adelantándose a la señal de las riendas, tomó la dirección ^{que los} de los sencillos, y al salir de la hermosa curva de noventa grados que dejó dibujada inició un trotecito donde la curiosidad era más importante que su ritmo. Ahora el sol quedaba atrás y la sombra del ^{músico} jinete caía bajo las patas del caballo; la de la cabeza, adelantada de modo que intuso tenía siempre ante los ojos un sombrero ^{que} bailoteante que lo atraía y lo burlaba.

En el bajo, a una distancia del ~~oído~~ aliento de un trote estaba el pueblecito, escondido entre unos matorrales polvorientos. Como todos los del llano, de nombre indígena no visible ni tampoco comprensible; las pocas palabras indias que quedasen vivas se usaban para nombres poblacionales, pero nadie sabía su significado; las pocas cosas que quedaban de los indios muertos estaban en un matiz de la piel, en un raso de boca, en el fondo del brillo de un ojo de los que habiendo mezclado su sangre con ellos trasladaban algunas partes de sus rasgos al fectero como un ~~hermano~~ adorno asomado a los espejos. Era un pueblo gemelo de otro del mismo nombre, ^(todos los pueblos llanistas eran dobles) a una ^{de} jornada de allí, de doblamiento del original cuando los ingleses trazaron sus líneas ferroviarias de inflexible rectitud hacia las minas o las plantaciones, y parando lejos del pueblo utilizaron su nombre para la estación, a cuyo alrededor el gemelo fue creciendo mientras el hermano semi-despoblado y triste envejecía. A que ellos trenes no sabían doblar, (como el caballito de Euse) salvo cuando les convenía, y siguieron casi un siglo en línea recta hasta que, acabadas las plantaciones y las minas, levantaron las vías y los trenes, y los pueblos hermanos gemelos, reparados por un decenio, quedaron tristes y semi-despoblados, apenas con una poca gente para repartir, sin saber nada el uno del otro, viejecitos sordos que no fue de su entera deuse.

↳ alcanzándose en tiempo y envejeciendo juntos, sin arqueólogos en el futuro.

12-7-86

el músico vuelve luego
que el pájaro imita unos
1100 o sea diferente.
no se nombra el pájaro.

Los gemidos oídos no eran de voces humanas ni de otras formas animales conocidas, y entonces que, pensaba ^{el músico.} Euse acústicamente preocupado, reconociendo las calles del pueblito desierto. Al menos que fueran de ese pájaro que retrocedía según ellos avanzaban, y desde las techos de cada casita ^{solamente} emitía un canto diferente, imitando el de otras variedades; iban apenas por la mitad del pueblo y ya había emitido unos treinta timbres diferentes, como si el animalito, a todas luces el único pájaro del ^{lugar} pueblo, fuera un montón de pájaros. Y no era un simple imitador de voces; cuando le tocó pasar por la de la calandria, lo hizo perfeccionando el canto, como si las calandrias, por defectos congénitos, hubieran cantado desde siempre cometiendo el mismo error.

Además de único pájaro del pueblo parecía el único habitante. Vacias las viviendas, aunque ^{de} algunas saliese un humo de fogón, caritas de cuatro horcones ^{y techos de paja tristes} empujando ondulantes paredes de arcillera con macetas pintadas sobre ellas, algunas atestadas de flores ^{coloridas e inválidas}, otras con helechos de dudoso verde descolorido por las lluvias o los vientos, que estaban pidiendo una segunda mano de pintura. A través de las aberturas Euse Calderón podía ver colgar de los horcones portadas de revistas de color con mujeres trocadas por otros sombreros adornados con plumas de condors, retratos ^{imitados} con escenas de bodas y zoológicos; y el silencio era tremendo, salvo aquel pájaro que retrocedía con un canto diferente en cada techo.

En el fondo de la calle apareció una niña vestida de azul, intruso movió las orejas ^{como} atarido por el color, y obedeció cuando Euse tiró de las riendas para que se parara y ^{aparese} bajarse. Adonde está la gente, preguntó el cantor dejando que el caballo se fuera a buscar pastos. Se han ido todos al entierro de un muerto ^{muerto} que anoche trajo la creyente, respondió la niña; el cajón apareció ahí esta mañana, encajado en esas piedras; ^{en lo credulito del} el año pasado llegaron dos cazadores juntos; uno lo enterraron aquí; el otro pasó de largo; y si no lo ^{pillaron} cazaron en ^{algún} el otro pueblo, capaz que el muerto llegó al mar.

ojo cuando saca un par de tres

15-7-86

4

Lumberas bajo veinte caudales

Seguramente el viento y los pencales de allá arriba desfiguraron la música que compuse para el entierro de este muerto convirtiéndola en esos gemidos que usted oyó, explicó ^{Tuy} el músico del pueblo. Mi música no es triste; se ocupa de las lluvias que están borrando el pueblo nuevo que se quedó sin trenes y sin nada, y poco a poco las crecientes traen su tierra para acá, han llegado muebles y animales, puertas de casas derribadas, y últimamente los muertos que no fueron enterrados demasiado fondo; su cementerio va quedando a flor de tierra y bueno, se los lleva el agua. En mi música cuento, en poco en breves si usted quiere, cómo será de malo su pueblo fantasma inventado por los trenes que hasta sus muertos vuelven ya a su pueblo viejo. Como ve, no se trata de un gemido. Para nosotros es una alegría volver a estar otra vez juntos. Escuche.

Trumpeteaba Tuy desafiando en el lamentable instrumento de su invención, una vasija de cerámica rota combinada con maderas pretendidamente armónicas, mientras Ene, sin distraer su atención acústica, observaba a los veinte o más habitantes del pueblo, concentrados en una sola casa, sentados bajo los retratos de sus antepasados auténticos, apenas alterados por los retocadores ~~de fotografías~~. A la luz tamborina de las velas ellos también eran retratos; de sombrero y bigotito, con bufandas y abrigos ~~abiertos~~ cerrados hasta el último botón, se volvían antepasados con la lentitud del amarillo en las fotografías. Todos tenían dentro la palabra Lumberas. Pero dijeron no cuando el cantor les preguntó por ella. No lo de miedo, tan difícil de disimular. Estar vinculado a Lumberas por cualquier motivo, pese a su lejanía en el tiempo y a su desaparición sin necesidad de lluvias borrevivas, era un peligro vivo. Escuchaban el trumpeo de Tuy entrecerrando los ojos, ~~pero en algún~~ que ocultaban el convencimiento que negaban, pero en algún parpadeo

descuidado dejaban ver detras el chispazo fugaz de alguna letra de Lumberas. A lo mejor, si usted pregunta más abajo; pero aquí nunca hemos oído esa palabra, decian esperando que amaneciese pronto y por fin se fuese el visitante perturbador.

Tuy acabó su muestra musical y en el silencio que siguió se oía a intonso bajo techo mascar unos panos de sabor desconocido, era en cantos imprevistos de los viajes. Los charquis misicos, dijo Tuy, no han querido recibirme esta pieza; dicen que es muy difícil de memorizar. Entonces Ene Calderón se la limpió un poco, entonándola sin desajustaciones. Después, como pardo, le afirió el instrumento y se puso a emillar a intonso en señal de despedida. Los pobladores dormían en sus sillas bajo los retratos, veinte y tantas caudados cerrando la palabra Lumberas.

El viento y los pencales, no hay otra explicación, dijo Tuy perfectamente montado, vestido para un viaje largo, su instrumento colgado a la espalda, adaptando el paso de su caballo a la designada marcha que iniciaba intonso. Se arrojó la niña de azul, los jinetes trocaron sus sombreros. Yo puedo ayudarlo a encontrar las ruinas de ese pueblo, dijo Tuy; digo, si usted acepta que lo acompañe. Y de paso puedo ir perfeccionándome, con su ayuda, en el conocimiento de la música. Me anda dando vueltas por la cabeza el tema de un muertito que usando su cajón como canoa consiguió llegar al mar; y va a ser buenísima.

Ene le recordó, ya en las afueras, que dejaban sin asistencia a un pueblo de un solo músico. Yo no hayo más falta aquí, dijo el músico de a caballo; la mayoría de estos viejos se están quedando sordos. Anire, nos viene siguiendo ese pájaro, dijo Ene. El dicho los pasaba y en cada mata los esperaba con un canto diferente. Según el músico del pueblo, era capaz de imitar hasta cuatrocientas voces. Tengo el texto para otra pieza, dijo Tuy: pueblo de un solo pájaro y de un solo músico; si le parece, la podemos hacer juntos. Acabadas las matas donde poseían, el cuatrocientos voces se ^{en el arco} ~~posó en las aunas del caballo de Tuy.~~ iban al paso por unas extendidas soledades, dejando al pueblo sin músico y

los viejos dormitaban bajo la utiata, ^{la niña de azul veía amanecer.} sin pájaro. ~~Azul se atrevió a por ver~~

Bandita de a caballo

17-7-86

A veces me da miedo, dijo Terry, pensar que no tengo habilidad para la música. La última vez que intenté pasarle mi pieza a los chasquis vi que se sonreaban entre ellos y que disimuladamente se reían. Pero no del humor que hay en mi música; se reían de mi manera de tocar, y yo sé que muchas veces pongo los dedos en los agujeritos que no corresponden. Y esto es una tristeza, sea. Yo intento hacer llegar por intermedio de ellos, a los pueblos de allá arriba, una alegría más, fijese la cantidad de gente que se sonreía sanamente; pero no sé si es por culpa de mis dedos o de la malicia de esos chasquis burlones que no puedo pasar mis piezas a los demás.

Los chasquis, explicó Eme, solo pueden ^{transportar} la música que es verdad, y le aseguro que tienen oído para eso; si la música no es cierta, no les entra en la memoria ^{auditiva}; la olvidan por el camino; y entonces qué podrían comunicarle al dueño que espera más arriba con el oído atento. Ni siquiera pueden hacerlo los chasquis silbadores, que son los más hábiles y ellos mismos especies de instrumentos. La técnica de la música aparece complicada si uno se equivoca de camino. Pero ahora mismo, antes de que lleguemos a ese pueblo, esas cuestiones estarán resueltas.

Terry se paró sobre los estribos anunciando su ángulo visual y no vio humos de pueblos ni ^{ni siquiera} ^{ningún} cualquier sonido indicativo. Me parece que por este rumbo no hay ninguno, comentó. A mi tranquilidad, dijo Eme, pero es el que ha elegido intuirlo, yo a las orindas ya ni se las toco. Este es un caballo brava pueblo.

Ante todo, amigo Terry, no hay que pensar que uno desde afuera va hacia la música sino hacer de cuenta que se viene de ella. De esa manera es como si uno siempre hubiera estado allí y entonces todo resultaría más familiar. Y así la habilidad para tocar para a ser algo que ya teníamos, momentáneamente olvidado,

y se tratará más bien de una recuperación. La música es una manera de buscar.

- Fijera razón en caballo, vea levantarse esos humitos de fogones

- Eja se puede oír ^{por deducción científica} el ruido de las tapas de las ollas, estamos necesitando un poco de comida; se ve que el fuego es fuerte y el vapor de las ollas hace bailar las tapas. Qué tal se encuentra para que improvisemos algo sobre su nueva pieza, así cambiamos música por comida.

- Para allá quedan los pueblos de frontera, la gente tiene hábitos mezclados, y todo eso es ya dominio de los oídos

- Entonces por favor, ni se le ocurra mencionar lechuchas

- ¿La música era entonces una manera de buscar?

De buscar algo donde parece que no hay nada. La forma de buscar va creando lo que se busca, por eso es capaz de encontrar cosas en la pura nada. Acuérdate que la música pertenece al cuerpo; cualquier música es viable; así el cuerpo se va educando en ella hasta convertirse él mismo en búsqueda; entonces ya no hay necesidad de irse tan lejos, la habilidad para tocar y sentir es uno mismo, y por la vía de la danza descubrimos en nuestros cuerpos hermosuras desconocidas.

- Fijese, puedo escuchar claramente el ruido de las tapas, hay una grande y otra chica, veálas cómo saltan, y hasta el chirrido del vapor, y la leña que crepita; y eso que todavía no ha llegado el sonido, pero viene viniendo; qué primor.

La música es ^{también} una acción. Crea en la memoria una necesidad, ^{hedaos} ~~escucha~~ que antes no existían se incorporan a ^{ella} ~~la~~ existencia. También es capaz de hacer aparecer lo más escondido. Es a la vez una memoria; el mundo queda copiado en ella con susidos, y con ellos lo podemos reconstruir, teniendo siempre a mano en una síntesis ~~o definitiva~~ ^{o sea, muy} de sonido sonora. La música es palabra. Si uno sabe esto cuando toca, la habilidad que está en nosotros, viene sola. Con la habilidad creamos

memoria. Después los dedos se van solos, impulsados desde adentro por la propia música, que está en el cuerpo. Las cosas distantes o dispersas pueden palpase con la música, en relaciones de sonido, y es como tocarlas con el cuerpo. Si no hubiera música, seguramente todo cambiaría de forma y por falta de referencias claras pasaría a ser silencio. Los pájaros cantan y las apías suenan porque existe el respaldo de la música, que vuelve ^{claros} inteligibles sus sonidos, y esto vale también para la palabra, que es el canto del hombre, o su voz. Un sonido memorizado es acción pura, reconstrucción inmediata de palabra de hombre o galope de caballo. Y más allá, creación de lo que todavía no existe o está muy oculto, como lambreras por ejemplo. Si usted tiene en cuenta todo esto, los dedos irán solos al lugar que corresponde, ya sea cuerda o agujero. Y ahora, si le parece, podemos ensayar mientras llegamos, ^{que le parezca o convenga, un poco de música por comedia.}

Tuy descolgó el instrumento de su espalda y Ene ^{o corto} arrancó una hoja carnosa de un matarral al paso. La dobló relacionando nervaduras y soplando en su interior le arrancó un par de escalas. Él si bend no sale, pero usted lo tiene repetido, dijo; vamos a ver cómo navega esa canoa escapada del cementerio nuevo.

Tuy halló enrarecido a su instrumento, debido a que Ene se lo había ajustado en una afinación compuesta, pero veía que los deditos se iban solos a los agujeros que correspondían, ^{apoyados} qué pena que no hubiera un cargui a mano, por el contrapunto que venía de la hoja, Ene ^{ya venían} ~~aprovechó~~ los solos de Tuy para observar al pájaro encajado, que viajaba atentísimo, moviendo la cabeza para oír mejor. Aquello, pensaba, evidentemente no era una forma zoológica, que en todo caso parecía un pretexto. Ni siquiera aparato de volar, esto se le daba por añadidura o parecía una acción más bien forzada, volaba solamente para poder comer, era un trabajo necesario. Su esencia en cambio correspondía a un instrumento, las orientaciones de sus líneas eran puramente acústicas, y

mientras una mínima parte del interior de su figura se ocupaba de las funciones de estar en la vida, el resto, ~~inactivo~~, estaba entrecruzado por un tambladeral de cuerdas vocales que encerraban sus cuatrocientas voces conocidas, donde unas sonaban por sí mismas y otras por simpatía, como en algunos instrumentos de los maestros de Minas Altas, para que no se cansara tanto su garganta. Y pensaba que esta visión era posible gracias al fraseo impecable de su discípulo, que con una mirada lo invitó a incorporarse nuevamente al espacio de la música. Se preparó y lanzó el primer sonido de su hoja en una parte del campés que Tey jamás hubiera imaginado, lo encabalsó perfectamente y ahora la pieza de Tey era una fiesta, colina abajo trumpeando sobre los caballos ante la vista de las primeras casas de ese pueblo de fronteras, los niños que se arremaban a ver esa bandita ^{que} ~~resistía~~ ~~alegremente~~ reideaba alegremente con un pájaro prendido en las auncas, los cascós de los caballitos a cargo de una correcta percusión, misen qué quinteto más hermoso, aunque el pájaro no cantara. Y era tan amplio y compacto el sonido de esa bandita de a caballo, que seguramente las cuatrocientas voces del pájaro encajado, ^{inlocadas,} (estaban sonando por simpatía).

Oidor herido mortalmente

18-7-86

Una nube de niños hermosos y descalzos acompañó al quinteto por las calles polvorientas hasta el centro de la placita, con tres calles salpicadas de ~~callecitas de~~ caritos de adobe y ~~una~~ otra enteramente ocupada por la fortaleza de piedra, de dos plantas, donde vivía el Oidor. El pueblo, rebautizado con una larguísima palabra, "Civilización", estampada en un monolito junto a un mástil sin bandera, estaba casi vacío por ser día de tren en el pueblo gemelo; la mayoría de la gente

avanzando apenas, casi saltando sobre sí mismos. Teny vinculó los fraseos zumbones de su ^{instrumento} hoja al ritmo binario del Ene, éste desparanó los sonidos de su hoja en las patas torcidas del caballo de Teny, de modo que las músicas se enlazaban solas en el aire, como los bailarines, mientras el cuatrocientos voces, prendido al auge, saltaba con el caballo abriendo de vez en cuando las alas para no coerse, un verdadero danzaron solista el pajarito. El quinteto, con movimiento peristáltico y seguido por la nube de niños que crecía, avanzaba como la creciente avocada por su música, provocando ^{una} alirse de ventanos, ^{una} asomarse de mujeres que con grandes peines rústicos alisaban sus larguísimos cabellos desplegándolos al sol y a la alegría de esa música, la media mañana de sol tibio interrumpida por la fieta, el airecito fresco que venía de las lomas, la gente que acudía a la plaza bailoteando en los ritmos de los caballos percusionistas.

La polirritmia del quinteto, tras el largo recorrido por las cavernas engradas de las orejas del susodicho, produjeron, pese a la dureza de la piel, una contracción de cejas seguida de una preocupante arruga en lo bajo de su frente. Cuando conseguía captar un ritmo se lo escapaba el otro. Sus orejas científicas, por falta de capacidad de goce, no podían ensambloslos, y decidieron que esos saltimbancos tocaban mal pero muy mal. La arruga de desaprobación se distendió y la piel volvió a su sitio sin ningún trabajo, era el gesto habitual del Oidor y a fuerza de uso reiterado actuaba como una articulación. La gente imbécil, pensó, se alegra con esa frecuencia, y miró severamente al placero, que se meció como los demás y en cuanto se sintió mirado quedó tieso.

Tres hombrecitos barbados, que con entusiasmo subido tarareaban la música que oían, tendieron una sábana junto al monolito invitando a la gente a poner allí sus óbolos para ^{en un momento del} evitarle a los músicos el pase de sombreros. Llovieron las monedas, cucharitas de plata, melones aromáticos y sandías caladas, quesos y dulces de la sierra y breves poemas escritos

en hojas de cuaderno, ante la mirada fija y las papadas pétreas del oidor y el abrumado lápiz del placero, que anotando los óbolos que caían sacaba drispas del papel. El Oidor verificó la exactitud de las anotaciones y apartó para sí las monedas y objetos de platería, además de un queso de cala cuya forma le gustó.

Acabada la vuelta alrededor de la plaza, los músicos recibieron el atado de taudías y perras sin apearse, no estaban autorizados a bajarse del caballo. El señor Oidor, dijo el placero, tendrá gusto en verles, luego podrán marcharse. Se secaron el sudor y afinaron. Sin percusión no será tan lindo, dijo Tug, estos caballitos no saben zapatear en su ritmo. Entonces vamos a ejecutar ^{con su licencia,} el hermoso tema titulado Pueblo con un solo pájaro, ese mismo que usted ve.

Y luego, aquello fue una delicia. Pero habían acabado de embogillar cuando el Cuatrocientos se les adelantó en plan solista paseándose por cinco veces diferentes sobre un fondo rítmico de joropo lujerioso que aquella gente, ni siquiera el Oidor, había escuchado nunca en la vida. El trompetero y el bojero se incorporaron como melodías de fondo al tema pajerístico, las mujeres abrieron nuevamente sus ventanas y volvieron a ~~ataca~~ peinarse sus largos cabellos revesados, la nube de niños se arremolinó, los tres barbados saltaban entremazclando ~~sus~~ jilbilos tropicales y del próximo sur, la placita Civilización con un monedito y las caras de adobe que lo rodeaban tiritaban de gozo, y el Oidor, vencidas las resistencias analíticas de los meandros serenos de sus orejas, sintió un tremendo dolor en las mejillas y la boca, provocado por una sonrisa que procuraba abrirse pero entre un laberinto de veinte años de rigidez adusta hasta llegar por dentro al cascarón de cuero crudo de la cara del Oidor. Desde otra parte de su cuerpo, desde el codo, venía una corriente eléctrica de ira destinada a detener esa sonrisa que, hecha pública, vulneraría el honor del Oidor. Pero la corriente llegó tarde, resbaló en unos músculos y regresó al cerebro, la risa ya había cruzado la frontera y ~~est~~ al ritmo de la música punzaba el cuero encallecido de la cara ante los ojos asestados

del placer, que advirtiendo esa lucha interna temía el desahogo furioso del Qidor en cuanto se le pasara la risa a punto de estallar, no había risa en el mundo que alterara su ferocidad. Con cuanto la risa pasara hacia oídos a los músicos, los encerraba en esos sótanos, ofidicos sobre los que se levantaba su mansión de piedras, le echaba a él la culpa de todo y lo haría oír como otras veces junto al monolito.

Como un tajo que le hiciesen desde adulto, la risa le entrecerró al mismo tiempo la boca y las mejillas, le arrugó la frente en sentido contrario a sus ondulaciones, le forzó los ojos y la nariz ecuanime, sacudió los complicados aparatos de sus orejas volviéndolos inútiles, le anegó los conductos cerebrales con un derroche de placer. Con las mejillas resquebrajadas y la boca partida, veía como sangrando mientras las enfermeras corrían a preparar unas cataplasmas que contuvieran la hemorragia y cicatrizaran las heridas producidas por la risa que venía de esos ~~músicas diabólicas~~ instrumentos diabólicos y del pájaro infernal, y tan tranquilos que tocaban ellos, entrecerrando los ojos, como si no pasara nada. Mientras tanto la risa se expandió por el cuerpo produciendo movimientos ridículos en vientre y uniforme, golpeteo de medallas, tontas oscilaciones en la antena torcida de su gorro.

No pudiendo soportar más aquello a pesar de su capacidad acústica, el Qidor temblante hizo ^{tres} ~~dos~~ señas: una para que dejasen de tocar (pero los músicos no podían ^{hacerlo de golpe tenían que buscar antes} ~~abandonando el fin de su frase~~), otra para que el placer les entusara el queso ^{de queso} ~~retenido~~, en ~~pero~~ justo paso del placer recibido, y la última, generosa, para que se alejaran del lugar antes de que él ^{de queso} ~~dejara~~ de reír. El placer echó el queso en una alforja, ~~o~~ palmó a los caballos para que avanzaran y recomendó a los músicos no dejar de tocar hasta traspasar la colina de frontera, temeroso de que la interrupción de la música diese paso violento a la ira cerebral del Qidor.

20-7-86

Qué pena que las enfermeras acudieran tan rápido a ponerle cata-
plasmas en la cara, tapando con esos trapos las heridas abiertas
que hubieran permitido ver al Oidor tal como era, sin ^{esas} deformaciones
de dife^{rencia} o de función que lo desfiguraban, un hombrecito de esos
cielos y esos campos, sobre todo un músico en potencia. Y qué pena
que su ídolo o la ilusión de poder en que vivía le impidiera apro-
vechar la oportunidad y escaparse por la herida para volver a ser
libre lejos de arrugas y medallas. Los músicos iban ya por lo alto
de la loma; cabezas de hombres y animales, desde la playa re-
pleta, vueltas hacia ellos como diciéndoles no se vayan por fa-
vor, toquen una última pícota; y la noche de niños fijando
en sus memorias vírgenes un futuro recuerdo o sueño de hombres
libres llevando música por esas lejanías, fue el año en que llega-
ron esos músicos, dirían en su ancianidad apresurada por la
esclavitud y la tristeza, por esa loma junto a esas piedras blan-
cas desaparecieron al trote alegre de sus caballitos, ^{músicos} dirían apo-
yando los espinazos caídos en sus tristes bastones, un
caballo era negro con pintitas blancas y el otro un acuerdo
y por ahí mismo desaparecieron con su música y era un primer
de ver y de escuchar, contarían los ancianos a otros niños del
futuro aquello maravilla que fue el día más hermoso de sus
vidas; y uno de los caballitos tropezó en esa piedra y sacó una
chispita que dió un segundo, todos la vieron desde aquí y
todavía la música se oía y bueno, aquello era una alegría
como no hay dos dirían alargando las palabras para retener un
poco más aquella ^{chispa} ~~chispa~~ perdida en el invierno interminable de
los Oidores. Qué pena el Oidor bajo las cataplasmas, pena
las cicatrices que le quedarían de ~~aquello~~ aquel tajo de riva, dulce-
mente espartera su cara para siempre; y qué pena sobre todo
no haber aprovechado para escaparse por la grieta, con lo que hu-
ciera conseguido su propia libertad tan temida y los demás
se habrían librado de un verdugo.

Es recordando la loma, en el último momento de su visibili-
dad en respecto a la placita del pueblo, intruso tropezó con-

tra unas piedras blancas arrojándoles unas chispas que los niños vieron a contraluz como un fuego artificial gritando miren, miren qué hermoso; y cuando acabaron de decirlo el quinteto y sus fuegos artificiales ya habían desaparecido tras la loma, y la ~~herida~~ herida en la cara del Oidor empegaba su lento trabajo de convertirse en cicatriz.

En lo alto de la colina seseciente dejaron pastar a sus caballos y partieron una sandía, con la que también el Cuatrocientos Vices refrescó seis innumerables gargantas, iban por la mitad de la sandía cuando oyeron un galope. Los cinco músicos enderezaron sus cabezas hacia el ruido. Enseguida aparecieron tres sombreros, desdibujando el goro de Oidor que había empezado a formarse en la mente de Tey. Erán los tres barbados, vestidos para un largo viaje por diferentes ~~climas~~ climas, en el costado de uno de ellos bamboleaba una guitarra.

Se disculparon diciendo que venían para acompañarlos un trecho, aunque sea largo y siempre que ustedes quisieran, claro, de paso podríamos tomar de ustedes unas lecciones de música, provisores tenemos para rato y conocemos la zona como si fuera el diapasón de la guitarra. El Oidor no nos quiso y tenemos prohibido cualquier clase de música, salvo las marchas patrias.

Erne y Tey compartieron un mismo pensamiento: a partir de ese instante desaparecería el quinteto que acababan de formar, dando paso a una formidable banda de a caballo, con aquella guitarra y los tubos acústicos que los nuevos músicos sacaron de sus alforjas. No nos conviene seguir viaje ahora, dijo ~~uno de los~~ el barbita entrecañero enchufando las partes de su tubo; nos aguardaría la noche por unas pampas altas, ~~en~~ peladas y muy frías, infectadas de Oidores nocturnos. Mientras tanto podríamos tocar algo, aunque más no sea para agradecer el sol del Guazantle, ¿se llama así? ^{dice} dijo Tey. Es un pájaro del norte que llega aquí por temporadas, dice el barba renequida. Tiene nombre de instrumentos, dice Erne; tocar el Guazantle, ser un Guazantlista, dice el barbita fino; apinar un Guazantle, dice Tey.

La fácil lágrima de Tuy

En esas colinas arriba para el lado del poniente la tropilla de músicos vio titilar y desaparecer enseguida una mancha azul que bien podía ser una ilusión óptica por reflejos de nubes, acaso un trapo llevado por el viento o tal vez un papalote que no alcanzaba a remontarse. Veinte compases después, la mancha, ahora más definida, apareció ^{de un acto de} una colina más cercana, al parecer sobre un caballo blanco; duró unos segundos más que la anterior y desapareció otra vez, seguramente en el valle fuera del ángulo visual de los buscadores de Lumbreras. De cuya ubicación cada músico tenía una idea diferente, por lo que el pueblo, desaparecido por maldad, no por ferocidades, estaba en cada uno de los puntos cardinales. Cuando Tuy, que afirmaba haber estado allí una vez cuando era niño, apuntaba al norte con su índice ^{dos de} los tres barbaños fruncían la frente y señalaban el sur con sus pulgares, y el otro a cualquier ^{lado} parte, comiéndose a Lumbreras en una gran zona de los vicutos que los rodeaba siempre desde todas y en ninguna parte. Distraídos por la mancha azul, empezaron a desfilar y a perder ritmo. Así no se puede tocar, dijo Tuy justo en el momento en que ^{el caballo blanco y} la mancha de azul aparecían en la colina inmediata y los músicos, salvo uno de los barbaños que no había visto nada, dejaban de tocar. Con ríveres y objetos para un largo viaje, Azul desmontó diciendo que se había ^{pasado} pasado hasta allí para recuperar al único pájaro del pueblo. Claro que si me dejan seguir con ustedes, yo algo de flauta sé dijo mirando a Tuy; no sabía que tuviera una flauta dijo éste; siempre toqué en secreto dijo Azul, vestida con ropa de hombre, el caballo encondido dentro ^{de un} del sombrero de arriero. Cuando vio a Tuy y a Ene pasearse algo nerviosos intercambiando miradas oblicuas al cruzarse, y caviler a los otros sin soltar esas barbas dubitativas, habló con palabras preparadas de antemano, apuntando a cualquier parte con su flauta: Lumbreras queda por esos rumbos, no muy lejos de aquí. Se lo oí decir a unos charquis que bajaban de la esdillera.

objeción
 Azuel tenía preparadas unas hermosas respuestas para cualquier
~~pero~~ corriente: la responsabilidad, es difícil, en viaje pelagros, y
 qué haríamos si te pasara algo, peor siendo buerfancia, y muchísi-
 mas más. Pero no había argumentos para ese pasearse nervioso en
 tredos cada vez más corto ni mucho menos para esas terribles
 barbas imprevistas que no se soltaban de las manos. Era de
^{la grieta} llanto fácil y el llorar le venía subiendo, juntando lágrimas el
 llorar se le acercaba ^{sup. defaer} obligándolo a pensar en lo que decía cuando
 Eme y Tuy se deturriaban y los otros soltaban sus barbas para
 decirle no entre todos, o simplemente moviendo cabezas con mis-
 rativas, tendía que decirles bueno, entonces les dejó las pro-
 visiones y la ropa, me vuelvo al pueblo con el pájaro, y todo
 eso sin una sola lágrima, ^{por que ille rat} que te entraparía todo, probaría
 la debilidad que esos hombres estaban calculando, ya lo ves,
 no es culpa nuestra, para estos viajes se necesita mucha pre-
 sencia de ánimo, cuando volvamos de leumheras con la canción
 completa pararemos por tu pueblo y te la cantaremos.

Lo que esperaba Azuel, ya con sus lágrimas juntadas
 y listas para salir, se iba nutriendo ahora en gestos y miradas
 que se alzaban y bajaban, palabras al oído de las que percibía
 sólo el movimiento que generaban en las barbas ya sueltas,
 mientras Tuy ^{3 103 078 03} susurraba ³ hay que tener cuidado, es de lá-
 grima fácil ~~era~~ ~~nada~~ y cuando llora parte el alma. Cuando
 Azuel percibió que él no estaba decidido y sólo faltaba que se
 pusieran de acuerdo en la forma verbal que utilizarían para
 disimular su crueldad, breve y violenta, recurrió a un extremo
 peligroso, se puso a tocar sin importancia que una brisa acabada
 de levantarse ~~se~~ ^{la} ^{conciencia del gallo blanco} ~~llevaba~~ ~~lo~~ ~~que~~ ~~tocaba~~ a los centros poblados
 o a cualquiera de esos oídos que nunca faltan por allí, siem-
 pre al acecho de la canción del gallo blanco, siempre acechando
 esa música prohibida.

Tuy conocía la canción y ahora el de lágrimas fácil era él,
 las air juntar partículas para hacerse gotas viendo cómo aque-
 lla nada fácil se convirtió de pronto en objeto de la ira, y

ahora el único camino posible era protegerla incorporándola a la tropilla. Eme Calderón entrelazó con la flauta sus registros de violoncello enturando los versos conocidos, a lo que añadió, gracias a la variación de melodía que salía de la flauta, aquella parte no recuerda hasta ese momento del hombre que no siente los dolores de la muerte por tener el cuerpo ocupado por el último placer. Los barbas, que sabían de la existencia de la canción pero no la habían oído nunca, ni tampoco, ^{Juntos,} nunca, una voz como la de Eme, nada podían hacer para que se fuese casi doleroso que les recorriera las médulas; ~~convirtiéndolos~~ en varillas de hielo a punto de resquebrajarse. El zenzante abandonó sus semillas de sandía para oír un timbre que no figuraba entre sus cuatrocientas voces. Azul tocaba sintiendo que de aquel no ya no quedaban ni vestigios, y sólo cuando lo vio muy lejos dejó escapar la lapicita fácil, que ahora tenía otro sentido, como arrojándola por inútil la dejó salir mientras ella sonreía, y Tug, viendo mezcladas las cosas tan apuradas, y acordándose de la fragilidad de Azul convertida en objeto de violencia, dejó escapar la suya, que de paso lo aliviaba de la canción del gallo blanco y de la voz de Eme Calderón.

Y no imagina usted qué gusto daba ver esa tropilla tocando y traspasando lomas, cambiando de rumbo y de intuición y embistiendo hacia cualquier punto de la rosa de los vientos, buscando completar una canción que ellos mismos eran sus sabores; ~~con~~ ^{con} aquellos mandos azul ² ¹⁰ que a veces, por traqueteo de camino y torpeza de caballo, se le resbalaba el sombrero dejando escapar un contenido de cabellos que ondeaban en el viento.

El ^{capítulo} horizonte que bordeó el sur

La tropa musical del canto de Minas Altas zigzagueó por todos los puntos orientados hacia el norte sin hallar vestigios de sembreras. Las barbitas volvieron a señalar hacia atrás con sus pulgares, sin ~~señalar~~ darse vuelta para mirar el sur que defendían sin vacilaciones, y ahora esos dedos dejaban de ser un parecer, conectados ^{brújulas} en auténticas ~~señales~~. Ninguno de ellos recordó a los demás que ellos habían defendido el rumbo sur desde el comienzo. Estaban contentos de haber paseado la bandita por las orillas de tantas poblaciones sometidas por el hambre y la ignorancia, llevando una visión de libertad y de alegría.

El peligro de ~~blanco~~ ^{temer} con ellos la canción del gallo blanco en una evoltura tan frágil como la de Azul, les impidió entrar en esos pueblos y mostrarles su música desde cerca. Pasaban por las orillas sin aproximarse demasiado, pero el pasar de la banda era casi como haber entrado a tocar y a cantar. La gente trefaba las colinas para verlos deslizarse lentamente allá arriba, y cuando el viento era favorable incluso podían escuchar lo que tocaban. Y aquello era más hermoso que ir a ver pasar el tren del pueblo gemelo, ^{Y en su vida ni hombre ni animal} ~~la gente~~ Sabían que aquella bandita casi milagrera iba en busca de algo fundamental, y esto aliviaba sus tristezas de trabajo ^{sozudo} o de prisión. Sabían a un pasar la banda, en busca de un recuerdo - esperanza. Nos movíamos de tristeza aquí, pero lo hemos visto pasar con nuestros propios ojos, por allá arriba viajaba la bandita, y aunque de lejos, hemos podido oír su música, ítem componiendo la canción del gallo blanco, lo juramos por esto luz que nos alumbró. Por los ruidos de los calabozos que daban al rumbo trancitado por la tropilla musical, los presos la veían pasar como una nube alta y blanca manchada de azul, estirando los oídos en procura ríquica de una nota perdida; y a la hora del recreo contaban el hecho ~~casi~~ a los presos que no la habían visto, ~~aprovechando detalles posibles~~ en palabras les pasaban lo sucedido a pesarando detalles surgidos de sus deseos.

El charqui tiene agujeros rojos en el cuerpo, pero recién nacido, como el descendiente del valle de Rimbaud. No oye ni oírse música, ¿habrá choques en la muerte comunicando por?

solitarios. La bandida, una nube de pájaros, dijo un verso; y esa simple comparación lo demostraba que la libertad era posible todavía.

En cuanto la tropilla empezó a internarse en el sur, el Cuatrocientos Voces abandonó las arcas del caballo de Tuy y volando bajo, a la altura de los caballos, se fue quedando rezagado. Aquellos climas no existían en su mente ni mantenían relación con ninguna de sus múltiples gargantas. Nadie advirtió la falta, y él siguió un trecho todavía, pero tomando altura ^{en busca de su vuelo al regreso.} Bajaba al trote la bandida cuando alguien gritó: ¡miren, el Zenzante se ha quedado. Era apenas un punto gris por encima de la colina, parecía ~~se~~ suspenso en el aire; allí quedó hasta que tanto él como los músicos dejaron de verse, borrados por el horizonte de una colina más alta. San pájaros del norte, dijo un barba, nunca lo vimos en el sur. Es el único músico, comentó Ene, que cumplió lo que dejaron los demás: acompañarme un trecho solamente.

Y viera usted cómo flaqueaba la se a que mientras el pájaro regresaba al pueblo; cortando vientos por encima de lomas conocidas; llevando encerradas por esos aires ^{limpios} sus cuatrocientas voces diferentes.

Es el Zenzante, dijo Azul

El regreso del único pájaro de su pueblo permitió a Tuy ver claramente la forma de su proyecto de canción. ~~esta~~ La letra era lo ocurrido y la música llegó sola; ^{en ropo de d'40.} mientras pesaba como un puñal y a la vez cantaba camporinado. Seguramente el pájaro aun no había llegado ^{su destino} y la canción ya estaba hecha. Arrimó su caballo al de Calderón y le pasó las dos voces apoyando el ritmo en las patas del sego. Él se le pidió por favor que repitiera una de las voces y se ocupó él de la otra. Cuando los oyeron cantar, los demás se arremolinaron alrededor de los solistas, conteniendo a golpe de rienda corta el paso de sus caballos para acoplarse al ritmo del caballo y la canción de Tuy, me-

tiéndole dorillos y otras figuras ritmicas acordes con la vivacidad y humor de la canción, rejeando la melodía para poder participar con variaciones en una nueva ejecución. Ahora ^{1º} dijo Euse Calderón cuando acabaron, los chasquis ^{tenían que ponerse} se ~~lo~~ pondrían de rodillas.

Nueve colinas más arriba, ^{un} chasqui músico sacudió el dño, ^{el} sin acompañamiento ritmico de la topilla por respeto a ~~su~~ la capacidad de su memoria. Es tan cierta esta música, les dijo, que casi ~~las~~ podía memorizar las dos voces juntas. Pero cántelas separadas, así ^{me} será más fácil meterlas dentro del ~~mi~~ caracol. Hoy mismo llegarán hasta los últimos rincones de la cordillera, y mañana a primera hora la podrán cantar en todas partes. Son sumamente codiciadas estas músicas alepes.

Se ~~peró~~ ^{peró} montado el final de la canción, listo para salir apenas acabare, ajustándose el sombrero, ^{mi} ^{entre} ^{memoria} ^{se} ^{iba}, para que no se lo volase el viento artificial que creaba la velocidad. Los chasquis músicos, ^{no} ^{podían} ^{decir} ^{adiós}, ⁿⁱ ^{preguntar} ^{nada}, ⁿⁱ ^{mostrar} ^{ningún} ^{dedo}, ^{seguir}, ^{para} ^{no} ^{distrarse}; sólo podían salir y galopar hasta el próximo, que ya estaba esperando en actitud de partida. Sin esperar que acabare la última nota, cuyo valor se deducía, como cuando en un juego ~~se~~ escapó el chasqui loma arriba ^{ya} ^{eran} ^{de} ^{ver} las ganas de volar del caballito atravesando neblinas bajas sin soltar ni una sola nota de la canción de Tug.

Mucho tiempo esperó ~~inútilmente~~ ^{inútilmente} en silencio la bandida. ~~inútilmente~~, la llegada del sonido del caracol del chasqui anunciándole al ríspiente su llegada. Partaron ~~inútilmente~~ ^{inútilmente} casi toda la luz de la tarde y cuando ya se marchaban, apenas con la claridad necesaria para encontrar su sitio donde dormir, alcanzaron a oír un lejano sonido discutible. Es el caracol, ^{aseguro} ^{asegurado} ^{seguro} como de los borbitas; como un lamento, imaginó Tug; ^o ^{el} ^{gentil}, dijo Azul. Mañana mismo, dijo Euse, los músicos de Minas Altas la estarán tocando a orillas del río; después la descuantizarán, y ya con las piezas sueltas, de cada compás sacarán otra canción.

24-7-86

Canción con agujero rojo

La bandita milagrosa no pudo pegar un ojo, excitada por el día de Tey; cabalgó todo la noche y con las primeras luces alcanzaron la recta de los chasquis a ver si, aprovechando el descanso nocturno de esos mensajeros, podían adelantarse y repasar la canción de chasqui en chasqui por esas lomas altas. Verla saltar de chasqui en chasqui era excitante para Tey, computar si aquellos hombres, por inevitables efectos de trasvase, se le habían alterado demerado, o por afán de divertirse, se hubieran apegado variaciones por su cuenta, como solía suceder, hecho deseable este último por cuanto mejoraba la versión original.

Desde ayer por aquí no ha parado nada, dijo el chasqui; ni mensajes cantados ni pieza musical. Por la hora en que lo des-pacharon, debió pasar por ^{esta posta} ~~aquí~~ antes de la noche, o ahora mismo debería estar llegando. Preeben un poco más abajo, seguro que toparán con el chasqui que la trae.

En fila india por el sendero de las, los cascos caballos iban arrancando sonoridades metálicas. Los jinetes, silenciosos y medio entre dormidos por velo y traqueteo, llegando a cada curva esperaban divisar el filo de la canción de Tey. Protegida por un cuerpo vivo, que es el lugar donde existe la música, no en los instrumentos, de los que se sirve para llegar y desde allí regresar a los cuerpos vivientes que la contienen, permanente trasvase de ida y vuelta. Por ahí, gritó Azul señalando hacia el final de la recta; las cabezas se sucedieron y en demerada vieron pasar y desaparecer un penca blanco. No se asustaron los caballos, seguramente canciaban dormidos.

É también dormía el chasqui de la posta siguiente, por soledad o por la altura. Dormido les ofreció una ceba de agua nacida en un deshielo muy lejano que por allí paraba tibia. Por esta ruta, dijo, ^{no} jamás ^{se} ^{ha} ^{perdido} ^{nada} ^{en} ^{los} ^{últimos} ^{tiempos}. Preeben un poco más abajo, a lo mejor viene viniendo. Perdersé, no lo creo. Pero puede haber accidentes; las postas de allá abajo ya no

no es el mismo charqui al que se lo entregaron

con los ojos sin objetos, como mirando la arboleda invisible, un cielo tan grande por su pequeña muerte.

son seguras; accidentes que pueden provocar en los charquis la pérdida de su memoria, de la misma manera en que una mujer se desbaranca. Si la pieza no ha llegado hasta ahora ~~es~~ es casi seguro que tendrían que rescatarla. Cuando un charqui por a o por b demora un mensaje y llega otro antes de que haya entregado el anterior ~~al otro charqui~~, se ve obligado a memorizar el nuevo y en el acto y para siempre olvida el ^{otro} anterior. Por eso cuando hay muchos mensajes que pasar, los remitentes dejan pasar un buen espacio entre uno y otro calculando el tiempo de modo que no se atropellen los records. Preserven un poco más abajo pero no demorados; si ustedes son gente ~~de~~ bajo la mira, sepan que por allí hay peligro, a esas postas de ^{abajo} ~~abajo~~ llegan todavía, ~~cuando con poca~~ las balas que los gendarmes tiran desde abajo.

Se encontraron la pieza después del mediodía. Bajo un ~~cielo~~ cielo de bóveda visible como una inmensa arboleda. Tendido sobre una pequeña planicie, sus dos roces en una. A la derecha de su pecho, un bolsillo profundo lleno de papeles en el chaleco ~~compartimentado~~ semelo del de la izquierda, un agujero rojo. con los ojos sin objetos, como mirando la inmensa arboleda invisible, un cielo tan grande por su pequeña muerte. A sus pies el caracol marino, con un agujero en un ~~cochete~~ ^{cochete} y en su interior un plomo de redondez adaptada. Y más allá el coballito que los miraba desde su aburrimiento.

Lo atravesaron boca abajo sobre su caballo, cediendo toralmente, como si se tratara de un instrumento musical, sin movimientos bruscos que pudiesen deraparlo. Al quitarle el sombrero, bambolearon ^{un poco} las manos cuarteadas por el frío; tembló el cobello ralo entreabriendose para dejar ver en partes la maravillosa cabeza ya ciente que contenía todavía, aunque emudecidas para siempre, las dos roces de la canción de Tury, sacando alguna variación que el charqui mismo le hubiera agregado para hacer más llevadera la monotonía del canino.

Al cantor de Mías Altas improvisó una canción de despedida, entregándole al dolor por la muerte del charqui las invenciones cantadas en el regreso del zenzantile.

Viera usted cómo se lo llevaban por esas soledades. Viera usted qué tristeza era tropilla. (Aquí debe seguir algo del sistema ~~de~~)

25-7-86

Extrañas ceremonias de la tribu

Cuando el sexteto de a caballo formado por un Eme, un Tey, una Azul y los tres Barbas llegó a esa sierra verdosa que separaba a la cordillera de los Llanos, ya no existía como tal. En los pueblos recorridos se habían incorporado dos arpas indias, tres caracoleros, dos charangos, una guitarra de cuatro cuerdas, una ^{que se tocaba con los brazos} percusionista de calabazas, dos músicos sin instrumento que utilizaban sus cuerpos para tocar: palabras, silbidos y chistidos, mucho golpeteo de pecho y manos y zapatos combinado, que hacían maravillas, y un violín de leño. Desde la cima del último arrabal de la cordillera, la formidable tropilla contemplaba esos llanos interminables donde comenzaba la civilización, en los que Lumbieras, por alguno de los puntos de esos horizontes, ^{se impulsaba} estaba contenida en situación de olvido. Al sitio de la canción del gallo blanco, dijo ^{lo de Azul} Tey ~~tenido~~ trazando un arco en el aire, y a lo lejos abajo había puntos negros, acaso montes, acaso poblaciones, y bajo la luz de aquel escandaloso girarol que declinaba arrojando sus víctimas líneas luminicas a lo alto de la cordillera. Desde los llanos empalidados, los ~~dirigidos~~ caballos y sus jinetes misicos aparecían inundados en la luz, según Tey lo intuía buscándole una expresión sonora al hecho; para él casi todo era tema de canción, algo a comunicar a los demás, mensajes urgentísimos que los charquis veloces desparramarían por el mundo. En sus deseos, la banda ²⁵¹ iluminada recorría los pueblos cordilleranos como una gran fotografía en la memoria de los charquis; pasaba por su pueblo, llegaba a Brinas Altas; la ^{increíble} grandiosa fotografía iba de mano en mano, llegaba a las personas de quienes se había hablado ~~era~~ el cantor, miren, aquí está Eme, decía Emebe; y este de aquí seguramente es Tey, decía Jotazeta, aunque ignorara su existencia. ^{o canchero} Desde cualquier cerro cercano de la cordillera, la banda era diecisiete sombras largas de hombres y caballos que bráncose en las rocas, pero

por ellos las secuencias lógicas, el cambio de situación
final parece confuso.

28-7-25

esta percepción no entraba en la intuición de Tury. Incluso la otra se le borró, y con ella la pieza que pensó componer, después de dos jornadas cabalgando por aquel desierto donde el conjunto de jinetes, ^{en} ~~por~~ relación con esos espacios inmensos, volvía a ser una mínima bandita compuesta por tres o cuatro saltimbanquis.

El viento trajo primero un olor a carne asada y suspirada gemidos de cabritos; después vieron el humo y aquello es Santa Gema dijo el barba quitanista, Santa Gema la Vieja, que está más en una canción que le han hecho, porque aquí está desapareciendo. Sin embargo, cuando perdieron ^{personas} nada a la salida de unos matorrales, había allí casi tres mil ^{personas} gentes, sentadas a larguísima hilera de mesas plegadizas.

En Santa Gema Vieja, les dijo una anciana, con el que enterramos ayer son mil quinientos setenta y tres muertos en el cementerio y cuarenta y nueve ~~que~~ ^{quedaron} personas que vivimos en esas casitas que ustedes pueden ver. Toda esa gente que está ~~ahí~~ allí llegó esta mañana de la capital, clavaron esos postes, tendieron esos hilos y dicen que esta noche tendremos luz eléctrica. Será un milagro más de Santa Gema. Llevan comidos unos quinientos calitos, quedan por desollar unos sesenta; los de aquellas filas de mesa todavía no han probado ni un bocadillo, y es casi seguro que se quedarán con hambre, salvo que también maten a las calras. Si lo hacen, ~~que~~ Santa Gema ^{no tendrá más remedio que desaparecer.}

Unos hombres sacaban calitos vivos de un canchero y se los entregaban a otros que allí mismo los desollaban ^{que} sin ruido y los paraban a los desolladores, que quitaban ^{los cueros} con un par de golpes de cuchillos y los arrojaban a ^{una} pila donde zumbaba mego el mosquero. Las entrañas, trozadas, eran mezcladas con la sangre recosida en ~~unas~~ ^{las} tinajas y ponían todo a hervir en unas grandes pailas. Los calitos, abiertos y salados, caían sobre ~~unas~~ ^{las} camas de hierro convertidas en parrillas, desde ^{las que} donde unas ^{de} muchachas machadaban de trenga y flor en los cabellos llevaban los trozos a las filas de mesas bajo ~~edificios~~ ^{edificios} extensos

ramadas de paja y hojas de maíz, mientras otros cian escanciaban el vino a grand con cucharones y los ~~tres~~ mil comensales masticaban y ~~hablaban~~. Hablaban mezclando el vocerío al gemido lento de los calritos de Santa Gema la Vieja perdida en el desierto.

Los músicos comieron las raciones que les dieron los asedres y salieron a recoger las mesas y el carnicó en busca del novio de los novios, estaba claro que aquello era una boda. Novio de traje azul y bigotito fino, novia envuelta en ~~tres~~ tulles con flores bordadas y en las manos ramo de azahares como en los retratos, dijo Eme Calderón lanzando un pensamiento directo hacia Enebé.

Como las ~~tres~~ mil cabezas masticantes apuntaban, en las distracciones del canser, hacia un mismo centro, Azul y la percurisista de calabozos se pusieron de puntillas tratando de divisar allí la cabeza coronada de la novia. ¿Se ve algo?, preguntó el guitarrero de cuatro cuerdas. Un gordo mofletado rodeado por un montón de ^{mujer de los canseros} policías, contestó ~~los~~ de las calabozos; y un cura con un ^{gorrito} sombrero colorado, dijo Azul. 26-7-86

Las casas de adobe de Santa Gema, la mayoría deshabitadas, se apuntaban formando una calle ~~polvorienta~~ polvorienta por donde transitaban burros grises del color del desierto, ^{gallinas recién} y unas viejas de pelo blanco encorvadas en sus vestidos negros, llevando atados de leña sobre los hombros o baldes de latón con agua de la vertiente. Con la iglesia abandonada, de techos derruidos, crecían hierbas junto a las alfombras. Con el altar descascarado de saritas sin pelos ni varices ardían todavía las velas del te dema cebra-do por la mañana, y los gatos que vivían allí habían vuelto a sus ritos tras la ceremonia ocupando el altar y los nichos donde dormían junto a las inscripciones, y los jorillos por donde se paseaban con las colas levantadas, relajándose de gusto por los trozos de calritos que les habían tocado en el reparto. Con las dos torrecitas de su fachado lacrimógena había unos altavoces ~~conectado~~ por cables al tendido de la calle, ocupando el lugar de las campanas que verdeaban en el suelo, caídas en el último

terremoto, y detrás de la iglesia un conjunto de coches y camionetas junto a mulas y caballos atados a las ramas de árboles secos.

Vengan a ver, dijo el Barba uttecano y los condujo entre los ~~escuderos~~ de joyas a un extenso terraplén desde el cual las voces del banquete casi no se oían, miren eso dijo señalando una fila de aviones parejitos como caballos de carrera, ocultos, apartados, como protegidos por cristales enormes, ~~crystalos~~ como armas o secretos, como culpas escondidas brillaban los aviones de hélices intrépidas, con todo el desierto para ellos. Los músicos caminaron bajo sus alas y tocaron sus hélices, el viento de oleaje con escudos estampados, adivinando el interior del aparato, los secretos de su vuelo; como si se tratara de la caja sonora de un instrumento que se lo miraban.

Los calientes ya no sentían más. Bajo las parpadas las horas se desmoronaban en cenizas y más allá del horizonte se enterraba el sol tirando sus últimos flecos hacia arriba, por lo que Santa Genia la Vieja se empalidecía a ras de tierra y brillaba todavía la cima de la sierra vedada donde la banda de la canción del gallo blanco había sido una fotografía iluminada al mismo tiempo por los rayos solares y la intuición de Tey.

Un cordón de policías rodeó a los cameramen separándolos de la multitud que ~~se venía de los pueblos aledaños~~, a pie, montados o en canchales para ver la ceremonia, ^{accesada por los vendedores} de ~~manejamiento de la luz~~ ambulantes que ofrecían globos, muñequitos, caramelo y tortillas, estampas de Santa Genia, medallas y amuletos. Miren qué lindo dijo la de Azul señalando un carrito de helados atraído por un burro saguero.

El gordito inflado, otro señores y el cura de gorrito se pusieron de pie haciendo ^{se levantaban} saltar aplausos hasta el otro lado de la ^{donde los curules} valla de policías, hasta subir a un palco apenas visible en la penumbra, rodeado por mujeres más lujosas ^{que} violines, que en cuanto se movían despedían perfumes que trepando por tres cuerpos tatuados con abejas alcanzaban las alturas de sus sombreros adornados con las plumas más blancas de los condores.

Y comenzó a funcionar el generador de corriente eléctrica, lejos, hacia el lado de los aviones, para que su ruido de tos metálica no perturbase los discursos. Con el palco ya oscuro, una tijera relució a la luz de una vela, con la que el ~~señor~~ ^{señor} ~~grito~~ ^{grito} ~~moftudo~~ ^{moftudo} o novio de la boda cortó una cinta mientras el de porrito carnavalesca salpicando con ayes un tablero lleno de botones y palancas. El novio, sin novia visible, movió una palanca que le señalaron, cuyo clic apenas se oyó, ahogado por el oír de la multitud iluminada por docientas lámparas eléctricas, al tiempo que relinchiaban y se encalataban los coballos y parpadaban las gallinas sorprendidas en lo alto de las ramas secas, en trance de poner riendo que aunancia olvidaban que no estaban en sus ruidos, y los huevos se lescaían, viera cómo reventaban amantillando el suelo, qué tremendo poder el de ^{esa} ~~la~~ palanquita.

Parece que la calle de Santa Juana siempre fue triste, por esa curva innecesaria que tenía siendo tan corta como era, esas cañitas torcidas por el viento, pero bueno, era un sucesos edificio en ese campo abierto, su referencia visual, y toda la llanura circundante estaba al servicio de ella, conteniéndolo como a un orzuelo. Ahora, con las luces ^{poliédricas} ~~mortecinas~~ de sus cuatro farolitos, esos postes y esos cables mal tendidos, esos conos de sambla y el silbido solitario del viento por los vidros, era apenas ~~el~~ ^{el} arrabal de ~~la llanura~~ ^{una ciudad} perdida, el rincón más oscuro del cabutelio, el sitio melancólico, y sólo faltaba que empezase a caer una ^{isimá} ~~finis~~ garcía para llorar de tristeza mortecina.

Existísima también quedó la iglesia con un farolito en cada torre, dos chorritos de luz lacrimosa cayendo sobre las campanas semi-enterradas, donde hacían su fiesta los lagartos y por la noche correteaban las hormigas girando inútilmente por los bordes. Y más triste todavía la lamparita que colgaba a la entrada, que, en vez de alumbrar, lo único que conseguía era reflejar en ojos de los gatos que lanzaban sus ^{verdes} ~~dispas~~ desde el fondo del altar oscuro y lo profundo de los nichos de los santos mutilados. Hasta esos olvidados rincones llegaba el poder de la palanca movida

por el novio, haciendo girar de paso alrededor de los faroles de las torres, atropellándose entre ellos y abrazándose, los miles y miles de insectos de varias leguas a la redonda, que atraídos por la luz llegaron durante toda la noche a Santa Feema.

Pero el verdadero altar era aquel palco, acaparando luces y mujeres. Allí las lámparas se molestabas entre ellas una junto a otra, y juntando sus luces envolvían al palco aislándolo del mundo. Al otro lado de las sogas que lo protegían, los fotógrafos cívicos alzaban sus cámaras para no perder detalles; todo allí era importante, aparte de las lámparas y el novio silencioso todavía; las mujeres cejijadas, las cintas de colores clavadas a las tablas, los clavitos que las sostenían, el tablero y su palanque fulgurante, el bisopo del cura colorado, las papadas del novio, los bigotes del locutor que sostenía los papeles del discurso, los policías que ni siquiera pestañeaban, las cuatro patas del palco forradas de papel brillante, los bordes de las tablas donde se apoyaban las manos femeninas se despiden uñas, las espadas doradas, los revólveres negros, las ~~esta~~ medallas y los gorros, el pañuelo del gordito sin novia secándose el sudor, el casco de bronce de un bombero, la morca que curioseaba entre las lámparas, el tul casi invisible que envolviendo al palco lo protegía de los hidros de luz, los banderines y estandartes, el clarín de las batallas, el micrófono plateado, ^{los altavoces sembrando el pánico} los pensamientos altísimos que, por influencias del atardecer, miraban aquellas cabras invisibles reflejándose en las lentes de las cámaras. Y al tiempo que los fotógrafos levantaban ^{sus máquinas} las cámaras, al otro lado de la valla de policías las madres levantaban a sus hijos para que saludaran y dijeran adiós a ese palco luminoso que parecía navegar ^{en} el desierto, a aquel barco arbolado ~~por~~ con las plumas de condor de los altos escombros desprovistos de luces de aquellas mujeres armoniosas con forma de violeta.

Con voz de ruidos hombres duplicados el locutor dijo hola hola, como para los altavoces del palco, dijo Oye, otro para los de las torres de la iglesia, solitario y sin agentes en el fondo

de la calle, se holo ~~(se perdía en el desierto)~~. andaba solo toda la noche muriéndose de miedo en tanta oscuridad hasta perderse en el desierto. Por esas horas, además de destapar los cables conductores de la voz, fueron usados por el locutor para afeinar su garganta y una vez comprobada la perfección del sistema entregar a aquella gente la palabra rutilante, que era su preferida, dicha ~~ent~~ en deletreo moroso, ^{y moroso} empujando a una sílaba con la otra. En realidad dijo "en esta noche rutilante", pero el en esta noche, dicho con pocas ganas si se quiere, fue absorbido por lo rotundo del rutilante, que se demoraba y se luchaba en el espacio, crecía el rutilar alumbrado por sí mismo, era más fuerte que las luces de las lámparas, se elevaba sobre el palco tejido por miles de miradas; ~~y alejándose desprendió de su núcleo~~ ^{luego} giró sobre la multitud atenta y al alejarse desplegó desde su núcleo una enorme cola refulgente, como un cometa sobrevoló la calle convirtiendo sus cuatro faroles en velas miserables; y se perdió en la ~~noche~~, pero quedó rutilando en la memoria.

Después de esa palabra, las del novio o lo que fuese parecían quijaras, choqueos, y en cuarento querían rutilar se apagaban como diaspas de carbón, fosforitos mojados que se des-cabezan al rasparlos. La gente los oía sin escuchar. Además los leía con trabajo, repitiendo sílabas equivocadas, y eran tan monótonas que apenas salían de los altavoces se caían al suelo, donde eran pisoteadas, o por falta de dirección las que salían del palco chocaban con las que ^{venían de} salían por los altavoces de la iglesia, y por poco no volvían a su boca; y para colmo cuando se apagaban las del palco llegaban las de la iglesia y de ese modo en vez de uno decía dos discursos.

En este día glorioso, dijo intentando imitar pobremente el en esta noche rutilante del locutor mientras los músicos, maravillados por los momentos que estaban pasando, se tapaban la boca conteniendo carcajadas. En el duplicado que venía de la iglesia, más claro que el original que salía por los altavoces del palco, decía que había resuelto asumir su cargo

¿cuando se toma? ¿cuando se el esperpento?

Verás este signo de la máquina cada vez que sea necesario, puesto en las páginas precedentes que lo necesitan

Pero, ¿no se fuerza a esto? darle más fuerza a esto.

hilos eléctricos por donde circulaba pertenecían al gobernador; a partir de ese momento nunca más en la vida el locutor podía lanzar libremente por los hilos la palabra rectilante, la guardaría para siempre en su memoria silenciosa en forma de recuerdo para la vejez, tiritando solo en bastón les decía a sus hijos y nietos yo dije una vez en Santa Jena la palabra rectilante y todo el pueblo tiritó de gusto; a partir del momento de la jura, en cuanto el hombre jurador separó los dedos de aquel libro, todo lo que había allí, hombres, mulos y caballo, las ancianas acuatras y leñeras y los niños por nacer, ^{los bucos} ^{voudeiros} ^{de holo de} tendrían que pedirle permiso para moverse, porque a partir de ahora el aire era enteramente suyo, y en ese aire estaba contenido todo. Ahora comprendo, le dijo Ene Calderín a Tey, por qué el Sictenerino me persigue. Es una suerte haber hecho este viaje. Ahora comprendo por qué ^{no quieren que exista} ~~persigue~~ la canción del gado blanco. Es una tribu muy extraña, dijo Tey; la conozco desde siempre pero nunca he podido entender sus raras ceremonias.

29-7-86

Hasta el momento de la jura, la ceremonia había podido ser desviada hacia una boda alegre. Pero en el momento de apoyar la mano en el libro perdió esa posibilidad; sus atributos de novio feliz se borraron y cuando la retiró después de jurar, el tía con que los demás lo identificaban se partió en mil pedazos dando lugar a un Excelemia que lo aislaba, a aquel grito feliz desaparecía para siempre. De ahora en adelante, nadie podía tocarlo ni acercarse demasiado; si alguien le alcanzaba un vaso de agua lo había desde lejos, en la punta de un palo le arrimaban la ropa y la comida; ya no podía reírse de los diestres ni alegrarse con la música y el vino; ahora menos que hombre era una comunidad el pobre gado terrible, ahora tendría que matar y decir que eso era justo. Con cuanto tomó ese poder que el igual que la novia nadie vio, el locutor y demás hombres se apartaron, las mujeres violines quedaron aplantadas contra las barandas del palco haciendo reverencias, y nunca más en la

No limitarse con la extensión de este capítulo; ni tiene que tener 100 páginas, que las tenga. Es muy importante.

Sant-Juan a río calientes y río luz. Cuando avanzaron los aviones en los 20 carritos de St. Juan se encendieron las velas.

vida nunca nadie lo llamaba amigo. Es un pobre hombre, dijo Émile. Me da mucha pena, dijo Tuv; conozco al señor de un pueblo, lo he visto enseguese sin saberlo; y este ex gordito que ha perdido la alegría nunca sabrá que al final de la ilusión que ha elegido lo está esperando la tristeza, lo único que verdaderamente mata; ahora mismo, al tocar ese libro, ha recibido la primera penalada.

Apenas los del palco, seguidos por los censurales, se dirigieron hacia los aviones, se abrió la valla de policías permitiendo el acceso de los visitantes a las mesas con las sillas del banquete. Quedaban muchos huesos con carne todavía, bastante vino en las vasijas, y las cabezas de los calientes apenas habían sido tocadas. Cuando ^{ya} todos estuvieron dentro del ~~avión~~ de los aviones, coches y camiones, se apagaron las luces. El generador ~~se~~ calló, permitiendo un descanso más tranquilo a los gatos de la iglesia; las nubes de insectos alrededor de las torres volviendo al desierto, por las ventanitas de las caritas temblaban otra vez las velas. Los electricistas subieron al generador al avión que lo había traído. El último en subir fue el locutor. Da mucha pena, pensar, le dijo Tuv desde el caballo a la orilla de un ala, pensar y pensar que esta gente que hoy conoció la luz se quedará sin ella. Con voz modulada respondió el locutor: y qui quiere que hagan ellos con un generador; de donde sacaron combustible. Les dejamos los postes y los hilos, así lo ha querido el gobernador; y usted no podrá negar que cada vez que los miran recordarán una noche mutilante.

Y su rutilante, pese a la modulación, sin altavoces no alcanzaba ni siquiera a alumbrarse a sí mismo, se le apagó en la boca, cayó al suelo, se perdió arrojado en el tierral que consumían los motores del avión.

Dicen que Santa Rita, con sus más de cincuenta mil habitantes, es un oquillo del desierto. Demante más de treinta años he sido en fotografías y puedo asegurarte que se merece ese título. Una ciudad muy vieja, la fundaron los españoles, y si no prosperó más fue por culpa de los terremotos, que la temblaron no sé cuántas veces; tengo fotos de derrumbes en pleno movimiento sísmico, una campana cayendo desde el campanario, que ganó el primer premio en un concurso. Hace mucho calor y en verano falta el agua, pero los trenes la traen de la capital en los días más críticos. Se un tiempo fue zona palúdica (fijese el agua que había entonces), pero en la actualidad no queda un solo mosquito; fueron diezmados por la sed. Fue fundado en este lugar creyendo que ~~en~~ ese cerro que tenemos casi encima era de oro y plata. Después resultó ser penas piedras y caetoz. Está llena de terminales de fábricas de la capital, donde se envasan sus productos. ⁷⁴ Tiene dos cenes, un museo indígena, una iglesia, una cárcel, una ~~casa~~ casa de juezo, una sala de primeros auxilios, ^{pequeño} un protitebeo, ^{un} ^{zoológico}.

A mí me informaron, dijo Eme, que usted podía darme noticias de Lumberas. ⁷⁵ Conserve los negativos, dijo el viejo abriendo un armario repleto de rollos negros; ~~pero~~ se los puedo mostrar en la ampliadora, ^{de} ^{adiverto} ~~pero~~ ~~así~~ que son como ^{como} ~~dos~~ unid. Pero Lumberas ya ^{casí} no existe; la han tapado los médanos. A lo mejor encuentre todavía algún tcdio, algún horcón medio sepultado. Pero dígame entonces qué es lo que quiere que le muestre de ese pueblo, qué es lo que anda buscando. Dicen que allá vivía mucha gente alzada, por eso la arrasaron. Buena a mis padres, dijo Eme.

El viejo manoteó unos rollos como quien juega en su mano muía, apajó las luces y proyectó la primera figura en la ampliadora, ~~sea~~ dijo escena de una festa de cumpleaños in-

Acaso haya que pasar esto en forma dialogada,
con acción, para que lo pida.

cuando el punto desaparece quedamos
Papeler y facturas.

fantil. Veo, dijo cubriendo el negativo con imágenes de la misma
fiesta; creo haber retratado a toda la gente de Lembebras, ya
sea en fiestas o en esos retratos que vendíamos en menestralidades;
pero ignoro los nombres, yo no podía decirle quiénes quise.
Si usted pudiera darme algunos datos, a lo mejor se me refresca
la memoria. No los tengo, dijo Eme mirando un niño en una
cena; me interesaría una copia de ese niño. ^{Esta fue a la foto, digamos} En este mismo
negativo, dijo el viejo haciendo avanzar, hay fotos más lo-
gradas. Entonces era una costumbre hacer retratos de niños
desnudos en la cena. Miré qué lindo es ese, y éste y éste.
Elija el que ~~es~~ usted quiera y se lo copio. El fotógrafo dio
por visto ese rollo aunque faltaba ver todavía varias tomas,
lo deslizó silenciosamente sin ~~permanecer~~ pausas para la percepción,
como sombras en movimiento para el resto. Son todos niños
en sus cenas, dijo el viejo retirando ^{el rollo} los negativos.

No tengo datos, no sabía, dijo Eme. Era un matrimonio
joven con un hijo pequeño, y en la casa había dos cajitas
de música gamelas. No tengo fotos de cajitas de música ni
recuerdo haberlas visto en Lembebras, dijo el viejo defraudatorio,
tras una rápida atención a su memoria inutilmente acumula-
tiva y repetitiva; pero de matrimonios jóvenes y de sus bodas,
juntos ^o separados, puedo mostrarle todas las fotos que quiera.
Una de esas cajitas, dijo Eme, la robaron el día de la matanza;
de la otra no se sabe. Miré qué novia más bonita, dijo el vie-
jo, el detalle de los encajes del vestido, la sombra de los azahares
en su pecho, el juego de los grises. Y éste es el novio; fíjese en
la nitidez del pelo de las cejas; esas puntitas son las niñas de
los ojos. Esta otra novia también es muy hermosa, mire esa risa
pícaro que tiene.

Por favor, dijo Eme, vuelva el negativo a la novia ante-
rior. El viejo alzó la lente y la proyectó más grande. Eme
vio crecer sus ojos y que el cabello, fuera de la teca, chovea-
ba desbarramándose por los bordes de la mesa. Aquella cara
le comunicaba algo, de alguna manera se conectaba con lo que

No es y... quiera venderle las fotos; puedo regalársela;
pero me pasa que está con sus padres. Podrían hacer
otras, si le parece; pero luego q. hablarle con facilidad así

se decía de ella en la canción del gallo blanco. Espere un poco, dijo
el viejo aflojando su tornillo; e hizo girar la el domo de luz
horizontalmente y proyectó, ~~en~~ sobre la pared, a la
posible madre. Allí tiene usted la foto con todos sus detalles.
Ene contempló la enorme mujer, buscando en sus alrededores al-
gún cofre, una cajita de música; pero en los alrededores no ha-
bía nada, toda la foto era su rostro, los pedros salpicados con
la sombra del ramo de azahares. ~~Esos labios carnosos, dijo~~
~~el viejo, son parecidos a los suyos. Fijese bien, tiene usted la~~
~~misma boca boca.~~ La fijez de la imagen, el tiempo que paraba
y el deseo de encontrarla rompió en su resistencia a la duda y lo
desconocido, y se entregó al agar de hacerla suya. La sentía como
la cicatriz de una herida olvidada, que está en el cuerpo sin em-
bargo; ~~domida en él como una sombra en otra.~~ Seguramente cualquiera
de las madres sepultadas en esos rollos negros del armario del
fotógrafo podía ser la suya, de la misma manera que los hom-
bres de Minas Altas eran todos padres de cualquiera de los niños.
Para qué entonces seguir buscando más allá, si esta enorme es-
tatuilla ^{con un feto tan dulce} desde la pared le estaba ofreciendo ser su madre, aunque no
hubiera alrededor de ella ni cofres ni mandiles ni cajitas de mú-
sica; ofreciéndole al mismo tiempo el rápido hallazgo de su padre,
apenas en el negativo de al lado con esos nitidos detalles de la
mirra de los ojos, el hipotímico.

La ~~imagen~~ imagen de la novianada abarcando toda la
pared era como esos templos que los pobladores precolombinos
dejaron en memoria de los dioses de la lluvia. La fachada,
un gran rostro, donde la puerta era la boca que daba acceso
a una ^{diplaza} ~~ambito~~ vacía; uno podía estar dentro del día compartien-
do su silencio de siglos, y las paredes ^{pelosas} ~~adornadas~~, la nada pre-
natal o el exilio de una raza. Aquella sombra en la pared era
un eco de la violencia. Padres desconocidos y desaparecidos,
pensó Ene, que dejaron sus formas en una vaina, un monu-
mento, unos adornos como representaciones de sus amores, y
que se quedaron solos, sin vínculos ni amores ni recuerdos, porqu

acaso la paternidad ^{para nosotros} (es una ilusión; y era terrible pensar en la so-
lidad de aquellos padres repartidos en objetos de barro. Ante
la sombra de la tremenda madre, sentía que su costumbre de
cantar era el sentimiento de un origen, de una certeza que deno-
ticia, del que su canto era una prolongación o muestra; y
ahora que la certeza se diluía en esos mil negativos sin memo-
ria cierta, el origen sustentador se desprendía y le quedaba el
canto solamente; despojado de padres y de origen, (el canto era
ahora su único fundamento.

Los labios carnosos son parecidos a los suyos. Si se fija bien, usted
tiene la misma boca. El viejo corrió el negativo para el lado del
protopadre, la inmensa novia desapareció. Mire, le dijo; los hijos
siempre heredan rasgos de los dos. Y no me va a negar cuánto
se parece usted a este novio, sobre todo en los ojos. El tenía
más o menos la misma edad que la suya cuando lo retraté.
~~¿Puedo saber se no el nombre de sus padres?~~ // Tengo solamente las inicia-
les de los amigos, L.C. o algo así, dijo Cuel. No es que yo
quiera, dijo el viejo, venderle estos retratos. Puedo regalárselos
si los quiere, ahora mismo se los copiaba. Podemos buscar otros,
si ~~no~~ le parece; pero dudo que hallemos uno parecido así. Y den-
tro de las conjeturas, yo creo que estos novios tranquilamente
pueden ser sus padres.

Cópielos lo más grande que pueda, dijo Cuel; los recoje-
ré a la vuelta. Y ahora dígame para qué lado está Lencuhe-
ras. ²⁰²⁹⁰ El viejo ²⁰²⁹⁰ ~~to~~ ~~acciona~~ encendió las luces, lo acompañó
hasta la ² calle, donde la banda esperaba para salir. Detrás
de aquella sierra, dijo el viejo, todavía podían ver el ce-
menterio, al ser de unos porcoses todavía sin caer. Lo demás
está tapado por los médanos, o se ha ido desmoronando.

¿Uyó hablar alguna vez de un niño degollado por alguien
que llamaban el Sictemerino? Lo del niño degollado, respon-
dió el ~~fo~~ fotógrafo, es el tema de una canción muy vieja,
no se sabe si es verdad o leyenda. Del Sictemerino sí sí.
Vive en esta ciudad. Es un viejo riquísimo y tristísimo; pero

① Si ustedes quisieran saber algo de ^{ese pueblo} ~~Lumbucas~~ tendrían que presentarse al Sietemesino. Aunque fue su destructor, él nació en Lumbucas y es por lo tanto su único sobreviviente. No tengo fotos de él. Vine ^{al} en ese ^{distrito} palacio que habían visto al entrar en Santa Rita. Es un viejo riquísimo y tristísimo, pero rápido todavía para sacar el cuadrillo. Tiene muchos enemigos y ya es casi una leyenda. Cuando sale con su escolta, de pena verlo caminar apenas, sin saber adónde ir. ②

⑤ Si un tubo que tiene un extremo abierto y el otro cerrado se coloca en un líquido y se hace vibrar, se forman ondas estacionarias. El tubo debe tener una longitud igual a un cuarto de longitud de onda o a un múltiplo impar de un cuarto de longitud de onda. En este caso, el tubo se llama tubo de un cuarto de longitud de onda. Si el tubo tiene los dos extremos abiertos o los dos extremos cerrados, se forman ondas estacionarias cuando la longitud del tubo es igual a un múltiplo entero de un cuarto de longitud de onda. En este caso, el tubo se llama tubo de medio longitud de onda.

el nuevo día; desde allí el gallo blanco con el budo
lleno de sangre vio partir a L.C. o L.A. pero para al
nuevo hijo en Minas Altas y luego perdense en otros pueblos
o en otros hijos y en la muerte. Y el lugar real de cada uno
de estos hechos coincidía verso a verso con la letra de la can-
ción.

Repartieron las estrofas por grupos y éstas línea a línea por
individuos, y desparanándose abarcaron toda la extensión de
Lumbreras. ^{¿Covado donde se podía o dividiendo,} ~~Por~~ cada casa y cada calle tuvieron su músico testigo
que les daba por fin una forma definitiva en la canción,
con la que pasarían a vivir en la memoria de los hombres
aunque estuviesen desaparecidos bajo tierra. Desparanados
los versos por la arena, el mapa de Lumbreras fue claramente
visible, todo lo escrito arriba estaba abajo y todo coincidía.
Los Barbitas, recorriendo palmo a palmo el recorrido de la
acequia descubrieron una curva nunca mencionada en las
versiones circulantes, junto a la cual había un duraznero
en flor cuyo aroma pudo percibir el padre de Emil mientras se
dormía dejando que a una mano se la llevara el agua.

^{por caracolero} Los cuatro músicos que se unieron al grupo en Santa Fe
descubrieron el itinerario ~~de la llegada~~ del Sictemerino y
~~sus~~ sus hombres llegando al pueblo antes del amanecer,
y la salida por el rumbo sur después de la
matanza y ^{ver oficina} de que cantara el gallo blanco. Por las
calles oblicuas que una a una reavivaron los arpilleros
pueden verse con detalles ^{de} las idas y venidas del hombre
cargado de alas y sartenes colgando de aquel palo atoa-
verado sobre sus hombros como alas, el tritineo feróz
de los cohes entredrocándose como en una rueda de cuchi-
llos, mientras el arrojarse de L.C. o L.A. desde la galería
de su casa hasta la acequia seguido por esos pollos huan-
breritos que picoteaban sus huellas, era minuciosamente
revelado por la ^{concerista} ~~mujer madura~~ que tocaba calabazas y con-
venía ^{que} cabalgaba siempre junto a Azul. También fue-

con los carpinteros quienes, con un golpe de intuición, siguieron las posibles huellas ^{de} de L.C. primero desde la casa y luego desde la acequia, hasta descubrir la boca de la tumba de tiro donde ~~esto~~ oculto los cuerpos del marido y del niño; y esto no había sido registrado nunca en la canción por poetas olvidados de Jotazeta, de la propia madre o acaso de los charquis a quienes refirió lo sucedido, que ellos confundieron con una canción que se imagina. Y mientras todos buscaban pedros consentibles en palabras, Euse Calderón ~~buscaba~~ procuraba encontrar indicios de un tema musical que sabía vivió entre muchas posibilidades, a la melodía actual de la canción no sólo le faltaban notas, carecía también de un fundamento; de una verdad que valiera por sí misma para fijarse en la memoria y convertirse en realidad permanente. [3-8-86]

Azul y Tug ^{Calderón} ~~divisaron~~ el horizonte saliente mencionado por el fotógrafo, al lado de un hueco que era la jamba de una casa, semi penetrada por ^{el} arena, por cuya pendiente se deslizaron. Me parece, dijo Tug, que hemos encontrado la casa donde el Sietemesino dejó al niño; ese pedro coincide con el de la letra, por era puerta ^{hizo en} ~~entraba~~ el queso blanco, ^{de ahí, cuando} ~~entraba~~.

Por las puertas entruadas de las pizas que daban a la galería se filtraba algo de ^{la} luz exterior por los que entraba por los huecos de los techos. La puerta de uno de los cuartos se despijó al ser empujada y dar contra las piedras y la tierra que en pendiente busca unirse al suelo con el hueco por donde entraba la luz. Un armario a medio exterior ^{perforado} ~~basculante~~ por las orugas mantenía los cajones abiertos tal como quedaron el día del saqueo. ^{vieron} Había un espejito concavido, semillas sueltas y una pluma de alondra. Había un cajón duro de abrirse, trabado por el tiempo. Apenas cedió cuando Tug intentó abrirlo, provocando un deslizamiento de arena desde arriba que terminó de cubrir las patas del armario. Metió la mano y tanteando hasta el fondo no encontró la cajita

Los músicos con instrumentos ^{porque ellos eran ellos mismos} encontraban el ^{porque ellos eran ellos mismos} porte donde estuvo atado el perro que guio, exasperando al Sideroniano, ^{hacer} callar a ese perro gritaba el Sideroniano y nadie lo escuchaba en medio del saqueo.

de música ni cualquier otro objeto que pudiera mencionar o no la canción del gallo blanco.

Aquel escarbaba buscando el último cajón de abajo, totalmente sepultado, y por cada puñado de tierra que sacaba entraba otro desde arriba haciendo avanzar más la pendiente hacia la puerta. Eso es muy peligroso, dijo Tug, podría desmoronarse todo. El cajoncito aparecía y desaparecía en la arena. Tug lo canturo con la puerta desahogada. Aquel descubrió y abrió el cajón. Adentro había una caja de lata. Y dentro de la caja una carpeta con unas iniciales bordadas que se entrelazaban, seguramente un regalo de bodas. T. G. y L. A., leyó Tug. Las iniciales de los anillos, dijo.

Hemos encontrado la casa de Ene, gritó dirigiendo la voz hacia la galería semienterrada; avísen a Calderón que estamos en su casa. Pero nadie lo oyó. Los caracoles estaban ahora en la pista de las viñas por brotes que parecían haber estado a un costado de la acequia; los dracuzos buscaban las ~~trazas~~ trazas de un maizal que nadie había ~~visto~~ la canción no mencionaba pero que según sus cálculos tuvo que existir; el violin de Lejo escarbaba en el corral borado donde aquella mañana balaban los calritos; el cuatros buscaba la supuesta senda por donde ^(T. G. o L. A.) abandonaba el pueblo en dirección a Minas Altas; la cercerrista elegía ~~su punto~~ el sitio exacto desde el que el gallo blanco finalmente cantó anunciando la mañana; y Ene y los arpistas se esforzaban retirando las piedras que ocultaban la entrada a la tumba de tiro que en algunas versiones mencionaba la canción.

En el hornitorio, las piedras y la tierra tapaban casi toda la cama, de la que apenas era visible una pata, y ^{la} ^{solamente} ^{la} curva, contra la pared abierta por cause, sobresalía la punta metálica del mosquitero. El tedor no caía todavía, había cedido pero ^{se} ^{apoyaba} estaba apoyado, inclinado, sobre la parte alta del montón de piedras y de tierra con arena. En el fi-

mal de la pendiente, calzaba un zapato retrógrado, que giraron fácilmente sin producir deslizamiento; el otro, un poco más adelantado, era visible apenas por la punta y no se animaron a sacarlo porque allí la tierra estaba endurecida y si exorbitaba podía ceder el montón de arena y terminar de derrumbarse el techo. El hallazgo ~~les permitió~~ demostró que L.C. (o T.A.) salió desnudo y descalzo a la galería, donde recibió las primeras ceñidillas sin sentirlas, y que T.A. (o L.C.) estaba desnuda y de pie sobre la cama por el suelo cuando sintió que entraba el Sietemesino que iba derecho al niño, que después le probó en el filo del ceñido a ella ni siquiera la miró, distraído por los gemidos del perro o acaso por ^{la melodía} ~~la música~~ que salía de su ~~oriental~~ de la caja de música oculta en su uniforme entre cadenas de plata y plumas de abrochadores reventados.

Esto modificaba también los versos existentes referidos al arrojarse de T.A. en busca de la acequia, ahora iba desnudo por la orilla del agua, y L.C. entonces tuvo que sentir ~~lo~~ antes de arrojarla hacia la tumba de tiro, donde seguramente lo dejó junto al cuerpo del niño. ^{borrado}

Los artistas ayudaron a Ene a meterse en el tiro o ^{borrado} ~~chivero~~ de la tumba y se sentaron sobre las piedras a esperar, aprovechando el tiempo para reestituir ^{los} versos nuevos, que también modificaron la música, los antiguos referidos al saqueador trinitario de cubiertos y sartenes que aquella mañana atravesaba el pueblo en diagonal. Conseguimos llegar a Troy y Azul con nuevos datos fundamentales para la versión definitiva, y poco a poco los demás músicos con su carga de dragones florecidos, la vida en rotación, el ángulo visual desde el cual el gallo blanco ~~observa~~ observaba a la mujer cuando se iba, el corral donde apenas citaban por ~~dejar~~ despertarse los cáhitos salpicados de rocío y el galope polvoriento de los aserrinos al marcharse, con lo que la canción, iniciada veinte años atrás por las palabras que la mujer puso en

boca y memoria de los charges, muchas veces defenestrada por las distancias, las cenizas, los travesaños y las lecciones, encontraba por fin su forma definitiva en cuanto a las palabras, solo faltaban esas notas que Ene Calderón había bajado a buscar en el fondo de la tumba.

El cantor ^{miró} ~~miró~~ ^{la bóveda en} ~~la bóveda en~~ ^{foscada,} las partículas de polvo levantadas por sus pies al apoyarse, iban ~~territando~~ en el cloro de luz que entraba desde arriba delante el interior de la tumba en una penumbra ⁷⁰¹¹²² ~~amonita~~ como la del cuarto del fotógrafo cuando proyectó los negativos. Los objetos de barro cocido, pulidos por los años, desprendían una frecuencia que ~~anuló~~ ~~de~~ ~~antraxeno~~ toda posible crispación. El cuerpo y el ánimo se atemperaban con los objetos y él mismo se sentía pasado, varija de barro o ídolo de lluvia, formas que representaban ~~a la soledad sin contenedora.~~ parecían soledad pero no lo eran, ocupaban su lugar, la esculpían en su orden y quietud, en un silencio mezclado a la belleza. Como si en vez de a una tumba de tino, hubiese descendido al centro de un tema musical, ~~donde todo se planteaba y resolvía por la tónica,~~ donde él mismo era un sonido.

El hombro estaba tendido contra la pared, en la parte más roja y más fresca de la penumbra, junto al hombrecito, más próximo al cloro de luz. Limpisimos los huesos, como si los hubiesen frotado muchas veces. Herreros, se dijo Ene, por haber sido detenidos en medio de un placer. Al lado estaba su ropa, limpia y doblada. Ella lo trajo aquí desnudo, pensó Ene. El pantalón mantenía su forma a pesar del laberinto que había formado el cinturón de cuero al retorcerse. La camisa, ya sin color y deshilachada, mantenía en su orden todos los botones menos el de la garganta, que el cantor sacó de su bolsillo y ~~lo~~ puso otra vez en su lugar. Para imaginarse alguna forma a esos despijos, pensó en el ~~aviso de~~ ~~tránsito~~ la niña de los ojos del río de Lijotita que ~~de~~ el fotógrafo le propuso como padre. Y como corriendo ~~de~~

to' ese viento. Y que ayudado por el viento iba volando un gallo blanco.

Limitaciones de la memoria de Fiebelo

En el camino de regreso a Santa Rita pulieron la versión final de la canción de tal modo que no era la historia de la matanza de Lembreras lo que allí se contaba sino que cada palabra elegida la convocaba sin nombrarla, tal como sucedía con la música. ~~elegida~~ Incluso propusieron cambiarle el nombre ~~para~~ para evitar persecuciones; buscar algo folclórico, llamarla por ejemplo "Minas Altas es un girasol". La inclusión del nombre de Minas Altas en el título parecía justa, por cuanto la canción y lo que ella contenía era a partir de ahora su pasado toda una prehistoria si se quiere, destruyendo de paso la absurda teoría de Jotazeta, que pretendía hacer arrancar la historia en Minas Altas, precisamente desde el momento en que aquel penca se le escapó del lazo.

Al llegar a la ciudad, a me Calderón pidió no participar en un proyecto propuesto a la tropilla por Tey y los tres barbas. Los esperaba en la casa del fotógrafo, de paso venía copiar los retratos de los novios. Cuando se les separó el cantor, Tey miró la luna que se levantaba y dijo: es una noche especial para serenatas.

Se eligieron una canción de cuna que siempre utilizaban para dormirse entre ellos, y divididos en cuatro grupos abordaron los cuatro costados de las cuatro tapias que rodeaban las cuatro manganas que ocupaba el palacio del Sictemesino. Los guardianes, al oír, creyeron que eran sus madres arullando y cayendo en un violento síndrome de infancia se quedaron dormidos sobre sus fusiles.

Permisó, es una serenata, gritó Angel dulcemente desde

uno de los jardines, y oyendo, el viejo Sietemesino se puso una bata muy bordada y bajó al salón de las medallas a ver si con un poco de música se olvidaba de esas horribles pesadillas.

Las cuatros altísimas paredes del salón sesodidro estaban obviamente tachonadas de condecoraciones desde el suelo hasta el techo, y eran tantas que hubiera sido imposible, aún para él, encontrar la que correspondía a las hazas de Lumbieras. En cada pared, una puerta de cristal comunicando al salón con los jardines a través de escalinatas. Bueno, que paseen esos músicos, dijo amablemente el viejo asesino de pie en el centro del salón, mirando hacia la puerta principal, que daba al este.

mejor
Por lo del norte entraron las arpas indias y los caroceros obligando al Siete a girar hacia ^{su izquierda} ~~su izquierda~~, con un tema introductorio a la canción cuyo nombre aún se discutía, que mientras distraía al dueño de casa en realidad estaba dando pie a los otros músicos que esperaban afuera junto a las otras puertas. El Sietemesino adivinó las intenciones de esa música y miró hacia los jardines en busca de sus guardianes, pero sólo vio músicos agazapados tras detrás de las estatuas. Entonces la mano se le fue sola hacia el sitio del cuello, un sitio que no existía en el diseño de la bata.

Por lo del sur entraron Tuy y el violín de lujo, desarrollando ya directamente el tema, tan rotundo y cetero que la depena más fuerte del Siete, la de tiburón, se hizo trizas al primer compás; y el viejo ^{Sietemesino} ~~triste~~ afloja la triteza fin al que venía conteniendo para poder vivir, y viendo que era increíble se entregó a ^{una} ~~la~~ melancolía de contenido místico, que coincidía maravillosamente con sus humanos deseos de morir.

La cencerista, los charangos y el cuatro colombiano entraron por el este. Un acorde de cuatro cencerros, apoyado por la guitarra una melodía ^{de los charangos y melancólicamente} ~~de la guitarra del cuatro~~ ~~cuatros~~ dio en un cortado del corazón del degollador destruyéndole todo lo olvidado y haciéndole botar ~~en~~ un árbol de recordamientos, mientras las arpas y los caraceros, que requirían

tocando, se introducían en sus células nerviosas agudizando una tristeza que le llegó hasta el bulbo raquídeo, con lo que el anciano depredador de los mares tratabillo.

Los tres barbas, con sus tubos y quitarras, acompañados rítmicamente por los dos hombres sin instrumentos, hicieron más ^o ~~de~~ ^{serenos} para el Sietemesino, introduciendo en la médula de sus huesos un principio de placer, que él ~~resolvió~~ eligió como final de su vida, para quedarse en una muerte dulce.

Y en eso estaba cuando vio entrar a Aquel, que con su flauta hizo callar a los otros instrumentos. El viejo cayó en un sillón y oyó claramente la cajita de música que sonaba aquella mañana junto al genio de un peso evaspirante, entre su vientro y su cañisa. ~~Hagaa callar~~ La cabeza de un niño, separada del cuerpo por un hilo, se le cruzó entre los ojos, junto con un gemido. Hagaa callar a ese peso, grito; pero equivocándose de palabra, él quería decir que hicieran callar a ese niño; que nunca había gemido; ni entonces, ni ahora; todo gracias de la flauta.

El viejo miró el rostro de Aquel casi contra el seno, ~~se~~ le ~~reveló~~ como una cordura final justo en el momento en que por la propia música que tocaba, la lágrima ~~frágil~~ fácil se le desprendía, mezclándose con su belleza. Es la belleza húmeda de Aquel fue lo último que percibieron los sentidos del ilusionista de la muerte, revelada a último momento como una cordura final; ~~justa~~ cuando él se iba para siempre, el mundo le ^{mostró} ~~revelaba~~ su aspecto más hermoso.

Fábulo dice que arrimando los tiempos de esta ^{sucesos} ~~historia~~, todas las metamorfosis del Sietemesino ^{podrían haber sucedido} ~~sucesos~~ mientras oía ~~tocar~~ tocar a los músicos que lo mataron contando su propia historia. Lo dice, pero el mismo tiempo duda.

Con cuanto los músicos abandonaron el palacio, los guardianes despertaron y viendo lo que había sucedido corrieron a dar la noticia, ~~de la muerte~~ provocando un

disturbio en las comunicaciones y unos generales a los que
acudieron oídos y rictusarios de todos los rincones del planeta,
mientras los músicos se reunían con Eme Calderón y con asom-
bro fingido decían oh qué maravilla mirando las copias mal
enfocadas de los retratos de sus infuertos padres y con un
solo galope abandonaban la ciudad sin mirar sus zoológicos
ni sus protitebeos y en las afueras llegaban al cruce de
los caminos.

Aquí vamos a separarnos, ~~dijo Eme~~, y en cuatro grupos,
dijo Eme ~~y se separaron~~ ^{separatiem} por afinidad de instrumentos.
La despedida, difícilísima, encontró su forma adecuada cuando
se prometieron encontrarse ~~en~~ ^{después} en Minas Altas, una vez
asegurado el desparame de la sanción hacia los cuatro vientos.

Y no se sabe qué viento tomaron Tony, o Axel, o los
bachitas, ni quién iba con quién. En la memoria de
Fábulo sólo ~~se~~ se conocía el viento que tomó Eme
Calderón, por el recuerdo que conducía a Minas Altas.

En reserbitua los capítulos, decir que usaban el viejo sistema incaico de los dioses.

9-8-86

Capítulo ~~VII~~ ^{VIII} (que posiblemente luego sea el VIII)

Travesía del pisuo. Crisis de Solazeta. Salvamento del pisuo, 15 páss. clu

Artefacto proyectado hacia el mar de

Solazeta tuvo un sueño tan fuerte que lo despertó. Abrió los ojos y vio que el sueño había saltado a este lado de la conciencia y lo esperaba allí para corporizarse. Era una nueva balsa para traer el pisuo, lo increíble: ~~algo fantástico, indolentemente, un sueño~~. El artefacto, en vez de borrarse con su despertar, permaneció allí, ~~en~~ en el aire, sin deshacer su dibujo, concediéndole unos minutos para que lo memorizara y traspasara a un papel; luego se borró, recuperando su naturaleza de objeto soñado. Era alta noche todavía, y sin tiempo para buscar algún papel manoteó una cartoncilla y le dibujó sobre un gran trozo de ~~tel~~ ^{stela} alicata sobre la mesa, posiblemente la larga tela del vestido de bodas de Enebé. Y según lo iba trasladando al lienzo, el sueño se borraba.

Por fin, se dijo el ex entezador, por fin se supo ^{lo} ~~entezó~~ la forma que buscaba. Y veía que en sus alcances la nueva balsa le entregaba, compensado y enriquecido, el puente tantas veces frustrado que pensó para oponerle a la ausencia del cauto, y a la vez el artificio necesario para que las mulas de i pudieran trasladar desde el mar a Minas Altas el cofre donde escondes la canción del gallo blanco. Ahora que terminó mi puente, dijo, ya no hay razones para que esa ausencia se prolongue; seguramente Ene está en camino y trae la canción.

La nueva balsa le reveló el defecto principal de la anterior, que provocó la caída del botín cuando la probaron sobre la espuma arrugada de Enebé: no mantenía al pisuo en posición vertical, por lo que toda inclinación era riesgo de caída. Urgentemente había que advertir a i, ya en franco descenso hacia el mar llevando en su mente los planes de aquella balsa defectuosa, para que los fabricantes de balsa encargados de construir la la sustituyeran por la balsa puente que se le acababa de presentar en sueños, donde el pisuo, sobre las ruedas de sus patas, mantendría su verticalidad aun en las pendientes más empinadas.

de la cordillera. Si por mi culpa se cayese el piano, si también se me escapase como aquel perro que dejé ^{o pasé} escapar, entonces lo mejor sería que yo también me dejé escapar o sea dejándome arrastrar por la próxima crecienta, se decía el astionomus frustrado mientras se vestía en mitad de la noche, mientras atravesaba la casa convertida por Uue y Eue en un enorme cuento de costuras, pilas de telas y botones, encajes y carretes, hebillas y madejas de hilo, tijeras y alfileres; mientras veía que Eue se había dormido sin apagar la radio que le dejaba Uue para buscar en los ruidos que salían por esas calles, que aumentaban de noche, algún indicio de las lejanías por donde andaría Eue, y ahora era un ruido o un soplo permanente lo que salía por la calle que permitió la caída del meteorólogo, desde aquel día nunca más oyeron ni una nota siquiera; mientras corría a escribir una misiva que bajo el estrellero y el ruido de los deshielos ya lo llevaba tititando cuesta arriba ^{o en su camino} llevando en su mente como si las estuviera viendo las líneas ya borradas de aquel sueño generoso.

Quería amanecer cuando Jotazeta alcanzó la línea de los chasquis, ya se oía un galope metálico sobre la calzada llevando los primeros mensajes de ese día. Lagrimando de frío el chasqui oyó decir a Jotazeta que tenía necesidad urgente de hacer llegar al mar un sueño que había tenido y pasárselo a él, a quien seguramente habían visto. Hará diez días, dijo el chasqui, que él y otros tres arrieros pasaron por aquí; pero esa línea de chasquis no iba directo al mar, la calzada corría paralela con la cordillera hasta adelantarse muy al norte; recibiría su mensaje y lo transmitiría, luego éste volvería hacia el sur y en dirección al mar pero por una línea que corría cerca de la costa. Con lo que su mensaje o sueño perdería un día de camino, no importa dijo el ex viajador, a mí me llevaría quince días hacer el camino en línea recta, y casi seguro que antes de llegar me encontraría con el regreso de ellos y el piano peligrando en una balsa equivocada.

Entonces El chasqui se concentró para oír y mensajear el

sueño de Jotazeta, donde el piano aparecía dentro de una semiesfera de madera sobre la que podían desplazarse las ruedas de sus patas. Dos varas fijas y una movédiza que salían del cóncavo como un trípode terminaban, cada una, en dos mitades de barril afelpado por dentro destinado a apoyarse en los locos de cada par de ruedas. Las tres yuntas, tiradas por la y muela cuadrada, podían subir y bajar sin cuidado, el piano allí arriba, desplazándose dentro de la semiesfera, se mantenía siempre vertical. 10-8-86

donde un triángulo de mulas sostenía a un nota de sus cabezas una semiesfera de madera en cuyo interior el piano, deslizándose sobre sus ruedas, se mantenía siempre vertical en ascensos o descensos. La semiesfera se apoyaba en los vértices de mulas a través de tres varas ligadas directamente a unas monturas de madera afelpadas por dentro, mientras unos travesaños mantenían la forma del triángulo y la caja redonda en equilibrio, donde el piano bailoteaba ~~en tres~~ manteniendo su ~~centro de gravedad~~ verticalidad. Vea, hasta una persona podía ir tocando dentro de la caja sin advertir más movimiento que el ascenso, decía Jotazeta agregando un detalle que no estaba en el sueño; y las tres mulas originales pueden ser duplicadas o triplicadas según el peso de la carga, siempre que estén ubicadas en los vértices del triángulo.

El charqui apenas arrojó la frente al irremediar el aparato; lo tengo, dijo; antes de la noche habrá llegado al mar. Y sin despedirse salió al galope sobre la calzada haciendo sonar su caracol marino para advertirle su llegada al otro charqui.

Puesto su sueño en movimiento, Jotazeta se sosegó y regresó lentamente viendo amanecer, pensando en lo hermoso que sería ver desde el otro lado de la cordillera el paso de su artefacto soñado, saltando de pino en pino, llevado por la fabulosa memoria de los charquis.

imp.: este libro puede ser como "Hojas de hiel" en cada edición se lo pueden apurar gotas.
puedo seguir escribiéndolo mucho tiempo.

59-8-11

veía desplegarse las partes extensibles del trípode, hábilmente apesados al suelo por el propio joruzeta para facilitar el retiro de las mulas sin necesidad de manipular el paradisímo artefacto.

Entre las brumas de la lejanía apareció un transatlántico detenido. Su forma, creada para el mar, era una armonía perfecta con el horizonte a pesar de quebrado. Miré, dije ¡, ese barco se ha asomado para ver a bañarse a mis mulitas. Capulí y la Caracola pasaron las orejas, miraban el barco como si no existiera otra cosa en el mundo. Ahora van a tener algo especial para sonar, ^{cuando están allí arriba,} pensaba ¡, siempre cuidadoso del descanso de sus mulas. Seguramente, meditaba Tace, es el mismo barco que mes a mes se lleva las planillas de los vientos que estudiarán los sabios en Europa; seguramente, meditaba ¡, no se acerca a la costa por ser de esos países extraños que hablan otras lenguas al otro lado del mar. Es posible, razonaba Tace en sus adentros, que ^{desde} ~~sea~~ ese barco ^{de aquellos sabios} estén estudiando curas y curas oceánicas para estudiar los movimientos de la vida subacuática, de la misma manera que los telescopios estudian los movimientos de los cuerpos celestes. El fondo del mar, le dijo a ¡, ~~es otro mundo~~ es otro cielo, con sus sistemas y sus órbitas, sus constelaciones y cometas; mire en qué lugar maravilloso ha traído a bañarse sus mulas. Pero ¡ no le oía: entrepensando y a la vez entresoñando, amodorrado por el sol de la siesta, se decía que aquél era el mismo barco que trajo el piano al continente, y se asomaba para despedirse de él, a ver cómo esas mulas bañistas lo subían por la cordillera hacia un destino desconocido que estaba al otro lado de las nieves, que es el límite perceptible de los barcos, condenados a verla desde lejos, como término del mundo. Hace cinco siglos, dijo Tace, que los ~~barcos~~ barcos llegan a estas costas; han traído ~~de~~ palabras y la noticia de otras estrellas que nosotros no podemos ver, animales que no conocíamos y las leyes de Kepler, sus sueños de mundos nuevos y sus fracasos; estas mulas transoceánicas merecen también una constelación; son mulas de la horizontalidad, y al revés de las nuestras, ellas descansan mirando la horizontalidad verticalidad de la cordillera. Pero ¡ no podía oírlo; las ocho mulas reales se le habían borrado y sólo percibía el contorno quebradizo de la Maura, apartada

de las otras, muy adentro en el mar, adelantándose en el avance de mulas para que ¡ la eligiera y la llevara ~~al~~ a conocido.

La sirena del barco quieto sonó como si todo él fuese un gran cascabel marino. Las ocho mulas volvieron sus cabezas húmedas al sonido y lo vieron moverse avanzando hacia ^{sus} ~~las~~ brumas. ~~gruesas~~. El astrónomo y el mulero y más allá los carpinteros también dirigieron sus ojos hacia donde miraban las mulas, y todo el barco, mientras se alejaba entre guijeros de lienzos, se envolvió con estas miradas hasta perderse en la bruma que resultaba a los lejanos países de donde había venido tantas veces durante esos cinco siglos que mereció el astionismo. ¡ aproximó la salida del barco para pasarle a esa partida marítima la tristeza impositiva de la ausencia de la Mrausa. Tau, viendo que el mulero sacaba un pañuelo del bolsillo donde de su chaleco y disimulando se lo llevaba a los ojos, le comentó que los barcos, tan después de ver, siempre son tristes cuando se van. Y miraba ^{en} la cara alargada de ¡, en ^{verticalidad cordillerana} ~~verticalidad~~ oceánica, cortada por el ala de su sombrero en horizontalidad ^{marítima} ~~oceánica~~, ~~o~~ ~~era~~ lo que las mulas allá arriba cuando el hombre se acercaba llamaban el mar-¡.

¡ caminó por la playa aplastando caracoles secos y acercándose a las ocho mulas les dijo y bien, hijitas, parece que ha llegado la hora de decirle adiós al mar. Los carpinteros hicieron señas desde lejos diciendo que el artefacto estaba listo para ser cargado. Tau se acercó y trajo las maderas embutunadas que daban forma al sueño de jotazeta, ¡ojalá estuviese allí para mirarlo, esas concavidades de maderas finas como trenzadas, en las curvas ^{externas} esos brillos oscuros de las vetas impregnadas de betún, ~~mirando~~ en tanto que las mulas, echadas en la arena, se doraban al sol mirando el horizonte marino, cortado por el sombrero de ¡, y el barco que partió ya no era ni recuerdo, mientras la Mrausa flotaba todavía en la memoria del mulero, y ~~el~~ ~~mar~~ la horizontalidad oceánica era una pura soledad.

Los carpinteros apoyaron en tierra las varas extensibles del tripode dejando los tres pares de ~~varas~~ mitades de variles, ~~a~~ ~~unos~~ pocos centímetros por encima de la altura mular. Subieron a la rampa y desplegaron la baranda trasera del camioncito apoyándola

en un borde de la semiesfera, por lo que deslizaron el negro meteoró-
fano hasta dejarlo, bailoteando sobre sus ruedas, en el centro de la con-
cavidad. Iba envuelto en una funda de lona amarilla, atada a
sus tres patas con terretas. Dos de los carpinteros se sentaron adelante
junto al conductor del camión, los más cerraron la baranda y se echaron
en la carrocería entre cajas de clavos y herramientas, lecturales y
iba el camioncito verde por la calle de tierra, saltando entre los pozos,
con ruido de martillos y tenazas golpeándose contra las tablas se
alejaba levantando polvo de camino.

Tau y el mulero ^{colocaron} ~~colocaron~~ pa pares a las mulatas en los extremos
terminales del trípode. Los cuatro dedos de felpa de las mitades de barriles
se redujeron a dos cuando ^{apoyaron} ~~apoyaron~~ las varas extensibles, y el peso fue a
repartirse en el triángulo de mulas. Caracola y Capula quedaron a la
cabecera, Dorada y Rubia en un costado, Morcho y lo Comello por el otro.
Umbría y Sosegada, montadas por el astionismo y por í, quedaron de ma-
drinas, atadas a la quinta de la cabecera. Con las energías ganadas al mar,
las mulas trepaban hacia la cordillera como si en vez de un piano
transportasen ~~un globo aerostático~~ aquel botón que pta y el mulero
utilizaron como piano para probar la balsa equivocada. Los flecos
de la lona con que cubrieron la boca de la caja tritaban bramando
contra una brisa ya cordillerana que se mezclaba con la frescura ma-
rina que las mulas despedían de sus cuerpos internándose en la verti-
calidad de aquellas moles que contenían la presión del océano aislán-
dolo de Minas Altas.

La mula de cola pensada para contrapesar en la balsa defectuosa
era ahora innecesaria, su lugar al final de la tropilla estaba hueco.
I sentía ese vacío a sus espaldas, de tanto en tanto volvía la
cabeza a ver si realmente no hacía falta. Como quien se des-
carga de un remordimiento, con un guiño mental hizo deslizarse
a la Anana hasta el lugar vacío; y ya no tuvo necesidad de vol-
ver la cabeza, la mulita virtual los seguía por detrás, ligada al
conjunto por una larga rienda ~~que el~~ cuyo extremo el
mulero retenía en su pensamiento. Reconfortado por el hallazgo,
sonreía pensando en las dulzuras de las amantitas que se quedaron en-

perándolo a orillas del mar. Allí las quedaba, para un próximo viaje sin astónomas ni plantas.

El mar estaba ya muy lejos, invisible, y, como el barco que partió, ni siquiera era recuerdo. Las mulas caracoleaban por las primeras estratagemas, golpeando con las patas en los mismos tiempos, salvo Capulí, que hacía un paso sincopado. Tau y el mulero oían, con las subidas bruscas, el chirrido de las ruedas del meteofono dentro de la esfera corriendo en busca de su ~~permanente~~ verticalidad. Esta esfera es un prodigio, dijo Tau; en caso de lluvia o nieve, tanto nosotros como las mulitas ^{aprovechándose un poco} podremos refugiarnos debajo y dormir bajo techo.

Y cuando ^{estuvieron} ~~estaban~~ muy arriba ya estaban muy arriba y el paso de las mulas ^{pedía} ~~estaba~~ pidiendo el descanso y se habían encendido nuevas estrellas que Tau sabía de memoria cuando le dijo a Tau: me he quedado pensando en esa constelación con forma de mula que usted va a descubrir. Muy fácil, dijo Tau; para el lado del sur celeste quedan todavía muchas estrellas vírgenes; todo es cuestión de elegir ocho que se correspondan y ponerles el nombre de estas mulas prodigiosas; lo haremos esta misma noche, así las mulitas hacen el resto del viaje con una constelación que las proteja desde arriba. No le pediría, dijo I, que me dejara elegir el nombre de la constelación en su conjunto. Se lo regalo, dijo Tau. La Anansa, dijo I. Está hecho, dijo Tau.

La sexta luna de Saturno

Nada más parecido a un bicho que nosotros, dijo Tau. Si pudiéramos vernos desde alguna altura, créame que la palabra insecto cuadraría; donde nosotros y las mulas seríamos especies de patas arrastrando un cascarión. Bivoro los ojos y veo debajo de la bola amarilla sobresalir las aristas de una pirámide, donde sobresalen ^{con} unas orejas y unas colas; son los pelos del bicho; las patas de las mulas son ^{sus} ~~los~~ ventosas del bicho pero no las veo, oigo el ruido que hacen al prenderse y desprenderse; tiene unas alas amarillas que no le sirven para nada, y un par de antenas bruceadoras adelante, usted y yo, antenas o nariz, para el caso da lo mismo, orientando al cascarión según nuestro capricho. Es un bicho muy raro, créame.

Con cambio visto de costado, dijo ~~Tau~~ ^{Tau}, parece más simpático el bichito. Desde allí usted puede ver que lo que parecía patas o ventosas del insecto son los perfiles íntegros de las mulas, figuras armoniosas con el paisaje que frecuentan, porque mula y montaña vienen a ser la misma cosa, y allí lo único extraño es la forma de la carga, como si llevaran sus alforjas arriba en lo alto de un tripode; como hormigas arrastrando media maza, si usted quiere, situación que también tiene su rareza. Desde otro punto de vista, para que no alcanzara a ver las mulas, sería una canoa con tres remos, sea qué gracioso.

Tau y el mulero hablaban como quien temiendo a la oscuridad va por ella diciendo palabras que la llenen, y para no sentirse solo, porque estaban en plena zona de gendarmes, de costado, de arriba y desde abajo al alcance de sus tiros.

Los invisibles dueños de la cordillera habían resuelto que una lejantisima ciudad fuese puerto sínico, y como sabían que no tenían razón utilizaban balas para convencer. Las balas eran ciegas y tanto podían perforar la cabeza o ^{matar las patas de} patas de una mula, como ^{dejarlas en el suelo} ~~dejarlas~~ ^{en el suelo} ~~incrustarse~~ ^{incrustarse} en el centro del corazón de ^{ella} ~~l~~, o en el de Tau sin darle tiempo.

po a descubrir esa constelación que presentía.

El mulero y el astrónomo hablaban y hablaban para no pensar en que si una de esas balas simplemente quebraba la rodilla de una mula de la cabecera, caería arrastrando a la otra, y el piano, despedido de su caja, las aplastaría. Si una bala penetraba en una mula del costado izquierdo, ^(el lado del abismo) suponiendo que este peligroso pensamiento, en un descuido de ^{la conversación} palabras, lograse penetrar en la mente de los arrieros, inmediatamente lo celebraban como con un trapo negro para no imaginarse la caída de todo el conjunto, donde hasta el propio pensamiento moriría.

Es muy peligroso este desfiladero, dijo i; y no podemos evitarlo. Este es el lugar donde han muerto más arrieros, desde abajo está a tiro de fusil. Se tarda media hora en cruzarlo, media hora de blanco permanente para que los gendarmes practiquen penitencia en los hombros y en las mulas; el de más arriba también es visible para ellos, pero allí las balas llegan sin fuerza, apenas consiguen traspasar la ropa y penetrar, si no dan en un hueso, un par de centímetros apenas. Vamos a esperar aquella nube que se ve venir; les tapará la visión hasta que lleguemos al otro lado. Además, parece que trae agua.

Existe una mecánica de morir, dijo Tare, que pertenece al cosmos, a la naturaleza. Los seres vivientes somos el punto más elevado pero más frágil de la materia. Ella se piensa con nosotros, somos sus pensamientos, y como usted sabe los pensamientos son como materia virtual, existen para expresar un pensar y luego desaparecer del espacio prestado, ellos parecen más inclinados a habitar el tiempo. Usted, i, es un pensamiento del cosmos, que es inerte; él se muere con usted. se imagina que viaja; y para completar su pensamiento le ha regalado la existencia de las mulas, por eso usted las quiere tanto, es como si usted mismo la hubiese pensado. Los pensamientos ^{de la materia} tienen una duración ephémère, luego desaparecen, se apagan como las estrellas aunque ~~todavía~~ todavía por un tiempo podamos seguir viendo su luz. Cada porción de la materia que se piensa con nosotros puede tener muchos pen-

samientos, de ahí la diversidad de la vida. El mismo camino que lo
ha pensado a usted y con usted se piensa, ha pensado otros caminos
y otros mundos y ~~de~~ otras formas vivientes que necesita para conocer
todos sus adentros. Y la vida es hermosa porque la materia es
hermosa, y por serlo sólo puede generar buenos pensamientos, en orden
y belleza, que son los principios ^{donde se asienta el} del universo. La mecánica de ma-
ter, en cambio, es falsa. Los asesinos utilizan, usurpándolo, este
camino de las verdades cósmicas, y matando en propio benefi-
cio, mezquinos y demenciales, ^{en realidad ellos} asesinan pensamientos, independen-
te de andar solos fuera de la materia. Y esto es vergajoso para la digni-
dad de la vida y del pensamiento. Hacerse felices la vida en un con-
junto, porque la naturaleza, o la materia, sabe que los asesinos ma-
tan sus pensamientos. Mater es una red creciente, y entonces se
organiza el crimen bajo las diversas formas del poder, creyendo que
copian fielmente la organización de la materia y ^{que} con ello alcanzarán
su estabilidad. La materia, decía, lo sabe, y un buen día de pronto
resuelve no pensarse más, y entonces el maravilloso fenómeno
viviente desaparecía y la materia volvía a una infinita
soledad. A estas razones ^{mucha gente} ~~no gente de poca imaginación~~ la llama
poesía, pero vea, ¡, es una verdad científica.

Ahora, dijo ¡ cuando la nube ocultó totalmente el desfiladero.
El carruajato iba por la nube, las mulitas miraban sus foras na-
rales percibiendo otra vez una humedad marina, abajo los que darían
insolubles sedientos ~~no sabían~~ ^{no sabían} qué hacer con sus juveniles, los paraban de una
mano a la otra en un ^{necesario} ~~calentado~~ jugueteo ~~insoluble~~ neurótico.

nosotros, a la vez, proujio Tall, somos pensamientos capaces de
pensar. Cuando lo hacemos en el sentido verdadero, devolvemos a la ma-
teria sus propias sustancias, elaboradas, paradas por la vida, y esto
complace a la naturaleza; cuando lo hacemos antropocéntricamente,
menos que eso, tribalmente, entonces entramos en la maquinaria
de matar, no de vivir como muere un pensamiento, y ~~vicia-~~
~~tan~~ perturbamos la materia que nos sustentata.

Por la mitad del desfiladero la nube se raleaba, y teniendo
¡ no quedar plenamente visibles pero sí que se transf pudiera

percibir desde abajo su movimiento y que los gendarmes irascibles
tirasen a esos buetos o esas sombras, temiendo concretamente que
una bala penetrase por azar en el maravilloso cerebro del astróno-
mo, ^{quecito del lado del desfiladero} cuyos razonamientos no captaba totalmente pero le producían
placer, le fidió que cambiasen de muela, vaya usted en la llumbria,
me siento más a gusto con la Sosegada. Tau quedó del lado
del corno, i del lado de las balas pero protegido por la nube.

Si a mí me está pensando este canino, dijo: i, me gustaría
saber quién lo está pensando a usted. Tau despararramió por su cara
la sonrisa tranquilo de sus jóvenes cincuenta años, se tocó la bar-
bita y ~~dijo~~ acomodándose en la silla fue a decir lo siguiente: yo
siempre digo, más de la mitad en bromas y otro poco en serio, que
a mí me piensa una de las lunas de Saturno, ese planeta amari-
llo que como usted sabe tiene diez. Como mi madre, que tuvo
diez hijos. El verdadero astrónomo de la familia fue ella, mi
padre siempre se quejó de esta ^{diencia} diciendo que su verdadera vocación
era ser muelero. Entonces ella a cada hijo le fue poniendo el
nombre de los satélites de Saturno, su planeta preferido, ignoro
por qué. Dejó un tratado sobre su segundo anillo, también ignoro
por qué el segundo precisamente, ~~que~~ cuyo lectura provoca cariñosas
sonrisas en los grandes maestros de más de ochenta años. Curiosa-
mente, los sexos de los hijos que nacían coincidían con el orden de
las lunas y sus nombres, masculinos y femeninos. Cálcul:
Anirnas, ~~Encéfalo~~ Encélado, Tetis, Dione. Mire qué familia; y todos
son astrónomos. Yo soy el sexto, ~~satélite~~, Titán, un nombre
que nunca me gustó y un buen día me lo cambió por Tau,
aprovechando que mi hermanita Tenis, la décima y última,
me llamaba así cuando era pequeñita. A tal punto no me
gusta Titán, que en mis mapas estelares personales la sexta luna
de \S Saturno también se llama Tau. Mi tiempo de revolución,
para más datos, es de quince días, veintidós horas, cuarenta y un
minutos y $\frac{1}{4}$ veintisiete segundos, según lo apuntado por mi
madre en el cuaderno de familia, mientras mi hermanita la
última figura con veinte días, veinte horas y veinticuatro minutos.
partes.

El ruido de los tiros se multiplicó por los ecos que devolvían los cerros; parecían cincuenta pero solo fueron cinco o seis. Uno rozó una vara extensible del tipo de sin dañar y pasando entre las ojías de la Caracola se estrelló en las piedras; un segundo disparo sacó chispas junto a la pata de media trasera de la mula de paso sincopado sin dañarla; el tercero simplemente silbó por las cercanías de la Camella sin alterar su paso; un cuarto rozó el cascarrón de madera embetunada, perforó un fleco rotandero de la lora amarilla y se incrustó en unas raíces retorcidas entre las piedras. El último hubiera dado en la cabeza, aún caliente de pensamientos, del sexto satélite de Saturno, justo bajo el costado derecho del ala de su sombrero, de no haberse encontrado antes con el cuerpo de I. Los tiros en realidad venían de una lejanísima ciudad donde vivían los amos de la cordillera, venían de las sombras, y los gendarmes, que sólo apretaron el gatillo, también apuntaron a unas sombras que vivían pasadas entre nubes. Por eso no dieron en el blanco, las mulas no cayeron al precipicio con sus cargas y con sus hombres, la sexta luna de Saturno pudo continuar en su órbita, y el corazón de I se salvó por dos razones: primero, por estar al lado izquierdo, que daba al cerebro, y segundo por la libreta de docientos hojas que llevaba en el bolsillo hondo de su chalaco, el de la derecha. El golpe del plomo lo inclinó sobre Tau; transmitido por las costillas se le desparamó por todo el cuerpo haciendo que temblara como si tuviese miedo ~~fuera~~ ^{fuera}. Diez y siete hojas, sin contar una de las tapas ^(colocada), quedaron perforadas, desparamadas y alteradas las letras hechas con lápiz-tinta por su hija Ene. Las mulas no perdieron por esto el ritmo de su marcha, y entraban ahora en la parte más oscura de la noche, donde el olor a mar era más intenso y repugnante.

Aquí, dijo I cuando alcanzaron el despladero de arriba, ya no llegan sus tiros y tampoco podrán vernos porque fijese, con nubes de ^{de tormenta} ~~tormenta~~, asuavioses y vientos encantados. Metió una mano entre la piel y la libreta, buscó un poquito. Mire, una palabra de gendarme, dijo mostrando el plomo que sacó y luego arrojó. Tenía una mancha de sangre en los dedos. Entonces, dijo, tampoco se salva-

con las últimas hojas de mi libreta, ni lo contrataba. Un raspió en las costillas que se cura con saliva.

Tau, recuperando en su cara el color de sus cincuenta años muertos, se acomodó otra vez en la silla para decir: esa bala era para mí, ^y no cuando una libreta de docientas hojas en el bolsillo de mi chaleco. Si usted me lo permite, en apatamiento por haberme cambiado de mula-y de destino-le voy a hacer un regalo. El más hermoso que se pueda hacer, créame. Pero dentro de unos días. Ahora no puedo. Exactamente, dentro de ~~tres~~ ^{cinco} noches.

Al lado de la Mrausa

Tau no podía perder su costumbre de dormir de día (y Umliaq era un excelente lecho) y velar por las noches, que era su horario de trabajo. Viendo que amanecía otra vez y que había esperado inútilmente toda la noche que se ^{despejase} ~~abrirse~~ el cielo, pensó que si Minas Altas estuviese en ese lado de la cordillera, los astrónomos no existirían por falta de cielos claros.

Él se desayunaba junto al fuego, que ^{elevaba} una línea de humo azul, y las mulas, echadas en una especie de caverna, dormían todavía. El artefacto de jotogeta, en reposo, le pareció bastante feo; era manera de apoyarse sobre tres patas, ese cascarón al revés, esos flecos salientes hume decididos por la nube que los perseguía, qué forma tan absurda, se dijo contrariado por la noche estéril, de estar en el espacio. Pero claro, era el producto de un secado que serviría para una sola vez; cosas de jotogeta, que dejando de ser enlazar no llegó a ser astrónomo, ni se interesó por la música, como si ya no existiera sitio para él; y ~~al menos~~ en Minas Altas ^{había} ~~no~~ otra condición o lugar donde estar. ⁽¹⁾ Y una vez parado el piano o meteorógrafo, ¿qué destino esperaba al antiluzio? ¿qué hacer con su forma caprichosa? Como copia de un sueño, su único destino posible era el olvido; o sea, una lenta destrucción.

Qué lástima, dijo arrojándose al suelo, estas ~~formas~~

(1) reforzar esta idea en la reescritura primeros capítulos.

después de esta gota quedan: } 15 pass.
El diámetro (Tribo) }
Lo tomamos }
El cometa. } pero titulo de gota

nubes de borascas que nos siguen. Ya hubiéramos encontrado las ocho estrellas necesarias para armar nuestra constelación; ya las heliamos unido con líneas imaginarias formando el contorno de La Mañana, y pensar que apenas un mil metros más arriba el cielo sigue siendo azul.

No parece, dijo señalando hacia arriba un bulto humano sentado en una roca; eso que se ve allá arriba es un músico, ya me ha hecho sus señas; ha venido a esperarnos y a conocer el piano; está más o menos a un mil metros en línea recta, y como usted puede ver, por encima de él las nubes son más negras. Cuando llegemos allá arriba habrá que navegar.

14-8-86

De Ce, arpista y tubista, veía ascender el canoncito, a ratos de frente, a ratos zigzagueando en busca de la ~~ca~~ altura, entrando y saliendo de las nubes. Ignorante del contenido de la senuifera, creía que ésta y el trípode que la sostenía eran el meteorófono que cayó aquel día por la radio de Uve, cuya forma él mismo había contribuido a descubrir dibujándolo como un molino encordado que se traba aprovechando el viento y como quien conduce un caballo. ^{CE} ~~CE~~ como yo lo pensaba, se dijo. Ese trípode no puede ser otra cosa que el cuerpo del molino; y esa ^{zap?} ~~caja~~ redonda que lleva encima, la rueda. Faltaba solamente el aspa y el cabezal para tensar las cuerdas, pero bueno, el instrumento seguramente veía desarmado, el aspa y lo demás estarían debajo de esa lona amarilla. Lo instalarían justo en la mitad del ^{pueblo} ~~Altos~~ para que fuese visible desde todas partes. Dejarían las cuerdas afinadas para que en los días de viento a través del aspa se tocara solo. Escribirían un concierto para molinos con acompañamiento de orquesta. Bueno, algo nunca visto, al menos en Minas Altas. De Ce tenía estas visiones cuando lo veía avanzar de costado en los largos zigzagueos ascendentes; pero en los tramos en que la hechura ascendía de frente, desaparecido el trípode - molino, oculto bajo la caja redonda, del que sobresalían sólo las puntas del triángulo ligadas a las ruedas, aquello dejaba de ser un instrumento musical de cuerda y viento para convertirse directamente en un coleóptero, ese amarillito de escarabajo, ese estuche cubierto con

de las membranas, esa metamorfosis complicada, ese aparato masticador de adelante.

Este músico, o cualquier otro, dijo ¡, debió venir con nosotros; siempre se habló de que un profesional de los sonidos integraría la expedición para ocuparse de la parte acústica del asunto, cuidar la afinación, proteger sus partes vitales o muy delicadas. Al principio demostraron mucho interés pero después lo perdieron cuando consiguieron adivinar su forma. Tengo entendido que están construyendo uno, habrá que ver qué sale de allí y qué dirán cuando lo comparen con el modelo auténtico. A la hora de decidir el viaje se echaron para atrás diciendo que tratándose de un objeto personal más bien destinado a integrar al ajuar de Enebé, no correspondía un acompañante músico. Aunque sabían, creo yo, que el objeto principal del instrumento es guardar allí la canción del gallo blanco cuando ^{Calderón} ~~uno~~ consigue los datos necesarios para terminarlo. Pero en fin, los músicos son discolos, será porque toda la armonía de que son capaces la ponen en los sonidos. Pero bueno, ya lo tenemos aquí, y la parte más difícil del viaje está por verse todavía.

Cuando la recua que transportaba el molino musical apareció por la punta del desfiladero ~~por él~~ donde él estaba, De ce montó su mula y fue a su encuentro. La tropa masticadora del coleóptero era ahora la cara familiar de ¡, la barbita profética de Tace, y más abajo las cabezas gachas de Gosegada y de la llulluña. ~~Del molino no~~ había nada las alas membranosas sobre el estuche del insecto estaban convertidas en los flecos de una lona tremolantes. Del molino recordado no quedaba nada, ese tripode apoyado en los lomos de las mulas encajadas en mitales de barriles era lo más alejado de un diapasón que pudiera pensarse, y era enorme mital de marangá embetunada, ese enorme tambor de paño amarillo, bueno, su desilusión era ~~siempre~~ grande. Terrible. ¿Y eso era el piano cacareado?

¡tozeta, les explicó, ha resuelto que el piano quede bajo custodia de los músicos hasta que se grabe en él la canción del gallo blanco, por eso me han mandado a unirme a la expedición. Y que una vez grabada o guardada, se lleve el piano a su

casa para regalárselo a Enebé como parte de sus ajuaras. Siempre que haya boda, claro, porque los chasquis han traído unas canciones nuevas que cuentan partes del viaje de Ene Calderón, en una de ellas se menciona mucho a una flautista que lo acompañaba, y que se llama Azuel nada menos, y parece que Enebé está muy celosa por lo de Azuel, mireu qué nombre, y les tiene prohibido a Uve y Ene apurarse en la costura; de modo que entre puntada y puntada se quedan suspirando, y de suspiro en suspiro se van quedando dormidas junto a U., que duerme todo el día. Jotazeta las ve dormir o suspirar y se pone nervioso, anda neurótico sin saber qué hacer ni dónde ponerse. A nosotros nos gustó mucho esa canción, hecha por un tal Tey, del que ^{ya conocíamos una pieza muy graciosa,} ~~entonces me referenciamos a...~~, y que parece que es de la partida. Entonces pensamos que lo mejor era estrenarla dándole una serenata a Enebé, sin pensar en las consecuencias. Y bueno, debido a esas consecuencias hemos decidido excluirla por ahora de nuestro repertorio, al menos que Enebé nos acepte. Pero la canción está de moda y hasta ^{el quintapunto} ^{donde de cualquier la cuenta.} D.C. le dijo a ~~la fiesta~~ ^{el quintapunto}.

Después de festejar el encuentro y las noticias frescas, ~~la fiesta~~ ^{el quintapunto} que se haría cargo de la guía trasera del conjunto, y que luego, en el descanso, quería ver ese piano. Y subían y subían, D.C. como ^{sospechar} ~~se~~ que en la mente de él él iba al lado de la trauca.

El grumete

Al paso por el mar, la nube de agua que los perseguía ascendiendo con ellos, y acaso la condición de la carga que llevaban, orientaron el cruce de esa parte de la cordillera hacia una clara navegación. Las mulas, que se llevaban el mar dentro, caminaban como bozando. Eau, habituado a los grandes espacios sin obstáculos, no alcanzaba a notar el cambio. D.C., mezclando la desilusión del concierto para molinos y orquesta con la avidez por conocer el piano en cuanto parasen a descansar, no se daba cuenta de nada. Tan sólo él se resistía a esa impensada orientación del viaje. Estas mulas se me han

contaminado de mar; hay que ser tontos para tratar así, como si no pegaran; miren el aire de barco que le están dando a nuestro cargamento. Déjelas que boqueen a su aire, dijo Tare; si se creen remos, es cosa suya, lo importante es que naveguen, ya sabe usted que sobre el agua las cosas pesan menos, como en el espacio; además, qué otra cosa pueden hacer en esta nube que es pura agua en suspensión, ^{¿ que} y acaso ^{sea} nieve cuando lleguemos más arriba.

Poco antes del oscurecer alcanzaron un punto de la altura desde donde hubiera sido visible otra vez el mar, ~~se~~ oculto por las brumas o por los límites de la vista. Su existencia o presencia era evidente sin embargo, patente en la conducta de las mulas. En la planicie aristada, donde pensaban hacer noche, apareció un frente de bonacas. Los flecos de la lona amarilla bramaban en el viento con aquiescencia buscando soltarse de la soga que los amarraba a la canoa embetunada. Las fuertes voces de ¡, variando entre vientos encontrados, pedían a D.C. que abandonase la popa y ayudase a las mulas de estribor, que por torpezas de Capulí tendían a empantañarse en ~~la~~ ^{la} ~~corrientada~~ el torrente que bajaba de los cerros y caía del cielo. El grumete obedeció en el acto y agarrando las patas de la mula a contratiempo la obligó a acompañarse con las otras, con lo cual consiguió que la canoa no virara en dirección sur sueste, donde las aguas se precipitaban en forma de cascada hacia los fosos profundos que poblaban los gendarmes.

El propósito de ¡ era llegar a ^{un refugio de arriba} ~~una~~ ~~ladera~~ aristada, ya casi ~~invisible~~ invisible en la oscuridad creciente, y detenerse allí al socaire de ~~los~~ ~~vientos~~ ~~mis~~ ~~fuertes~~ las furias encontradas, pero las mulas apenas podían avanzar, rechazadas por el viento y con el agua rozándoles el vientre. Los animalitos hacían lo que podían, chapoteando o remando, pero siempre en el mismo lugar, con lo que decididamente la canoa se encoraba a babor. ¡ se paró sobre los estribos y entregando a Tare las riendas de la blubria donde capitaneaba ^{se apoyó en los grupos de la quinta cabecera} ~~se~~ ~~trepo~~ ~~a~~ ~~lo~~ ~~alto~~ ~~de~~ ~~la~~ ~~cofa~~ ~~embetunada~~. Rápidamente soltó la amarilla soga que amarraba a la lona y desplegándola la envengó en su cuerpo, mientras daba gritos ^{o de hándole} ~~fiduciable~~ a D.C.

A esto rigere el trípode ante un cielo atolladísimo.
Hacen fuego en una cámara de refugio aéreas.

esas cosas que normalmente hacen los grumetes en la tempestad.
Con un par de tacomas hizo una perforación en el fondo de la cáscara,
que recibiendo el agua que chorrea por la fenda del piano actuaba
como bomba de aspiración; mientras la ~~se~~ ^{hecha} ~~convertida~~ vela al-
rededor de l, convertía al conjunto en una especie de tartana encajada
en un trípode. El grumete, de acuerdo con las órdenes del ^{A. piloto} ~~del~~ ^{desembarcó}
las varas extensibles y se las pasó. El mulero encajó los tres palos,
nazgó la lona y con ~~la~~ ~~ropa~~ trozos de ropa convertidos en obengues
envergó una vela al terció y otra de abunico, reservando un
trozo triangular que emergería en la entruca. Y luego, con esa
arboladura la tartana se convirtió en una caraca, se inflaron las
velas, y las mulitas, desempañadas, con viento próspero empezaron
a bogar hacia el refugio. ^{bogando,} ~~Y navegando,~~ ya casi era un galeón, casi
una carabela la caraca, navegando ^{de boina} ~~con~~ un piano adentro, a miles
y ~~miles~~ de metros sobre el ~~nivel~~ nivel del mar; bajo el control de
aqueellos intrépidos muleros marineros; sin tener a bajos, para
eso estaban las patas de las mulas, esas ~~masovillosas~~ quillas
cautelosas; Tan por delante a manera de bauprés; D.C. tararean-
do en la popa; y el ^{A. piloto} ~~grumete~~ ^{haciendo de} ~~grumete~~ ^{grumete} a unas cincuenta brazas
del refugio; ^{ya} ~~hacia~~ ^{continuación de} ~~donde~~ ^{por} ~~barloventaban~~ ^{haber} los muleros; y el piano
serenísimo dentro de su fenda, en un suave movimiento de labor
a estribor sobre las cuadernas del navío; y la orilla deseada. ya
con la nave al paño; y el grumete que riga desde tierra; y el timo-
nel que se apea de la llumbría sin saltar a Soregada; y el piloto
avriando la vela de mesana; los mástiles que vuelven a ser
varas extensibles devueltas a sus sitios en el trípode; los viento
las mulas recosidas y los viento que amainan y derapocan
llevándose las mulas poniendo al descubierta un imperioso
estrellero que devuelve la paz al corazón de Teus; y el fuego que
se enciende en el refugio de arrieros donde las mulas marcan
partos secos, las llamas que proyectan las sombras de los arrie-
ros sobre el ~~en~~ arbolado que D.C. por un instante, vuelve a ver
como un molino musical.

15-8-86

El ojo de la Pejiza

El refugio tenía la misma forma esférica del concharón que contenía al piano, sólo que de piedra bruta, cuatro veces mayor y boca abajo, con una entrada de caracol que se perdía en una curva interna, y en la cúspide una tronera por donde salía el humo del fuego alrededor del cual se secaban las mulas. Es ^{→ 100%} nombres, y se secaban el cielo desde la boca del concharón. Es una pena, dijo ^{mirando al concharón} ^{ése} no poder meter también el bruto en el refugio, así de paso D. C. nos hacía escuchar era canción de moda. Uyo no creo, dijo el grumete, que después de una tormenta como la que ha podido sopotar ese piano, lo perjudique un rato de intemperie. Mejor le quitamos la funda, si les parece, y la ponemos a secar junto con los restos de la lona.

D. C. conocía el celo de los muleros por sus casas y esperó resignado el no de i, que echado sobre ~~los~~ el muro ascendente de la entrada en caracol parecía entredormido. Es impermeable, dijo i, pero bueno, quitelo si quiere, así de paso le seca una ojada a lo que usted llama piano. Usted mismo nos hizo conocer esa palabra, ¿se acuerda?, dijo D. C. trepando al techo del refugio, desde el cual tardaría acceso a la boca de la caja. Sí, de acuerdo, le contentó el mulero; pero es una palabra de dos tiempos, y usted le pone tres. Es verdad, dijo el grumete desde el interior de la caja, deratando las tiritas de la funda ~~estada~~ ~~de~~ las patas; usted tiene toda la razón, pero a nosotros nos pareció una palabra demasiado corta para el sonido escandaloso que tenía el instrumento, y lo alargamos un poquito para que se le pareciera. Pero como tampoco nos gusta, entre nosotros lo llamamos meteorofono, que es mucho más bonito.

El mulero veía que, ante la iltierra frase de D. C., la catiga del astrónomo se movía de un ^{pentagrama} ~~lenguaje~~ ~~si~~, como un resorte que responde a una fuerza, y no sabía si recordarle o no aquello de la constelación; el segundo de a bordo parecía muy cansado. Entonces dijo: cuántas constelaciones, mirando

sin reconocer ninguna. Cómo lo quiere, dijo Taxi; enorme enorme, ~~de~~ cubriendo medio cielo, pero que sólo podía ver en las nodas despejadas, o pequeña casi tamaño natural, perceptible aún en las nodas nubladas entre los claros de las nubes. La preferencia pequeña, dijo i, la manana no llega a las seis alzadas.

El astrónomo encorvó los dedos, cerró un ojo y miró el cielo a través del hueco de la mano recorriéndolo por porciones, como quien mueve un telescopio. Por allí veo una nublita, dijo, pero no alcanza a tener ocho estrellas y además está en la zona donde supongo que tiene su recorrido Niemeis.

Muy cerca ~~de ellos~~, como rozando los bordes del espejo telescopio, vieron pasar un pájaro, volando de frente hacia ellos. Asustado por la proximidad, casi rozó los bordes del cascarón y la tronera del refugio, luego ^{se elevó y} desapareció. Venía desde la dirección del sur y parecía cansado de volar. Desconozco esa variedad de pájaros, dijo Taxi son de esas aves que recuerdan a los dinosaurios, de los que se descubrieron hace más de doscientos millones de años. El no, dijo i, las aves nocturnas me parecen muy desaspidables; soy supersticioso.

El astrónomo buceó para el lado del sur. Ya la tenemos, dijo; vea qué maravilla, dijo encorvando los ⁽¹²¹⁹⁰⁾ dedos del número como quien le pasa el telescopio; mire, allí está Venes, allí la Vía Láctea; y en ese cortado está la manana. Ahora vaya trazando líneas para donde yo le diga; vamos a empezar por ~~la punta de suar~~ el cogite del animalito, deje las crines para imaginadas luego; de allí, a unos dos metros a la derecha, imagine una línea de 2 metros más o menos, que es el auca; ahora bajamos a las patas, véales qué claros; suba un poquito apoyándose en esa estrechita, siempre buscando la forma que usted conoce; ya estamos en las manos; subimos un poco y vea, estamos en la garganta; de allí le será fácil ubicar el mono, qué encanto de labilla; y finalmente saltamos a ~~las cejas y las uñas~~ esas dos estrechas parejitas y las uñas con la primera; para que le quede claro, vea ahora esa estrella medio tonta que titila y parpadea en el centro de la cabeza; ¿no es un

ojo perfecto? qué maravilla, dijo i, y hasta orejitas tiene. Claro, dijo Tau, esas estrellas gemelas; y vea, vea esa espuma en el otro extremo, vea si no es la cola de su mula. Es una delicia para dijo i. Si observa bien, se entusiasma Tau, verá que hay ~~otras~~ ocho estrellas principales en la figura, pero que no tienen rival de otras, menos brillantes, para apoyar la forma, a las que usted podría darle si quisiera el nombre de las nubes que se quedaban en el corral, le soliarán estrellas. Ahora vaya nombrando a las ocho principales, en el orden ~~que~~ de recién, para apuntarlas luego en mis mapas estelares.

La primera, dijo i, es la Caracola; después vendría la Rubia, y luego la Dorada; y en una pata, Capulí; y en la boca, la Cometa, vea qué perfección; y dejemos Uubria y Esesgada para las orejas. Nos faltaría un nombre para el ojo, dijo Tau. Ufo el ojo, dijo el mulero, le pondría la Pajiza; es una mula vieja y algo tristona que no conoce el mar y que posiblemente nunca lo conozca; y siempre mira parpadeando.

La Muestra es un nombre perfecto para esa constelación, dijo Tau, porque esos cielos son muy serenos. Medio corte de patas, dijo i; sí, repuso Tau, pero mire esos bellos, y qué nariz tan hermosa, y era cola de pura espuma cósmica. Será muy fácil ubicarla. Recuerde: Venus, la Vía Láctea, luego hacia el ^{NO} ~~sur~~ ^{hacia el} ~~sur~~ ^{el} ~~sur~~, dijo i, es el único punto cardinal que reconozco; y ahora, con esa constelación, más todavía.

Perrunjos: Piloto, Contramaestre, Grumete.

La estrella múltiple de Tau

La estrella múltiple de Ercel

Pero qué hace eso ^{muchacho} grumete, dijo ^{Tau} el contramaestre oyendo los golpes de ^{malena} tabla que daba D.C. a las teclas del piano sacándole unos sonidos agrios. Al piano, gritó al momento ^{el piloto}, se traen caer los dedos, no con palitos; sosiéguese un poco y venga a ver la constelación que hemos descubierto.

El grumete se desenvolvió del teatro ^{del refugio} y se sentó ^{pecho} entre los dos hombres. El meteorófono que estamos haciendo ^{del} se parece bastante a éste, y se traen con palitos sobre unas tablas afinadas. De allí el sonido pasa a unas calabozas que van de mayor a menor. Este en cambio tiene adentro un aipa, pero al aipa ya la conocen. Lo que más me ha gustado es el libro que tiene, las estrellas se le reflejan como en un espejo.

Viendo que nadie le respondía, el grumete apoyó su cabeza de dieciséis años en la rodilla de cincuenta del contramaestre, ^{estronco} buscando la constelación que ^{del piloto} le señaló orgánicamente con sus movimientos de cabeza, parpadeó un rato como la Pájara hasta dormirse.

Qué maravilla pensar, dice el contramaestre, ^{astrofísico} que todo eso que estamos viendo es nuestra casa, y a la vez nuestro camino; vea que lujo esos jardines, esos palacios, esos interminables animales de la forma que usted elija, donde uno solo de ellos no cabría en nuestros mares. Delicia pura, dice el piloto mullero, vagar por esos senderos, esas llanuras, esas montañas iluminadas. ¿Se imagina trasladar un piano por esas cordilleras? ¿Se imagina a sus gendarmes y a sus balas? No me haga chistes, dice el astrofísico, le estoy hablando en serio. Cuando usted y yo nacimos, estábamos en un punto de ese espacio, muy lejísimo del punto donde nació este músico grumete. Y cuando destruyeron Lembores, parábamos por lugares imposibles de determinar: esas calles donde usted ve brillar ahora la constelación de la Muera ya fueron recorridas por nosotros, estuvimos allí aunque no podamos recordarlo. Es que pensaba, dice él, en los boques de unas mulas de esas vicinidades. Y fue a decir Tau: mulas como las nuestras, no hablo de animalitos celestiales, no me imagino mulas as-

parece clave para reaccionar a J.2; ~~refete~~ lanzado por los amos y refe-
ti de por todo, que llega a J.7. auto p. el piano: y el único capaz de enlojarlo
es J.2. Hacer simul piano - puma, meters en su recorrido, senti
el frío del agua en el arfa, hacelo viviente.

troumical, porque piano esas extensiones en términos de vida animal,
no podía hacerlo de otra forma por los condicionamientos de mi mente.
Por eso mismo, dice ~~el muelero~~, resulta divertido pensar que las mu-
litas van por un estrellero como si fuera un pedregal de puros lucas. Lo
que intento decir, dice Tau, es que de la misma forma que mueren las
personas también mueren los planetas las estrellas, y los planetas que
la vida habita. Sería tristísimo cuando muera nuestra tierra, acaso a
mano de sus propios habitantes, acaso a mano de otras fuerzas. imagi-
nese la tierra sin ríos ni estaciones, vaca, y tanto el mar como lo conti-
dora un enorme pedregal. En la tierra hubo y habrá extinciones
en masa, orientando o desorientando la evolución, no sabía decir-
lo. A los dinosaurios los mató una estrella asesina que no corre-
mor; periódicamente deuta lluvias de meteoros que chocan contra la tierra
y ocultan el sol por mucho tiempo; es como con tiburón de los cañales,
recorre los sistemas depredándolos. Algunos astrónomos dicen que se escor-
de entre Neptuno y Plutón preparando un próximo zarpazo; otros, que
es una estrella compañera del Sol. La llaman Nómeis, la Estrella
de la Fuente. Se me pone la carne de gallina, dice I; entonces la vida
va a desaparecer. De ninguna manera, dice Tau, no es eso lo que
buscaba decir. Lo vivo es eterno precisamente por ser vivo, sustan-
cia última y resultado permanente del cosmos. Cambiar de casa es
consecuencia de lo eterno de vivir. Cuando la casa de la vida se
derrumba, entonces lo vivo, capaz de cualquier forma, lo vivo se
traslada. Por eso hay millones y millones de formas de vida con-
cida, y billones y ~~trillones~~ de formas que desconocemos. Un trasla-
do, dice I, con mulitas y todo, qué fantástica mudanza. Ustel,
dice Tau, quiere divertirse, y me parece bien, pero existen esas fate-
lidades o como quiera llamarlas. Pero entonces la vida, que es
un juego calculado o no y como juego nunca tiene fin, se orga-
niza de otro modo. Y va saltando de estrella en estrella, de la
misma manera que hasta ahora ha venido saltando trinas
altas cada vez que lo destruyen, buscando sobrevivir. Lo vi-
vo, en su conjunto, es más importante que esto que llamamos hom-
bre, que es un producto derivado y reciente. Así como hay una

estrella de la muerte, yo creo que hay también una estrella de la vida. Me la imagino múltiple, como un conjunto de ~~£~~ cometas buenos portadores de vida, que ~~con~~ vigilan el cosmos protegiendo esta última actitud de la materia; y cuando ven que se ^{→ planeta} ~~algun~~ parte ha sido destruida, por suicidio o por fatalidad, se suicidan a su vez ^{→ planeta propicio o lo vida y o!!!} estrellándose contra él y ~~la~~ la entregan nuevamente. Cuántas veces, dice I muy pensativo, habremos saltado ya, cuántas Lumbres borradas había por esas soledades de allá arriba. Seguramente, dice Tau, muchas veces. Pero nada sabemos, no ~~han~~ existieron palabras capaces de fijar esas historias ni ~~historiados~~ para contarlas, y solamente por eso son un puro olvido; no hay memoria visible que la registre y la traslade junto con la vida. Y no hay recuerdos entre una estrella y otra, de la misma manera que un par de vidas para atrás ya los padres desaparecen para uno, por eso la paternidad no es más que una ilusión. Pero sea coverse aquella estrella, mire qué arco más bonito. Y dice I: un arco, a todas luces, qué mulas ligeritas, sea, ya llegaron.

De los traidos de Minas Altas, dice Tau regresando a la tierra, nunca hubo memoria porque los mismos que la destruyeron ^{+ tantas veces} se ocuparon de borrarla; hasta que, bajo el nombre de Lumbres, alguien la fijó, sin darse cuenta de lo que hacía, en lo que después vino a ser la canción del gallo blanco. Cuando Eric Calderón regrese, esa canción estará completa y será nuestra memoria. Y para que nunca más se pierda, la vamos a esconder bien adentro de este piano, como quien lleva la vida a su planeta más propicio.

Figúrense entonces, dice I, qué clase de carga es la que estamos llevando, compañero; qué responsabilidad de arrieros; qué ponderación estas mulas milagrosas; qué descanso el del músico grumete.

Las relaciones musicales tienen mucho que ver con todo esto, dice Tau; y este chico que duerme las conoce a fondo. Pero no las piensa como nosotros. Sólo juega con ellas, y es feliz.

16-8-86

Feliz cumpleaños, ¡ Comandante

Redondeando un cerro por caminos de cruza ascendía el cascón altísimo, en un andar tan seguro que adentro el piano apenas se movía con levedad de cañica. Por influencia de nubes muy lejanas allá abajo y tauriscas muy lejanas allí arriba, el camino parecía algodón a los arrieros, como si treparan solo la enagua de Eucé y el cerro fuese uno de sus pechos.

Las nubes de arriba proyectaban sus sombras sobre las de abajo, que eran como el suelo de los mulecos quitándoles el suelo al suelo real de las profundidades que acababan junto al mar. Y ~~sobre~~ en el suelo algodónoso se elevaban una cordillera de nubes con sus propios abismos, y sus propias cimas y sus propios cóndores. En cada vuelta de espiral los mulecos veían la cordillera de algodón, y era como si ya hubiesen traspasado la cordillera real y estuviesen llegando a minas altas. Otras veces, por influencia de las nubes de abajo y de la altura, creían que acababan de iniciar el viaje y que el mar estaba allí mismo, apenas se traspasaran esas nubes, y un oleaje ficticio zumbaba en sus oídos. En vueltas de vuelta, ^{sin fuerzas para hablar,} ~~ni hablaban ni pensaban~~, admitidos por el traqueteo ~~mar~~, en perplejidades de escarabajo amarillo trepaban y trepaban, buscando traspasar aquellas nubes de arriba; al otro lado de las cuales estaba el descanso nocturno y el comienzo del descenso.

En la cola del escarabajo, D.C. veía un tema que se le presentaba apto para un título como Pieza por sí o pronta, con tendencia a escaparse hacia las proximidades de unas modulaciones más bien aptas para algo así como Pieza para beso corto. Cuando conseguía definirlo, otra vuelta de vuelta le descomponía la captación y aparecía notado y sin vitalidad el tema definido de Pieza para una lágrima tendida, que desaparecía en la siguiente vuelta de espiral. (Falt. lo de para 4 años, 2 canales y percusión)

¡ Tenía ahora la contelación para acortar distancias, contau-

de las vueltas de ocho en ocho, con una estrella-vuelto para cada una, desarrollando el recorrido por el contorno de la constelación, mientras Tau, a pocos centímetros de él, se movió con el trapetico mular encerrando en su calzo hontado a los guardarnes su preocupación por no poder llegar a tiempo para ~~con~~ asistir con los demás astrónomos a la primera visibilización del cometa solo el que venían trabajando juntos desde hacía tanto tiempo, sin atenerse a comunicar su preocupación a i, para quien sin duda el ~~por~~ traslado del instrumento y el descanso de sus mulas eran más importantes que ~~su cometa~~ el estudio de los cometas.

17-8-86

En las nubes de abajo se ponía el sol pintándole un incendio a la cordillera de algodón, y en la siguiente vuelta de espiral ya se había apagado, ~~ya~~ ardían solamente las crestas en una larga cinta ^{pendulada} de brasas vivas, como cuando se queman las montañas, mientras la mecánica de hombres y de mulas, vista desde el suelo de nubes, se perdía ya, cansado, a medida que atravesaba las nubes de arriba.

Allí la tropilla se enfrentó a un trapezoidal oleaje de montañas que parecían escarpadas por los vientos de la altura, que corrían cargados de nocturnidad. Tau lejos que estaban del mar, pensaba el astrónomo, y a estas alturas inverosímiles todavía se proyectaba, la naturaleza lo copiaba, o simplemente lo recordaba, no había que olvidarse de los fósiles marinos hallados a miles de metros de altura, no había que olvidar que, millones más o millones menos de los cortos años terrestres, la cordillera emergió de las profundidades y todavía seguía creciendo con lentitud geológica; y era hermoso pensar que Minas Altas, ~~subía~~ sin necesidad de trepar por caminos de cornisa, subía rodeada por sus altos girasoles.

¿Tenía que las mulas, a la vista del oleaje, se excitaran inútilmente cansándose más de lo debido, pero echándose una ojeada y ayudando el ritmo no alterado de sus pasos comprobó que ignoraban que ahora iban por una copia del mar y que habían asumido nuevamente la verticalidad de su destino cordillerano. Menos mal, se dijo, así tendrían más fuerza para apuntar los vientos ^{arcuados} permanentes de esta zona.

Pensaba, dijo Tau, en los casi cinco siglos que llevase estas mulas desde la Patagonia hasta el Caribe a miles de metros de altura con sus cargas de mercurio, oro y plata pero también de pagadores, yaravís y aires pauperreros, que ~~desp~~ se les convirtieron en piezas de artillería durante las guerras de la independencia. Los guerreros que cruzaron la cordillera en mulitas como éstas aparecen en los monumentos montados en corceles poderosos copiados a las enciclopedias polvorizadas.

Pero ¡^{casí} no lo excedía, atento a los vientos que se reflejaban en las crines de las mulas, conectadas en anemómetros. Vientos marinos y terrales que iban o encontraban allí alternando las treinta y dos direcciones conocidas de la Rosa de los Vientos. Una bocanada fresca que venía ^{de la garrapata} obligaba al piloto-mulero a ceñir su castigado rucua; y cuando pudo conseguirlo a pleno golpe de rienda, con pelipso de que el grumete que iba a popa se le desprendiera tragado por el viraje, una tremenda ráfaga a lo cuadro cartijó a Capulí silbando entre sus patas sincopadas. En su empeño por ganar el viento, ¡se sintió cartigado por uno viento de proa que amenazaba arrancar el sombrero del astionismo y tiraba violentamente hacia atrás los flequillos de las mulas que antes del viaje fueron adornados con bigarrillas, mientras las aletas salientes de la lomo ~~avanzaba~~ bramaban sin saber cómo bramar en tanta ebullición. Aquellos vientos no declarados buscaban como velozes fijar una dirección que no encontraban, y cada uno bramaba de rabia al encontrar sus caminos ocupados por vientos diferentes, obligando al piloto a los virajes más inverosímiles, que conducían su carra cartigada y sin velas entre un mar de palabras de viento, esquivando diflones y mortadas, refregones y torbellinos, ramalops y vórtices. Cuando por fin se convirtieron en un solo viento cardinal, el mulero lo ceñó hasta ^{alcega} ~~conducir~~ a avitar llegar a la planicie con forma de balsa, con algunas rocas silbantes a cuyo alijo ^{Hold} pararían la noche, ^{cerca ya de las primeras poblaciones.}

¡Sí, le respondió el mulero a Tau, he visto en las ciudades est esas estatuas de caballos blancos.

Apoyados en piedras descansaban los ~~muleteros~~ arrieros junto a las mulas ya dormidas, con un poco de miedo ante la interminable oscuridad de la noche por parte del granito y el mulero, y de un ligero estremecimiento, también se miedo, por parte del astionomo. En ese momento quedaba como balcon a los espacios, en ese silencio que los hacía vacilar en la continuidad de vivir, ansiaban recidos humanos, la vuelta a casa, formas relacionadas con el hombre, una cerca, una diemenea, el martillo de un herrero, el viento ^{sosegado de} las neletas, el chirrido de una peoneta, la voz de un animal doméstico, la presencia de una flor, que les permitiese no sentirse ^{tan} solos en el cosmos, dando las mulas mismas parecían criaturas fantasmales llegadas de un planeta abandonado, y ellos se miraban las manos encontraban las extrañas. Si leuciro, como si fuese de papel, pasó volando a vela el pájaro aparecido durante el deslumbramiento de la constelación, casi rozando la causa audina montó a los muleros las chispas ^{del relumbro} de sus ojos y desapareció. Hoy es mi cumpleaños, dijo ¡; me gustaría estar ahora en Minas Altas; con Ave, Ene, y U; y escuchar esas últimas canciones que han llegado.

En las cuentas del reloj cósmico que controlaba Tau, eran los últimos años del último siglo del segundo milenio, contactado a partir de un dios flagelado que después del ^{su asesinato} nacimiento se extendió por casi todo el planeta, cuando el astionomo cumplió su promesa de regalo a ¡ por haberle salvado la vida, sin saber que coincidiría con el día de su cumpleaños. En un punto del sur el firmamento se desgajó como un papel de celofán; se entrelazaban las carnes en el tremendo esfuerzo que hacía el espacio para dar paso a un nacimiento, y los muleros, apoyados contra las piedras, vieron el alumbramiento de aquella cabeza luminosa que salía de su cueva oscura mientras su cuerpo no acababa nunca de salir, una interminable cabellera luminosa de millares de kilómetros.

Cuando acabó de salir, poniendo reflejos de su luz en las caras de los ^{hombres} muleros y en las maderas curvas del carrocerío embalsumado, las mulas abrieron sus ojos como si amaneciese, y se lo lejes cauteraron los gallos familiares que añoraban los muleros, la luz del regalo de Tau era como un relámpago que

duraba siempre, con ^{es?} ~~agachaba~~ cabeza, y ^{rodeado los bordes de} ~~solo~~ la cordillera y aquella
cabellera acabada de nacer que se perdía en el mar.
o co/lo?

Con las manos escaradas metidas entre las piernas, empujados por el frío, los arrieritos miraban el extraordinario objeto cósmico sintiendo que a su vez él también los miraba, alguna noticia de ellos se grabaría en su memoria sideral, aunque supieran que era imposible distinguir desde esas alturas a tres muleros en un rincón de la cordillera, y ni siquiera a la cordillera misma: su ojo navegante sólo le permitía ver la redondez de una pequeña bola silenciosa, con un pequeño mar y un invisible luna, con un pequeño sol y sus para él inexistentes giraroles.

Su regalo de cumpleaños, dijo Tace, viaja en dirección al sol; espero que le guste. No sé qué hacer con él, dijo el mulero, es demasiado para mí. Sólo mirarlo, dijo Tau; tanto usted como yo sólo podremos verlo una sola vez; acaso el grumete, cuando sea muy viejo, lo vea pasar en otra rouda y dedicarle una de sus piñas musicales. Al tema ya lo tengo, dijo D.C.; lo desarrollaré por el camino; lo pienso como un concierto para cuatro arpas indias, los caracoles, los tulos y acompañamiento del piano que llevamos.

Este vigía, dijo Tace, es parte de esa estrella múltiple que nosotros ^{a los jds. de} ~~oponemos~~ a Nemesis, Φ y ha venido a vigilar la vida, es decir, los pensamientos que genera el corazón oculto del universo. ⁽¹⁾ Tráera vida cuando falte, o exterminará Φ a las razas porzocólicas que la amenazan. Nos conoce más allá de nuestra memoria, y nuestra historia humana, tan breve, es casi olvido o distracción para él, que la contiene toda. ⁽¹⁾ Él conoció las primeras formas de la vida, la salida del mar, el ascenso de los reptiles, el hombre en estado de inocencia, el nacimiento del fuego, las metamorfosis de las piedras, la aventura del pensamiento, la conquista de la palabra ⁽²⁾ Esta ha sido una de sus puertas en la interminable espiral donde se mueve.

Como nuestras mulitas ^{alrededor del centro} con noviniendo de novia, dijo I. y continuó la frase sin decirlo, en su pensamiento: como una mano giratoria alrededor del pedro de Enche.

Partieron antes del amanecer, cuando el regalo se invisibilizó

acercando la falda del sol al reloj
durable del regalo de Tau.

tras las moles andinas. En el último tramo del ascenso, dijo: ¡mañana a esta misma hora estaremos descendiendo, y eso ya será como estar otra vez en casa; sin gendarmes ni falsas tempestades.

Al mismo día llegó con nieve ^{con} ocho hilos de humo ^{que} salían de las narices y bocas de las mulas y tres hilos más finitos ^{que} de ~~los~~ ^{que} salían de los hombres, por el último tramo del ascenso avanzaba el sueño de fotazeta bajo la granulación; acopiando ~~nitrogeno~~ blancuras con nitrógeno en las faldas de las montañas, que luego con los deshielos harían brotar los girasoles de Minas Altas; enrojeciendo la nariz adolorante del grumete; azulando el índice dedo que Tau mantenía fuera de la ropa sosteniendo las riendas; agregándole vías a las arrugas del mulero.

Con un regalo como el que llevaba en su recuerdo, ¡volvía a ser niño. Aunque el frío de este viaje apegaba unas líneas más al mapa montañoso de su cara cuarteada, el regalo del atomismo lo retrotraía. Aquel paquete cuidadosamente envuelto. Tirar del moño de la cinta. Rasgar el celofán. Y el objeto que sale iluminándole los ojos. Nunca pudo agradecerlo, le dijo a un Tau casi tapado por la granulación. Pero la sexta luna de Saturno no le oyó, iba cavilando perdido en un estrellero más denso que las granulaciones de la nieve. Entonces el mulero se entregó a las señas, previo vistazo atrás a ver si el pequeño grumete los seguía: si ^{¿que!} ~~su~~ regalo era una estrella buena que generaba vida, de tan alto ^{como} ~~que~~ iba se había congelado y deshecho en los fríos eternos de esas noches del espacio. Y lo veía caer, disuelto en granulaciones que al dar contra su cara se desmenuaban bifurcándose por sus arrugas de mulero.

